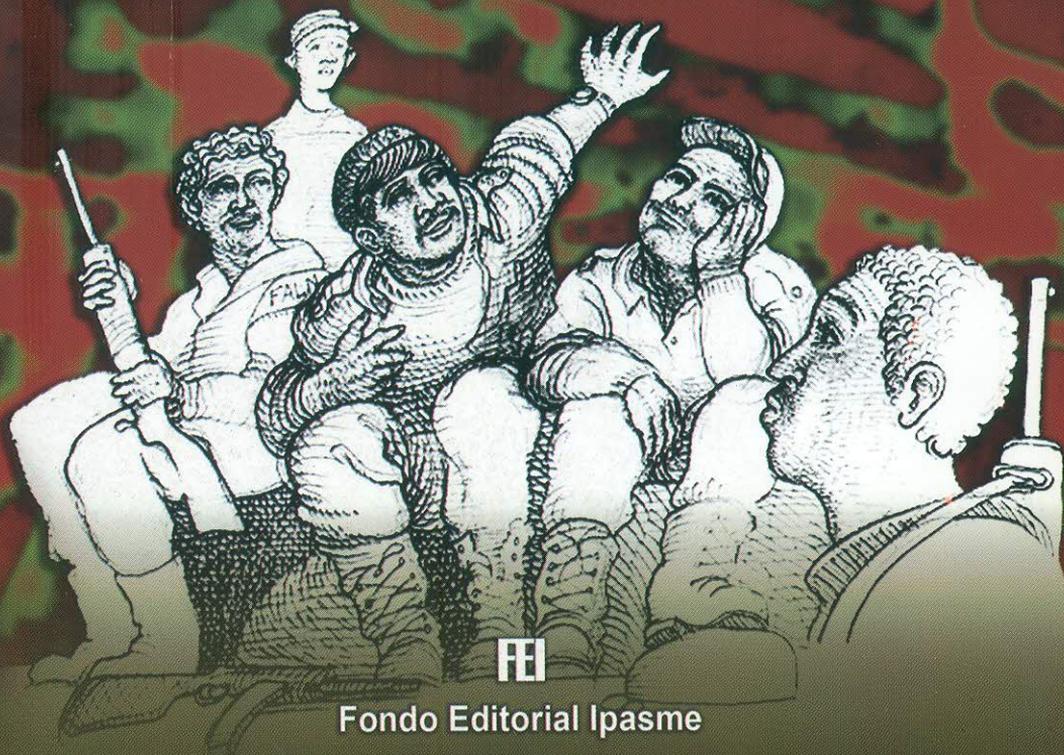




Julio Chirino

Vivencias de El Cabito



FEI

Fondo Editorial Ipasme



Comandante Hugo Rafael Chávez Frías

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Nicolás Maduro

Vicepresidente Ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela

Maryann Hanson

Ministra del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del Ipasme

Lic. Silfredo Zambrano

Presidente

Lic. Noris Coromoto Figueroa Bastidas

Vicepresidenta

Prof. Pedro Miguel Sampson Williams

Secretario

Fondo Editorial Ipasme

Diógenes Carrillo

Presidente



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Educación

IPASME



Julio Chirino

Vivencias de El Cabito



FEI

Fondo Editorial Ipasme

Vivencias de El Cabito

Julio Chirino

Depósito Legal: lf65120128003100

ISBN: 978-980-401-149-8

Diseño gráfico y montaje: **Yaraiví Alcedo**

Corrección: **Freddy Best**

Producción: **Luis Durán**

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Presidente Medina

(Av. Victoria) Urbanización Las Acacias

Municipio Bolivariano Libertador, Caracas.

Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela

Apartado Postal: 1040

Teléfonos: +58 (212) 633 53 30

Fax: +58 (212) 632 97 65

Presentación

El Cabito para principiantes

En mi niñez, en la familia de Carirubana, se nombraba a un hombre que ante nuestros ojos infantiles se presentaba como una mezcla de vaquero justiciero con Zorro del Pantano y Robín de la Sierra falconiana, en fin, como uno de aquellos admirados personajes de los suplementos y del Cine Ayacucho, que tanto nos gustaban por hacer justicia para los humildes y castigar a los “malos”.

Años después, no muchos porque la adolescencia vino muy rápido forzada por los allanamientos y la persecución a mi familia, igual que a miles de familias obreras, nuestra percepción sobre Julio Chirino, que es el Personaje de quien les hablo, continuaba intacta salvo que ahora, a la luz de nuevas lecturas y nuevos héroes, lo veíamos como a un Pavel Korchaguin tropical de “Así se templó el Acero” luchando contra el ejercito Blanco de Kolchak (o de Betancourt que para los efectos es lo mismo), o un escurridizo Jean Valjean paraguano escapando de su eterno perseguidor, el gobierno. ”A Julio Chirino lo vieron en Maracaibo” oíamos decir a mi tía Isolina y a otro desmentirla; “¡No!, que está en La Sierra”, y así durante años. Lo cierto es que para nosotros, niños-adolescentes falconianos de los años 60’s, Julio Chirino (nunca El Cabito, porque para nosotros eso era faltarle al respeto) estaba en todas partes, especie de guerrillero ubicuo, haciendo justicia.

Lo conocí en 1996, en una de aquellas Asambleas en el Hotel Ávila a que acostumbraba convocar la Causa R para que “los iguales” escucháramos a los “históricos” (que eran un poco “más iguales” que nosotros) acusarse entre ellos de cualquier clase de tropelías, desaguisados y traiciones que nuestros oídos no querían escuchar. Allí estaba Julio Chirino, El Cabito, por lo menos eso decía su gafete, haciendo fila para no sé qué. Y yo, decidido, firme y entusiasta me acerqué a saludarle, como a un viejo amigo de mi infancia, espetándole a quemarropa la pregunta más estúpida que se le puede hacer a un hombre ha vivido clandestino más de la mitad de su vida: ¿Usted es Julio Chirino, de Falcón? Recibiendo por respuesta una mirada profundamente escrutadora, así como quien te mira por dentro, acompañada de otra interrogante de su parte; ¿y quién pregunta?, con eso me dijo todo.

Ahora, casi 20 años después me corresponde el honor (tal como el lugar común y las “buenas costumbres” indican) de presentar esta tercera edición de su libro Vivencias de El Cabito, que el Fondo Editorial del IPASME incluye en su colección Contra el Olvido. Nada puedo agregar a la hermosa presentación hecha por Alí Rodríguez y al preámbulo del mismo Julio Chirino, salvo expresar el deseo de que El Cabito nos siga deleitando con sus relatos sobre una historia, aún reciente, y sobre la cual no se ha escrito todo.

Una vez le pregunté a mi padre, camarada de El Cabito, porqué no escribía sobre las cosas que les tocó vivir y hacer, la respuesta que me dio, a sus 85 años fue: “No escribo porque no sé cuándo habrá

que hacerlas de nuevo”. Tengo la certeza que esas historias serán contadas más temprano que tarde porque no habrá la necesidad de repetirlas ahora que transitamos en nuestra Patria por la senda de la inclusión, la justicia y el Socialismo.

Julio Chirino, esperamos tus próximos relatos y vivencias.

Victor Martínez Mata



Dedicatoria

A la memoria de mis camaradas
del “Frente Guerrillero José Leonardo Chirino”:

Miguel Noguera

Félix Faría

Nicolás Hurtado

Félix Adam

Reynaldo Astudillo

Vladimir Reyes

Hilario Navarro

Edgar González (*Alejandro*)

Gregorio Yaraure (*el Viejo Orozco*)

José Luis Ottamendi

Capitán Douglas Díaz Correoso

José Chema Saher

Fabrizio Aristeguieta

Honorio Navarro

Elías Manuitt Camero

Capracio Medina

Arcadio Martínez (*Negro Faustino*)

Baltazar Ojeda

Napoleón Rodríguez Miralles (*El Turro*)

Guillermo Lapp (*Argentino*)

Alejandro Tejero (*Marcos*)

Marcos el español

Gustavo Aranda (*Ulises*)

Ryder Colina

Arcadio Pérez Martínez (*Negro Pastor*)

Víctor Quiñones

Edgar Quintero

Montes Beltrán



Conocí al Cabito

Lo conocí en tiempos difíciles. Había salido yo de un largo y duro tratamiento contra una leishmaniasis contraída en una de nuestros cruces del Río Tocuyo que me obligara a bajar de la montaña para recibir un tratamiento, más apto para matar caballos que para sanar humanos. En efecto, el tratamiento a base de un antimoniato, me originó una especie de artritis generalizada y cierta afectación renal. Ya en fase de recuperación, fui a una reunión convocada por Douglas Bravo quien entonces ejercía la dirección del Partido de la Revolución Venezolana (PRV) y la Comandancia de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN).

En una pequeña casa del litoral guaireño, me encontré con Douglas a quien tenía ya bastante tiempo sin ver. Allí estaba acompañado del Cabito, ya legendario entre los guerrilleros. En esa reunión analizamos la situación y trazamos planes “para la recuperación del movimiento popular y revolucionario” del

país que había sido severamente castigado por la alianza criminal de los partidos Acción Democrática- COPEI y que, en esos mismos días, habían asesinado a varios compañeros.

Desde entonces, surgió una amistad que, más que tal, es una relación de hermanos, compartiendo por décadas las alegrías y también los padecimientos que comporta toda vida dedicada por entero al sueño redentor de la humanidad.

El Cabito, tal como lo demuestran éstas y muchas otras de sus narraciones, que por momentos hacen recordar a Mark Twain y García Márquez, no sólo une a su firmeza revolucionaria una consecuencia afirmada en las más difíciles condiciones y no sólo talento político, sino también el don del buen decir, cultivado en una nutrida y bien asimilada lectura que lo ha paseado desde El Arte de la Guerra del barón Von Clausewitz, pasando por Hegel y Marx, hasta sus preferidos Carpentier y García Márquez. No pocas son las expresiones que en sus sabrosas narraciones cargadas de gracia y toques de humor que, tanto en su narración verbal como en la escrita, desatan la carcajada abierta. Y esto ocurre con un hombre que logró aprobar el sexto grado de enseñanza primaria, antes de hacerse telegrafista, experto en soldadura y, poco después, comandante de guerrillas. Más aún, en sus días de cumplir tareas

en la ciudad, logró llegar hasta el tercer año de bachillerato y alcanzar tal dominio del inglés, que con mucha facilidad puede afirmar: “Yes sir, all is under control”, frase muy familiar de aquellos días, para afirmar de seguidas, esta vez en correcto español, “del enemigo”.

Así lo impuso la misma pobreza que por muchas décadas castigó a millones de venezolanos y que aún castiga a unos cuantos, pese a los esfuerzos y logros alcanzados por el gobierno bolivariano. No tuvo pues, otra opción que granjearse sus propios medios de vida desde la misma infancia. Este esfuerzo lo paseó por distintas profesiones, desde la de poner brillo en los zapatos de muchos a los cuales les faltaba en la cabeza, pasando por la de telegrafista, cargada ésta de mil anécdotas graciosas que ya habrá de plasmar en nuevas narraciones o como soldador en la industria petrolera en la cual, junto a otros obreros, se encontró con su propia ideología.

Ha sido su pasión por la lectura, unida a su intensa vivencia, la que le ha permitido una muy respetable autoformación y, por ello mismo, brindarnos la posibilidad de disfrutar, ahora por escrito, parte de las muchas anécdotas, aventuras y desventuras siempre contadas con ese humor falconiano que sabe reírse hasta de sí mismo.

Aquí está la demostración de lo que afirmo y, con ella, la promesa de publicar otras y otras más, para deleite del lector y disfrute de los muchos que lo queremos, no sólo por razón de la amistad y la camaradería, sino también de la admiración.

Alí Rodríguez Araque

Preámbulo

La intención de este modesto esfuerzo es comenzar a hilvanar, en un conjunto de narraciones, el testimonio de haber vivido. Me propuse hacerlo de manera sencilla, al natural, sin aliños de sofisticado lenguaje, sin dobleces y en personal estilo. Ahora sólo me resta esperar que sean agradables para el lector.

En un empeño por encontrar un modelo que se diferencie de los relatos ya conocidos, escritos por otros camaradas, he buscado y rebuscado en las narraciones de otras experiencias humanas y realizadas en diversas latitudes, esperando encontrar fórmulas literarias que me permitieran alcanzar mis pretensiones. Confieso que dicha revisión me ha ayudado mucho, en particular para no seguir el mismo camino de rigidez que otros compatriotas han tomado, con diversos resultados, para deleitarnos con los recuerdos de sus experiencias personales y anécdotas de la guerra donde estuvimos involucrados. No ha sido fácil, pues resulta que no existe una fórmula literaria, sino casi tantas como relatos

escritos. Como en la vida misma, no hay más camino que aprender de otros esfuerzos y encontrar, andando, el propio. Así, para escribir mis vivencias, decidí seguir mis propios instintos, definitivamente influenciados por lo que he vivido y lo que he leído, pero auténticos en la medida que son una confección propia.

El secreto de este intento, creo que se encuentra en el mismo que exige la elaboración de una buena receta de cocina. Estoy convencido que llevar a otros, con gracia y exactitud, vivencias y anécdotas, es como lograr el acierto en confeccionar un exquisito plato. O sea, se requiere escoger y mezclar acertadamente los ingredientes, pensando en los paladares de quienes van a degustarlo. Debe buscarse un resultado que logre exactamente lo que, con brutal sencillez, dice García Márquez: "...una buena narración es aquella que captura al lector y no lo suelta hasta que no haya volteado la última página..." Tal y como ocurre en el caso gastronómico, en el arte de escribir experiencias, existe una condición indispensable para tener éxito: saber mezclar muy bien lo vivido con la sazón que posibilita la literatura, buscando alcanzar la destreza y habilidad que, en general, se tiene para contar las cosas oralmente.

Desde ya, advierto también que aspiro sólo a presentarles lo que retuvo mi memoria, ayudado por escritos que hice en su momento, pero de cualquier manera

filtrado por mi entendimiento y mi capacidad, o incapacidad, de registro o de retención memoriosa. No busquen otra cosa porque no la encontrarán.

Reitero que para lograr este objetivo, leí a una buena cantidad de escritores con la ambición de sacar, de entre todos ellos, una fórmula que pudiera desarrollar con estilo propio, desechando en el camino la tentación de copiar el de ellos, por difícil e insulsa. Sin embargo, confieso que sí he podido imitar algunas veces a Ernest Hemingway, ¡pero solamente en su original manera de escribir de pie! Aunque, en vez de hacerlo en una vieja máquina Royal Arrow, yo lo hago, ventajosamente, en una moderna Laptop Hamlew Pakard, último grito de la tecnología electrónica, pero con la envidiosa desventaja de estar, muy lejos de su cómoda y agradable vivienda en Finca Vigía, ubicada en una colina a las afueras de La Habana.

La recopilación de la materia prima ha sido un empeño de muchos años. En las montañas de Falcón, Lara y Yaracuy, a partir del año 1963, surgieron las primeras notas de estas vivencias, aunque muchas de ellas se perdieron y fueron reconstruidas años después, en un esfuerzo titánico para una memoria disminuida.

Sin esas notas a la mano, entre 1967 y 1968, encontrándome en la Cuba revolucionaria, pude concretar los primeros once testimonios coherentemente escri-

tos, pero con la mala suerte de que después de cuidadosos intentos por llevarlos a Venezuela, burlando a los cuerpos de seguridad de mi país, terminaron siendo incautados en Caracas, por el Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas (SIFA), en un allanamiento al jefe guerrillero Douglas Bravo. Por cierto que fue la única ocasión en que los servicios de inteligencia lograron ubicar su escondite, pero Douglas logró burlarlos.

Otros trozos de esta relación vivencial, los elaboré sentado en bares o en aviones mientras volaba allende los mares y también en noches de desvelos inexplicables en París o en breves recorridos en tren por Alemania, Italia y hasta por el Tokio de las esquivas japonesas. También algunos hoteles y estaderos de Colombia, Ecuador y Perú, conocieron de mi obsesión y sirvieron de escenario para esta empresa. En países más pobres, como Nicaragua y El Salvador, realicé los escritos más nostálgicos y sangrientos, quizá, por haber vivido experiencias brutalmente inolvidables. En la capital salvadoreña, fui testigo directo de masacres callejeras diarias del Ejército, que relato en este libro, y también, al hacer una visita a un matrimonio de camaradas, me encontré con la desolación y el terror de su pequeña hija, quien un par de días antes había presenciado la ejecución sumaria de sus padres y de la mujer que les limpiaba la casa. Esa dulce e inocente niña, cuya mirada cargo desde entonces, es sólo una minúscula muestra del horror castrense que

imperó por años en esa pequeña porción de tierra cafetalera centroamericana.

En mi periplo, por no olvidar y poder contarle a otros lo vivido, trasladé de un lugar a otro y en maletines de doble fondo, notas y esbozos de vivencias diarias, escritas en hojitas sueltas, en servilletas y hasta en papel de baño. Por fortuna, desde varios lugares del mundo y por correo, logré enviar relatos casi completos de nuevas vivencias que se iban agregando y que eran recibidos en apartados postales con nombres supuestos en Venezuela.

En estos relatos, el lector no encontrará exclusivamente narraciones bélicas de experiencias guerrilleras, sino que es una especie de zambumbia, con sazón para todos los gustos y mezclada en cada capítulo. De esta forma nadie podrá ignorar un pedazo, sin el riesgo de dejar atrás algo que le hubiera gustado disfrutar. Por lo que conviene a todos leerlo todo.

La narración que he realizado, consta de varios capítulos y en cada uno de ellos se encuentran entremezclados varios tipos de vivencias y anécdotas propias y ajenas, de tal suerte que no se me ahuyente ningún lector interesado, pues a quien no le guste algún pasaje, seguramente le agradará el resto y así, espero, estará obligado a pasar revista a los demás capítulos buscando la parte que más le guste. Por ejemplo, en el

segundo capítulo de este collar de narraciones, ordenadas cronológicamente, se devela el misterioso origen de mi apodo de El Cabito y pues con ello, espero tener asegurados tantos lectores como personas que me conocen con ese remoquete.

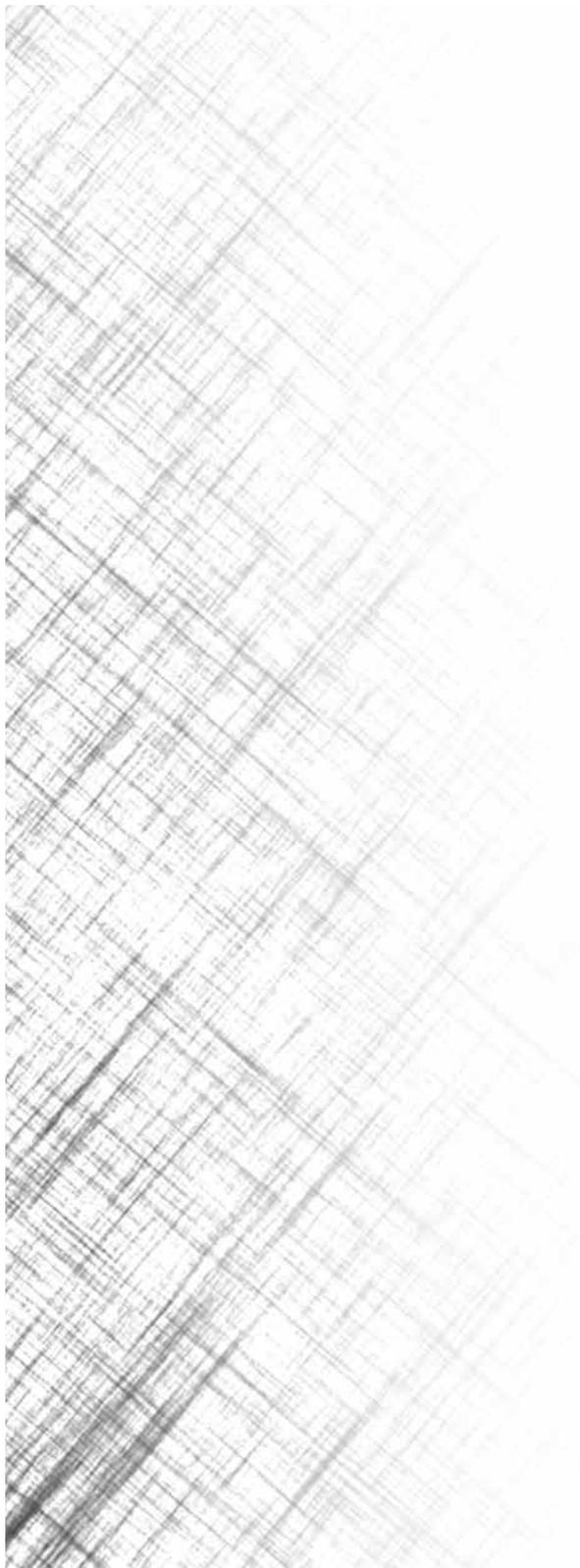
Finalmente, debo advertir que este rosario de relatos no puede llegar hasta el último capítulo de mi vida, debido a que pienso vivir muchos años más y que, inspirado por la reacción que tenga este esfuerzo, me propongo publicar una segunda parte que incluya algunas de las cosas necesariamente aplazadas por ahora, así como algunas de lo vivido más recientemente y de las que, espero, aún están por venir.

Concluyo reiterando que he buceado atrevidamente en las profundidades de la narrativa de Carpentier, El Gabo Márquez, Carlos Fuentes, en el estilo de Papá Hemingway, del viejito malasangroso de Borges y, por qué no, hasta del cáustico Vargas Vila. Igualmente he bebido con una sed incontrolable, buscando nociones útiles en el manantial de muchos otros autores, a los cuales resultaría pedante y ocioso citar ahora, y confieso que, en verdad, no he logrado satisfacer mi avidez de extraer de ellos el secreto literario deseado y mucho menos el de copiar sus picardías.

Sobre advertencia no hay engaño y ojalá que disfruten al leerlas tanto como yo he disfrutado viviéndolas y escribiéndolas.

La familia Creole





“¡Han ingresado ustedes a la familia Creole!”. La frase de bienvenida retumbó en el auditorio de la transnacional petrolera en Amuay, como el anuncio de haber obtenido un Nóbel en Hidrocarburos. Los quince jóvenes recién ingresados, nos miramos con asombro, pero con inusitado orgullo. Especialmente esponjado, se encontraba El Bachiller, con su camisa Arrow blanca y sus dos plumas doradas como medallas en el pecho, regaladas por sus padres el día de su graduación, trofeo que no portábamos el resto, porque nuestro título era, a mucho orgullo, de sexto grado de primaria.

Dos semanas más tarde, ya con nuestro primer sueldo, los bares surgidos a la luz y al calor de los mechurrios de gas, nos acogían con júbilo y nos bautizaban con brindis de Pedro Domecq.

En 1958, después de la caída de la dictadura de Pérez Jiménez y de dos años de estar laborando en la Creole Petroleum Corporation, me di cuenta que, por más que hiciera, nunca llegaría a sentirme parte de esa “familia”. Fue en ese mismo año, en el mes de marzo, que decidí afiliarme a la Juventud Comunista. A par-

tir de entonces, además de las típicas francachelas de obrero petrolero, de todos los fines de semana, comencé a participar políticamente, tanto para rechazar al gobierno autoritario y represivo de Rómulo Betancourt, como para apoyar a la Revolución cubana.

En nuestra primera manifestación en solidaridad con la isla rebelde, de pronto, el mercado de Punto Fijo se estremeció con la detonación de una granada casera hecha en una lata de jugo Yukery. La onda expansiva le tumbó de la mano el revolver calibre 38 al policía que tuvo la mala suerte de pararse a disparar, justo donde estalló el pote. No sospechábamos que por gritar *¡CUBA SI, YANQUIS NO!*, se pondría en juego nuestra condición de obreros petroleros. Lo cierto es que se desató una brutal y “democrática” cacería de comunistas por parte de la DIGEPOL (Dirección General de Policía), reforzada por la SOTOPOL, que no era otra cosa que un grupo de choque parapolicial, construido por un dirigente adeco de nombre Soto Socorro y que fue por su apellido que se conformaron las siglas que reconocían a dicha banda armada. Los calabozos de Coro y Punto Fijo se llenaron de jóvenes militantes comunistas, miristas y urredistas, que con orgullosa pasión cantaban canciones revolucionarias en las noches de cautiverio. En una de ellas y con clara luna, nos trasladaron de las celdas de detención en Carirubana a Punta Cardón, pero como nosotros conocíamos varias historias de ejecuciones

y desapariciones por parte de las bandas policiales y parapoliciales de Acción Democrática en todo el país, cuando llegamos a la bajada del Puerto de Guaranao, empezamos a cantar nuestro Himno Nacional, con el poco miedo que tienen los jóvenes convencidos de una causa justa. Así, llegamos a nuestro segundo destino de ese viaje, los calabozos de la policía en Punta Cardón, región entonces controlada por la transnacional SHELL. De ahí, nos trasladaron a la cárcel de Coro, que siendo la capital del estado, supusimos que íbamos en ascenso hacia la capital de la República, donde estaban los mejores especialistas de la tortura: el capitán Vegas (adeco), Erasto Fernández (adeco), Atahualpa Montes (adeco) y el capo mayor de rancia alcurnia adeca, conocido mundialmente como Carlos Andrés Pérez.

Después de un par de semanas que pasamos detenidos y sin proceso legal alguno, finalmente nos soltaron. Ello ocurrió como consecuencia de la separación de las filas de Acción Democrática del llamado grupo “ARS”, del cual formaba parte el entonces gobernador del estado Falcón, Bracho Navarrete y quien en un gesto de diferenciación con el gobierno de Rómulo Betancourt, ordenó nuestra liberación. Sin embargo, al regresar a nuestro trabajo en la Creole en Amuay, nos encontramos con que, de manera absolutamente ilegal, nos habían despedido. Lo que nos mostró, a las claras, la des-

carada connivencia entre el gobierno nacional y la empresa transnacional.

El autoritarismo y la creciente violación de la legalidad por parte del gobierno adeco, fueron cerrando los espacios políticos y polarizando a la sociedad venezolana. Ello nos obligó a un nivel inicial de clandestinidad, como protección a la constante represión gubernamental, pero en un segundo momento, nuestra creciente ilegalización nos llevó a tomar la decisión de iniciar la lucha armada. En consecuencia, el Partido Comunista (PCV) decidió enviarme al naciente Frente Guerrillero “José Leonardo Chirino”, que había adoptado dicho nombre en honor al primer esclavo que se rebeló contra el dominio español.

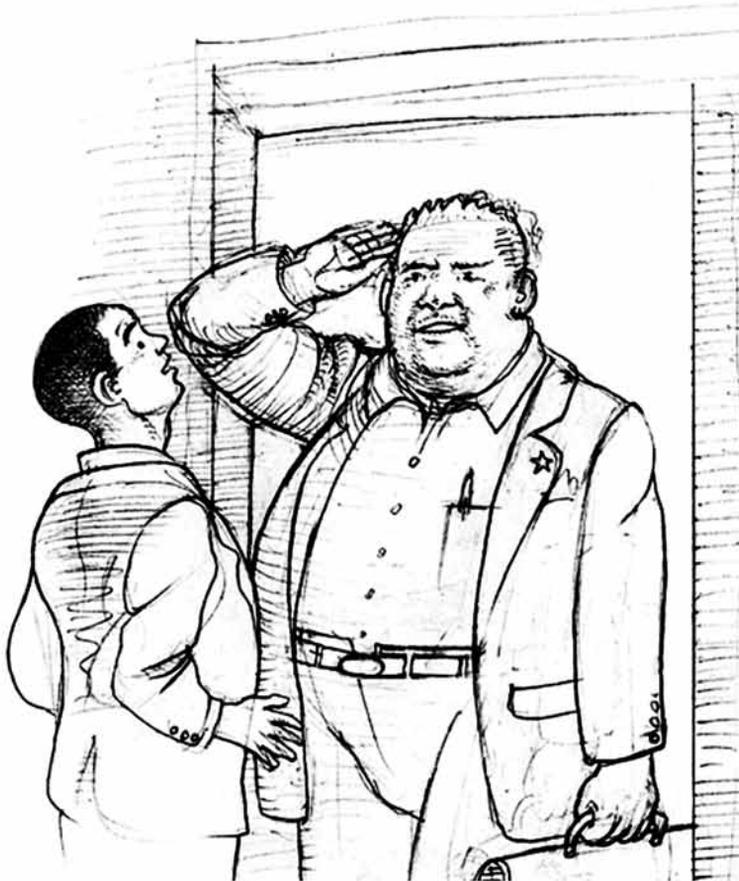
De esa y otras historias hablaremos a lo largo de este libro, por lo pronto diré que, por los tumbos que dio mi vida, 43 años después volví a visitar mi árida península. Esta vez, con motivo del paro petrolero lanzado por la oligarquía venezolana, en diciembre de 2002, para tumbar al gobierno democráticamente electo de Hugo Chávez. Por primera vez en mi vida y después de haberse convertido en emblemas de la explotación petrolera en la región, vi como los mechurrios se apagaron. También me di cuenta que el antiguo esplendor de los bares alumbrados con flama de gas, se llevaron a la tumba, en sus derrumbes, los secretos de muchos amores urgentes y furtivos de media luz y de media noche.

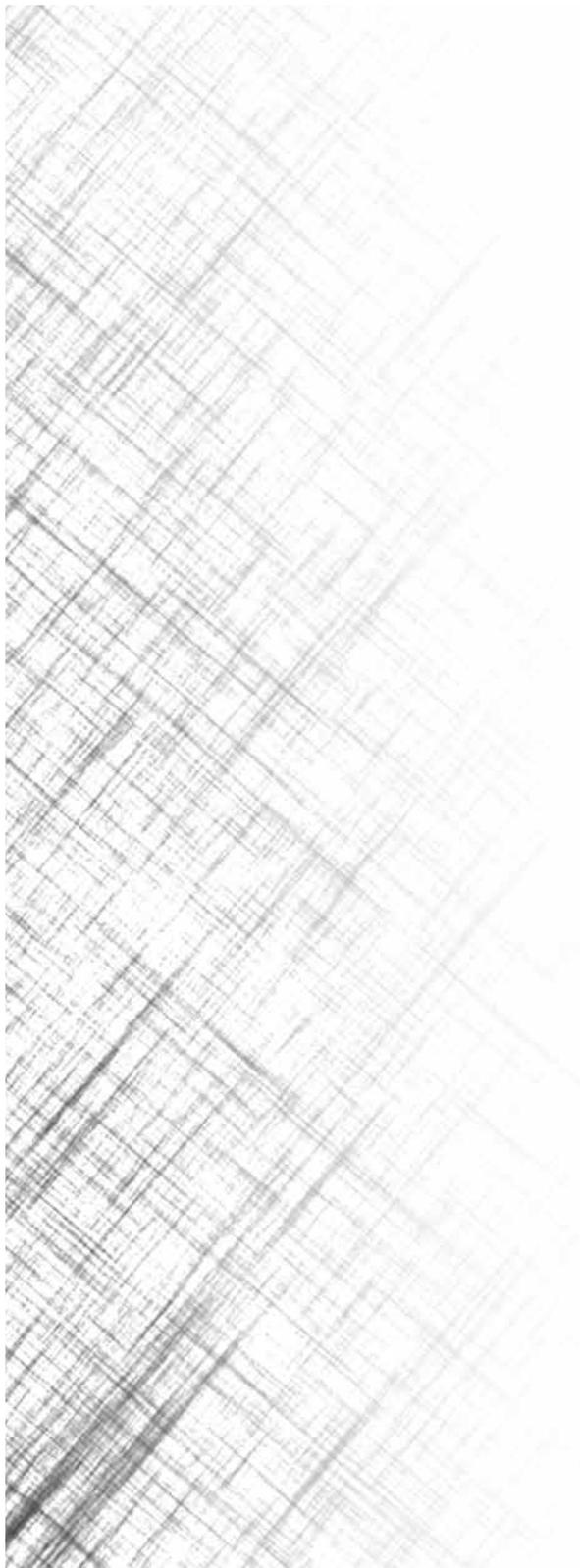
De nuevo me encontré a mi viejo camarada El Bachiller y repasamos cuidadosamente y con nostálgica pasión las vivencias de entonces. Él, ya jubilado, camuflajeado con su cabello blanco y ya sin el rubor que le producían las secretarias cuando lo veían con la pala en la mano, me confesó su amañamiento de los viernes en el burdel llamado Tres Caminos y que estaba ubicado en las inmediaciones de la refinería de Amuay y precisamente en el cruce de tres vías diferentes. Con lágrimas en los ojos, El Bachiller me reveló que aún recordaba “el perfume de lirio que usaba Mary.” Se refería a la joven caraqueñita con quien estableció una convivencia íntima, que incluía el despido de cualquier cliente que estuviera con ella cuando él llegaba. Incluso habían eliminado la tarifa por servicio y, en su lugar, él tenía el compromiso de una asistencia económica los días de pago, con la libertad de visitarla en cualquier día de la semana. Así, El Bachiller traspuso en poco tiempo los límites del convenio mercantilista y llegó a enamorarse profundamente de ella.

Como si aún hubiera tiempo para buscarla y con un ataque de recuerdos que le aguaraparon los ojos, El Bachiller me contó que cuando Mary se fue sorpresivamente y sin avisarle, a trabajar a Puerto Cabello, *él tuvo la tentación de ir a buscarla esa misma noche. “Es que –me dijo- me había acostumbrado mucho a ella con su olor a lirio...”*

Nos despedimos en medio del momento más álgido del paro petrolero y con cierta prisa, pues había mucho que hacer para contrarrestar aquel intento golpista de la oligarquía venezolana, popularmente conocida como escuálidos, y que nos impidió disfrutar de una inmersión más profunda y nostálgica en nuestras memorias compartidas. De cualquier manera, me despedí del Bachiller con la certeza de que ni “El Saco” ni “Puerto Escondido”, bares competidores de aquel al que se llegaba por rutas diferentes y aledaños también a la Refinería de Amuay, lograron entusiasmar al Bachiller como lo hizo Tres Caminos, mientras Mary estuvo ahí... y que, cuando mucho, sólo alcanzaron a disimular el vacío que le dejó la abrupta ausencia de aquellas caricias con olor a lirio...

¿Por qué El Cabito?





En las tardes amarillentas por la despedida del sol, cuando aún imberbes regresábamos de nuestras labores de obreros petroleros en la Creole Petroleum Corporation, en Amuay (hoy parte del Centro de Refinación de Paraguaná), acostumbábamos instalarnos en el local del Partido Comunista de Venezuela (PCV), en la calle Arismendi de Punto Fijo. Corría el año 1959 y me encontraba parado en la puerta de dicho local, justo en el momento en que Alcides Hurtado, con su gordura habitual y su maletín de Secretario General del Regional pecevista en Falcón, llegó al lugar. Sin percatarme de que pretendía ingresar y que yo le bloqueaba el paso, no me moví, quedando frente a él como un guardián de la puerta que impedía el libre acceso. Para mi sorpresa, Alcides se cuadró militarmente delante de mí y, fingiendo un saludo castrense, con su mano en la brisera imaginaria, me dijo “*con su permiso mi cabo*” y entró, bonachón como era, cuando cual obediente soldado me aparté de su camino.

Tal vez su ocurrencia hubiera pasado desapercibida y el grado de Cabo se hubiese borrado tempranamente,

de no haber insistido con el mismo remoquete, cuando lo visité en su casa esa misma noche. Resulta que cuando llegué, Alcides, que estaba ayudando a su primogénito en sus afanes por dar sus primeros pasos, me miró divertido y le dijo a su heredero: “Alcidito, ahí viene “El Cabito”, salúdalo y dile cabito, cabito”. Era la segunda vez en el día que me repetía el apodo y para colmo ahora lo llevaba al diminutivo. Esa noche, la espontánea gracia de la tarde dejó de ser una simple ocurrencia y a partir de entonces olvidó mi nombre y me siguió llamando El Cabito, convirtiéndose así, en el responsable de mi apodo. El cual, en la década siguiente, se publicitará en muchos de los periódicos, revistas, libros y cortometrajes que se referían a la guerrilla. Mi nombre verdadero no se acompañaba con este sobrenombre o desaparecía para identificarme simplemente como El Cabito. No hubo, desde entonces, delación en donde el apodo no apareciera para referirse a mi persona y en muchos interrogatorios los sicarios lo utilizaban para preguntar por mí, algunas veces con más insistencia de la que merecía mi humilde ubicación en la organización guerrillera.

No guardo en mi memoria ningún dato que explique el por qué tantos camaradas asumieron tan rápida y fraternalmente mi sobrenombre, a no ser por la insistencia de Alcides en seguirme llamando de esa manera. Lo que sí recuerdo de la historia de mi segundo nombre, es que, en el año 1963, cuando viajé del sur

de Falcón, concretamente de Santa Cruz de Bucaral a la Sierra de Iracara en San Luis, donde funcionaba el Destacamento guerrillero “Elpidio Padovani”, del Frente Guerrillero “José Leonardo Chirino”, un guerrillero campesino se refirió a mí como El Cabo, en lugar del ya establecido El Cabito. Se trataba del renombrado y extraordinario combatiente campesino de Pueblo Nuevo de la Sierra, Miguel Noguera, quien murió de un tiro en el pecho durante una acción en El Paso, entre San Luis y Cabure. Su muerte me produjo algo que no me ocurriría con otros camaradas caídos, la rechacé como cierta esperando por muchos meses que la desmintieran, hasta que, finalmente lo lloré en silencio, pues en esa época yo no lloraba con lágrimas. El caso es que, a pesar de que ya todos me llamaban El Cabito, Miguel siempre se refirió a mí como El Cabo.

La primera experiencia internacional de mi apodo se produjo en agosto del año 1966, al viajar a La Habana para recibir entrenamiento especial en técnicas de desembarco. Por medidas de seguridad, para evadir los rastreos de la CIA dentro de la isla, y mientras duraba el entrenamiento, mi apelativo desapareció y fue sustituido por Danilo Marín, supuesto técnico petrolero peruano. Aunque no estaba planeado así, después de eso me quedé cerca de dos años en Cuba, oculto, pero muy activo y reconocido con el apodo de El Cabito. Esto ocurrió así por la capacidad de observación de un niño,

quien me reconoció en una fotografía publicada en la revista “Sucesos”, como parte de un reportaje sobre la guerrilla venezolana y en la que se me refería como El Cabito. Por cierto que a la familia de aquel avisado niño cubano yo la visitaba con frecuencia, acompañado de María Elena y con quien en ese entonces tenía una relación amorosa. Fue durante esa estancia que ocurrió un simpático, aunque fugaz, ajuste a mi apodo, cuando el entonces superjefe de la Seguridad del Estado de Cuba, Manuel Piñeiro, con su picardía característica, le informó a María Elena que había iniciado una indagación “para dar con el paradero de un tal Cabito de tabaco”, pues, sospechaba de que un tal Cabito se había incrustado en el corazón de una de las agentes de su efectivo ejército de inteligencia.

De cualquier manera, lo cierto es que el apodo ha sido impreso en una docena de libros, unas cuantas revistas nacionales e internacionales y en una pila de periódicos. En testimonios artísticos conservo algunas caricaturas y un escudo familiar, celosamente guardado, que fue dibujado por el catire Larralde en una de aquellas interminables reuniones clandestinas de entonces. Sin embargo, debo confesar que lo más importante para mí, es saber que lo han pronunciado cariñosamente algunas personas en el mundo (disculpándome con ellos por no haber indagado cómo se dice mi apodo en sus idiomas), pero, sobre todo, en mi amada patria chica, Venezuela.

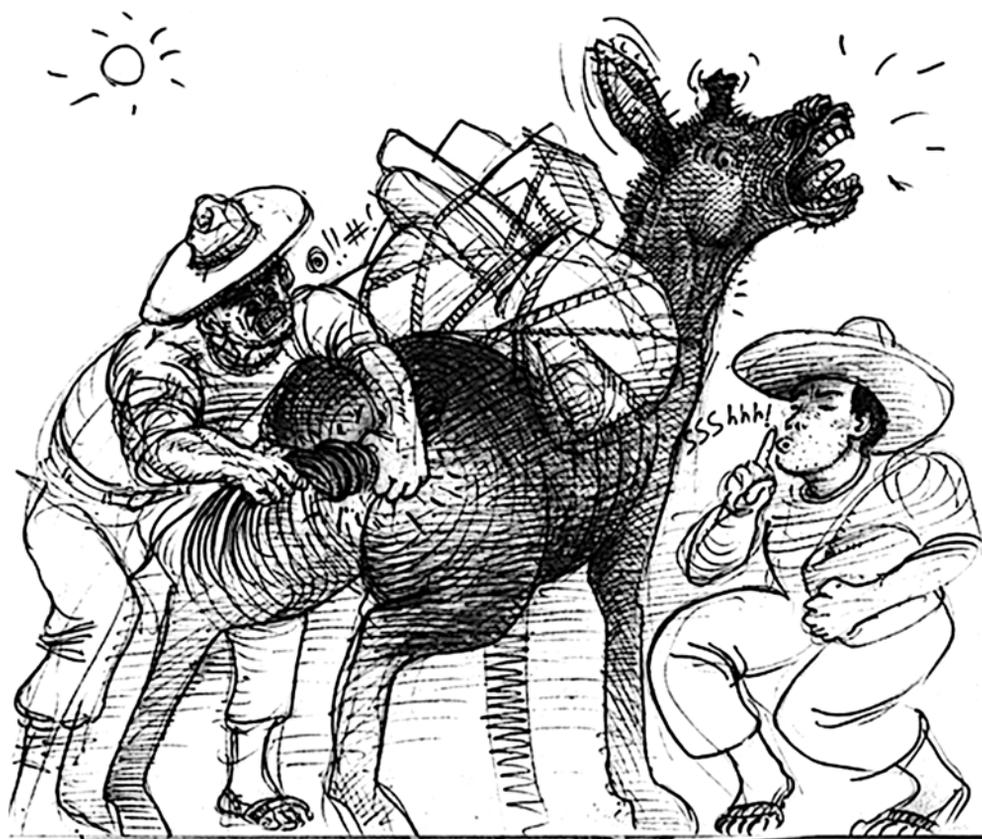
Hace un par de años, en una entrevista de Eleazar Díaz Rangel al Presidente Hugo Chávez, acerca de los preparativos de la insurrección militar del 4 de febrero de 1992, el ahora democráticamente electo Presidente de la República, siempre se refiere a mi persona con el apelativo de El Cabito. Le agradezco al presidente esta ayudita en mi empeño por mantener, orgullosamente, mi apodo, mi segundo nombre, en particular en su diminutiva expresión original. Tal distinción se la dedico íntegramente a la memoria de mi maestro en el Partido y Juventud comunistas, quien como consecuencia de haber sufrido un infarto fulminante al nervio óptico, soportó por muchos años y antes de su muerte, la dura tiniebla de la ceguera: el camarada Alcides Hurtado, creador de mi apodo.

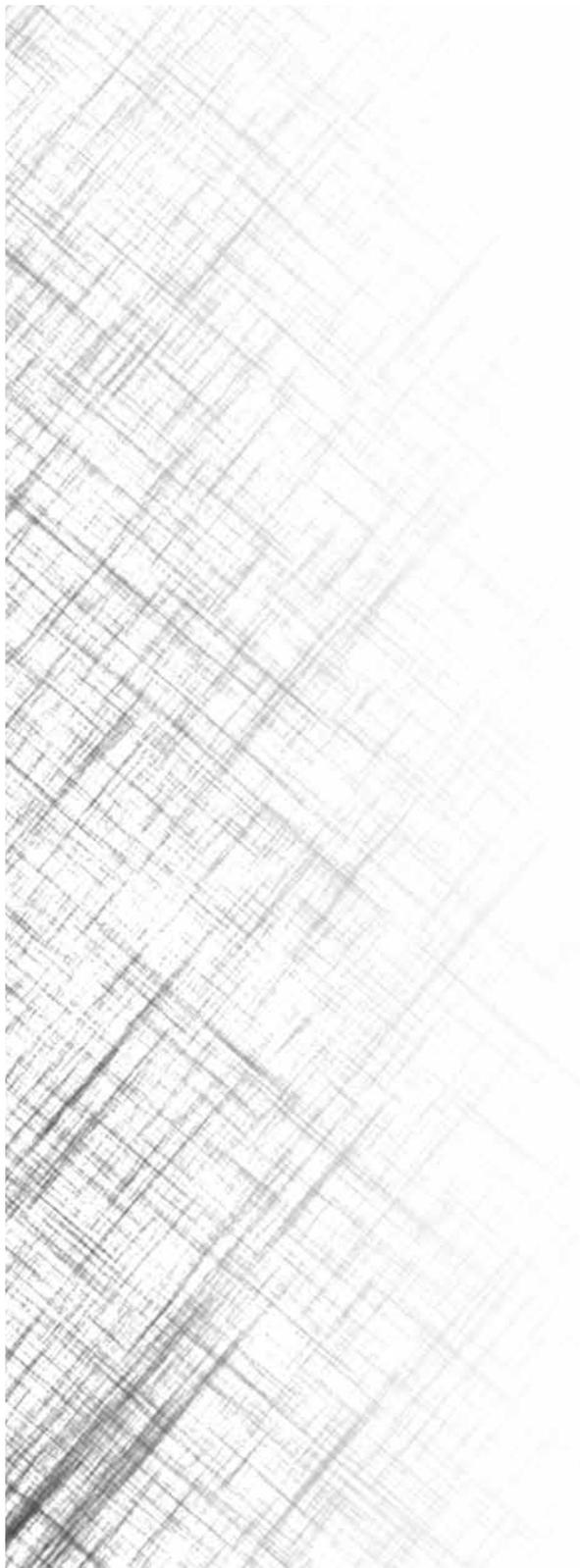
He confesado la verdad del origen de mi sobrenombre, espero haber complacido a los amigos y, sobretodo, a las amigas que con más curiosidad se interesaron en saber el origen de tan difundido, pero sencillo, misterio. Debo confesar también que, con traviesa vanidad, siempre les respondí con evasivas y medias explicaciones a fin de preservar el interés por el secreto y su halagadora curiosidad.

Es probable que ante la sencillez de la explicación, más de uno se sienta defraudado, con mucha mayor probabilidad aquellos que buscaron la razón del mismo en una inexistente pasantía en el Ejército, en

donde, se suponía, que alcancé “el grado de Cabo”; o aquellos que se atrevieron a suponer que estuve en cautiverio en alguna cárcel donde fui “cabo de presos”; u otros que buscaron la explicación en algún parentesco lejano con Cipriano Castro quien fuera apodado El Cabito, mucho antes que yo; o a los que echando a volar un poco más la imaginación y con espíritu marinerero, pensaron en un hipotético pasado de navegante donde fui “encargado de los cabos del barco”.

Viaje a la guerrilla





En el mes de junio de 1962, llegué a Santa Cruz de Bucaral, en el sur de Falcón, con la misión de construir la retaguardia de la guerrilla que comandaba, según me informaron en Coro, Domingo Urbina. Por mi doble militancia dentro del Comité Regional de la Juventud Comunista y del Partido, se le encargó a Febres Gonzáles, dirigente campesino del Comité Regional del Partido en Falcón, llevarme a la zona y presentarme los contactos campesinos de la región. Sin embargo, un incidente imprevisto cambiará repentinamente el curso de los acontecimientos y, a partir de ese momento, todo ocurrirá de manera completamente diferente a lo acordado antes de salir de Coro.

Un sospechoso comprobante de identidad, a nombre de Darío Ascanio y muy deteriorado por el uso de varios “dueños”, era toda mi documentación. Había quedado indocumentado desde el año 1960, producto de un allanamiento que nunca fue aclarado, en la calle Comercio de Punto Fijo. La frágil fachada que escondía nuestra condición de forasteros subversivos, fue rápidamente puesta a prueba por la malicia coriana de un agente campesino de la policía local.

Caminábamos por la empedrada calle central del pueblo, en dirección a la prefectura, cuando el sabueso policial nos abordó con decisión y procedió a pedirnos identificación. Febres, conocedor del medio y en una salida audaz, rápida y muy ingeniosa inventó una coartada: íbamos a visitar a Pepito Olivares, el juez del municipio y a quien apenas había saludado una vez en una fiesta patronal. La convicción con que lo dijo, hizo titubear al malicioso policía y al debilitarse su acierto inicial, sus intenciones se derrumbaron y sólo atinó a preguntarnos si conocíamos al Sr. Olivares, a lo que Febres repostó con el más contundente convencimiento: *“Es mi amigo personal y voy a visitarlo”*. El maltratado comprobante volvió a mis manos después de una mirada de reojo, y aún con incredulidad, del agente policial.

Continuamos avanzando en dirección a la prefectura y, ya lejos del receloso guardián del “orden democrático”, Febres me dijo en susurro: *“Ahora tenemos que visitar de verdad al tal Pepito para salir de este inesperado percance”*. Y efectivamente, cuando le devolvimos la mirada de reojo al representante de la ley local, éste permanecía con su cara de frustración y aún en el mismo lugar, para comprobar si efectivamente nos deteníamos en la prefectura para visitar al juez. Seguramente sus deducciones de investigador pueblerino, volvieron a derrumbarse cuando nos vio entrar decididos en el zaguán de

la casa de gobierno municipal, donde Febres con su voz de timbre fuerte, preguntó por su “amigo, el juez”. Aunque no teníamos nada que tratar con la primera autoridad judicial del pueblo, yo tenía la absoluta confianza de que Febres, de recursos infinitos para la conversación y sólo comparables con los de Domingo Urbina (hombre de mil anécdotas, chistoso también y de gran ocurrencia), encontraría el tema apropiado para completar y justificar la coartada que hacía unos minutos él mismo había inventado para desarmar psicológicamente a quien quiso cerrarnos el paso.

Para nuestra buena suerte, el señor juez no estaba en el juzgado ni tenía intenciones, según nos informó el secretario, de llegar en toda la tarde. Tan pronto recibimos esa buena noticia, nos fuimos con mucho sigilo a la casa de Graciano Argüello, desechando por muchos años el deseo de volver a recorrer “legalmente” las calles de Santa Cruz de Bucaral.

Nos reunimos con Graciano y, una vez puesto en antecedentes del incidente, decidimos que yo subiera en la madrugada del siguiente día hasta donde estaba Domingo Urbina y que decidiera con él lo más conveniente. Sin embargo, los tres estábamos convencidos de que mi estadía en el pueblo ya no pasaría, como se había planeado, desapercibida.

A las cuatro de la mañana me embarqué en el jeep de Graciano, un destartado Willys del año 1948 y el cual, pese a su denodado esfuerzo, quedó anclado en el fango a mitad del camino de Santa Cruz a La Taza. En nuestro auxilio y con otro desvencijado camión, llegó Pillo, un fuerte chofer campesino, quien después de secretarse con Graciano, cogió mi pequeño maletín y me invitó a subir a su camión de estacas. Con el motor a todo tren llegamos enfangados a La Taza, donde después de otro secreteo, ahora de Pillo con un robusto adolescente llamado Chiro, me cambiaron del camión a las ancas espumosas de sudor de un macho balcino.

El recorrido final de La Taza a una vieja hacienda de café de la Venezuela del 1900 y nombrada El Chiclar, lo hicimos en escasa media hora. El viaje estuvo matizado por una agradable y aparentemente ingenua conversación con el joven campesino, la cual, pronto descubrí, era más bien un muy articulado interrogatorio de su parte.

Un viejo canoso y bien conservado, de mirar malicioso y aspecto atlético, nos recibió en un patio amplio acondicionado para secar café. Pese a la cadena familiar recorrida para llegar a su hacienda, pues resultó que Chiro era su hijo, me recibió con recelo aunque con mucha amabilidad. Fue hasta que le dije con cierta autoridad, *“vengo a hablar con Domingo”*, que cogió

un machete estalonaio y se puso en camino. Tiempo después, conversando amenamente con él, le pregunté por qué me había llevado tan rápido frente a Domingo, a lo que me respondió muy tranquilo: -*“Bueno, pensé que si no era de los nuestros, entre El Pariente Domingo y yo lo liquidábamos”*.

El camino enmontado y cubierto de rocío que conducía al ranchito conuquero donde estaba Domingo Urbina, famoso por el secuestro y posterior muerte del miembro de la Junta Militar de Gobierno, Coronel Carlos Delgado Chalbaud, fue relativamente corto. La pomposa designación que se le dio a la misión que se me había encomendado, “construir la periferia de la guerrilla del Sur”, se volvió ridículamente absurdo a la hora de encontrarme con una guerrilla reducida a un sólo hombre, cadavérico y con su fortaleza física diezmada por la fiebre sin tratamiento alguno y por la escasa alimentación. Sólo un alimento, me dijo con mordacidad, había consumido hasta la indigestión: *“...caldos de sustancia del Buró Político del Partido Comunista por intermedio de Douglas Bravo y Teodoro Petkoff.”*

Un arcaico fusil M-1, solitario y en reposo, estrella de la segunda guerra mundial, era el único armamento existente. Domingo me recibió con afecto, pero profundamente molesto con la dirección del Partido Comunista. Aunque yo llevaba un largo informe, esa

noche no me dejó hablar. Extraordinario conversador, simpático, divertido y de gran ocurrencia, Domingo copó la escena con mil anécdotas hasta bien entrada la madrugada. Abrió, a manera de crítica-reproche contra el Partido con un poema que en alguna de sus partes finales decía: “...es que el mar se cansa de ser mar y el hombre se cansa de ser hombre...”

Me contó de su fuga de prisión, coordinada con el Frente Unido de Liberación (FUL), surgido de las filas del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), cuya responsabilidad la tuvo desde afuera Baudilio Loyo, organizador del Segundo Destacamento que operó en la zona Sur. Posteriormente, con un torrente de recursos oratorios impresionantes, disertó acerca de sus conversaciones polémicas en la Sierra de Iracara en San Luis, estado Falcón, con Douglas Bravo y de su larga entrevista con Teodoro Petkoff, a quienes irrespetuosamente tildaba de “patiquines”.

También me habló de la necesidad de combinar el marxismo con la filosofía Yoga y fue prolífero en su relato de la cárcel Modelo y de su amistad con el profesor Humberto Cuenca, de quien dijo haber copiado, y adulterado a una expresión vulgar, la frase de que: “las mujeres pensaban con el clíctoris”. Finalmente, supe que el viejo campesino que me trajo se llamaba Oscar D’lima, a quien Domingo, en su peculiar cos-

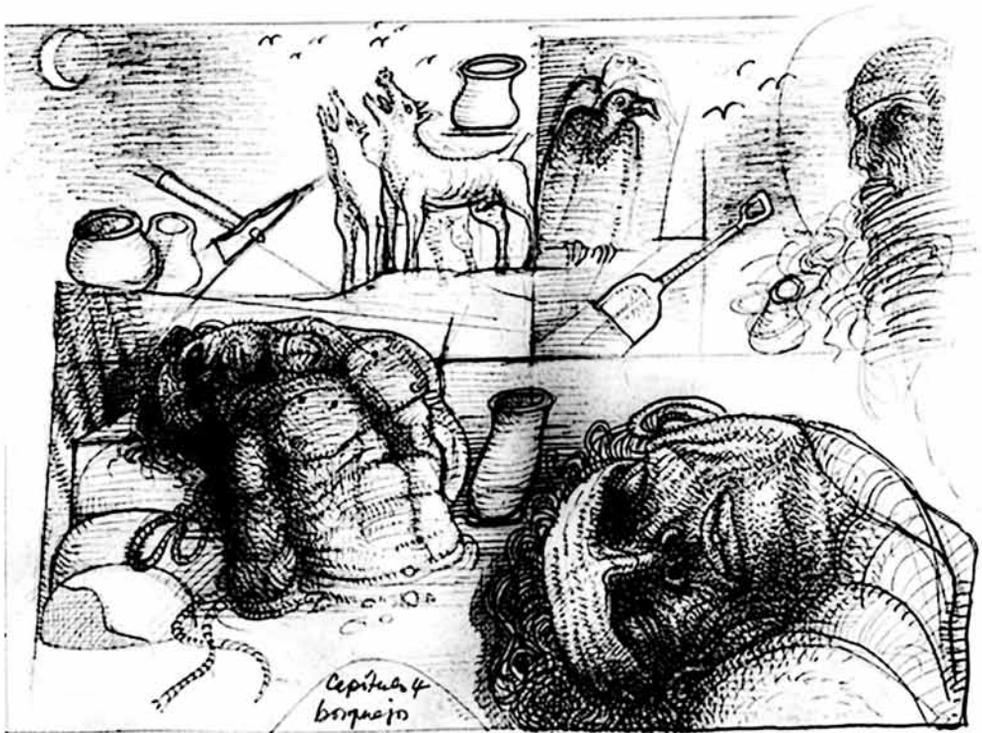
tumbre de llamar “pariente” a todo el mundo, le decía pariente Oscar. Por cierto que cuando se conformó la guerrilla, se copió y generalizó el uso de ese fraternal apelativo entre todos nosotros.

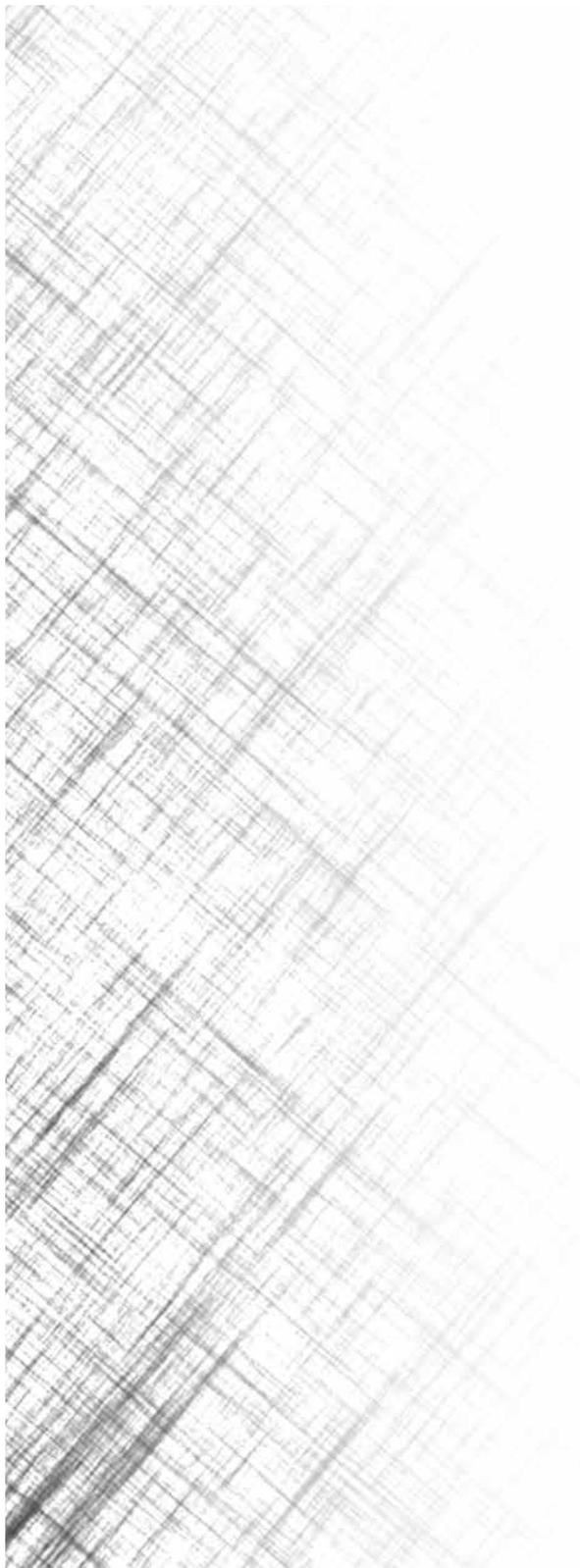
De momento, a mi llegada, la familia guerrillera la componían el pariente Domingo, el pariente Oscar, el pariente Tista, el pariente Bartolo, la parienta Pola, (mi único sueño de amor en la guerrilla), la parienta Hermógena, el pariente Teno, el parientico Chiro y la parientica Rosenda. Esta última era una agraciada campesina de quince años con quien Domingo tuvo un hijo que aún vive. Yo pasé a ser el pariente Darío. Por cierto que el pariente Óscar D’lima y su familia, cuando vinieron los cercos contra nuestro Destacamento guerrillero, sería la familia más hostigada por el ejército y los cuerpos represivos en la zona.

Fue con mi llegada que se comienzan a echar las bases para la creación del llamado Destacamento del Sur, ubicado en las montañas de los alrededores de Santa Cruz de Bucaral y bautizado “Félix Adam”, en honor a ese guerrillero campesino muerto en combate. Una segunda inyección, clave para el desarrollo de nuestro incipiente núcleo de guerrilleros campesinos de la zona del Sur de Falcón, se produjo con el arribo de Alirio Chirinos, miembro del Comité Regional del Partido Comunista en Falcón y a quien se le asignó el remoquete de pariente Yiyo.



El pariente Félix





Una madrugada relampagueante, de octubre de 1962, lo conocimos. Llegamos a su casa en medio de una lluvia atronante, que empapaba los cañaverales en el caserío El Chiclar. Veníamos de regreso de la Conferencia de Cuamay, realizada en el cerro que llevaba ese nombre, en la Cruz de Taratara en Falcón. Se levantó del catre de varillas, en los que duermen los campesinos pobres y nos dijo: -*“Mucho gusto parientes, Félix Adam”*.

Desde el primer momento, captamos en la sonrisa franca que ofrecía sin prejuicio de mostrar la huella negra del chimó en sus dientes, que era un hombre afectuoso. Acababa de llegar de Turén, en el estado Portuguesa, adonde lo llevara su último éxodo al perderse la cosecha del café. Bastaron sólo algunas explicaciones sobre la necesidad de la lucha guerrillera, para que Félix revelara en toda su intensidad la conciencia de clase y el espíritu rebelde que llevaba en su interior y al día siguiente, junto a su hermano Tista, se convirtió en uno de los primeros soldados campesinos en ingresar al destacamento del Sur. Era analfabeta, pero con un gran interés por aprender a leer y

escribir, buscando saciar la gran sed de conocimientos que acumulaba desde niño. Era tenaz e incansable cuando se proponía una meta y en poco tiempo, embelesado, se hundía con avidez en la lectura del marxismo-leninismo y los folletos de Mao y de Lenin ocuparon siempre un lugar en su morral.

Con la incorporación de siete nuevos campesinos de la región, quedó formalmente estructurado el Destacamento. Félix, el más entusiasta, ocupaba un puesto destacado en la labor de exploraciones, establecimiento de vías secretas y trabajo social entre la población. Naturalmente competente en el medio campesino, resaltaban también en él cualidades para el arte de la guerra, conocimientos que iba adquiriendo con una gran disciplina y devoción. Bondadoso y fraternal con sus compañeros, sin ningún asomo de mezquindad, se ganó rápidamente la confianza y el cariño de todos sus camaradas. Cuidaba el arma asignada con esmero, manteniéndola en impecable estado de limpieza y libre de óxido, hasta en la época en que las lluvias se encargan de estropearlo todo.

En el año de 1963, se le planteó al Frente Guerrillero “José Leonardo Chirino”, establecer una relación directa entre las fuerzas del Destacamento “Elpidio Padovani”, que operaba en Iracara en la Sierra de Coro, y el Destacamento del Sur, que tenía su asiento en los alrededores de Santa Cruz de Bucaral. Para el

cumplimiento de esa misión llegó a El Chiclar, enviado desde el norte, uno de los más queridos e inolvidables forjadores del movimiento guerrillero en Falcón: Miguel Noguera. Se necesitaba, para formar con él una pareja, un hombre de absoluta confianza y que tuviera aguzados reflejos de orientación en el monte, para posibilitar el desplazamiento de la guerrilla que operaba en el norte hacia el territorio del sur. Para esa misión, el comando de nuestro destacamento designó al camarada Félix Adam, por lo que se trasladó a terrenos de la Sierra de San Luis, donde de nueva cuenta se granjeó el cariño y la amistad de todos los camaradas, quienes empezaron a llamarlo “Churo”, que en lenguaje rebelde de aquel entonces significaba: llegado de Churuguara.

Cuando acelerábamos los preparativos para la larga marcha hacia el sur, se produjo el choque con el Ejército en Las Vegas, cerca de la población de Cabure; estreno exitoso de la guerrilla que nacía balbuceante, pero que a pesar de su resultado victorioso, tanto por las armas capturadas como por la muerte del siniestro sargento Colina, tuvo para la guerrilla el saldo desgarrante y lamentable de la pérdida de Arcadio Pérez Martínez, “El Negro Pastor”, pionero de la formación del Frente Guerrillero en Falcón. En ese combate, Félix estuvo en el grupo de la retaguardia, disgustado porque no lo incluyeron en la fuerza principal del combate. El choque, también derrumbó los planes

de desplazamiento y la guerrilla tuvo que retroceder nuevamente hasta la sierra abrupta de Iracara. El viaje quedaba así aplazado y la misión de unificación de las dos fuerzas se postergó hasta el año 1965. En esta fecha, el objetivo se logró por otro forjador infatigable del Frente falconiano, Félix Faría, quien unió a un grupo estacionado entre El Arco y Quererepa, con otro del Destacamento del sur, que ya para esa época se encontraba en Riecito, en Falcón.

Después del combate de Las Vegas, se produce el gran cerco de fuerzas combinadas enemigas con el fin de destruir la guerrilla falconiana y que, en frase de Betancourt, se proponía: “Matar el pollo en la propia cáscara”. Es así como nuestras fuerzas en el norte y el sur, rodeadas por numerosos contingentes enemigos, quedan incomunicadas. Para la delicada misión de reestablecer la comunicación, en plena ofensiva enemiga, la comandancia del frente decide enviar al sur a Miguel y Félix. Durante más de un mes y en medio del cerco, atravesándolo constantemente y deambulando de casa en casa, el intento de ambos resultó infructuoso. Miguel decide volver al norte, pero Félix se niega y le pide quedarse para seguir intentando hacer el contacto. Miguel Noguera accede a la petición de Félix y parte, hacia el norte, sólo acompañado de su incansable voluntad de caminante. Aunque la guerrilla del sur, al ser informada en una casa amiga donde pasaron, supo de la presencia de ellos en su zona,

ya era tarde para alcanzarlos, además de que Félix y Miguel se movían entonces en medio de dos pelotones de soldados enemigos. A pesar de sus esfuerzos, Félix no logró ubicar a sus compañeros en el cerco, el cual, pasados tres meses, empezó a ceder, disminuyendo la presión sobre la guerrilla, pero dejando un saldo de numerosos combatientes y campesinos muertos, presos y torturados.

El destacamento del sur resistió el cerco, pero se desmanteló cuando Domingo Urbina, incapaz y sin claridad de objetivos, se fue a la ciudad. Al resto del destacamento, aturdido por la magnitud de la ofensiva, con infinidad de problemas internos y la salud en la mayoría de sus combatientes deteriorada, también le faltó claridad y se cometió el grave error de licenciar al personal completo. Dos meses después, ya cuando el Ejército se había retirado por completo, Domingo Urbina volvió con órdenes del Partido Comunista (PCV) de reorganizar el destacamento. Junto a él regresé yo, que me había trasladado previamente a Iracara, acompañado por un refuerzo del norte: el excelente camarada y hoy en la lista de mártires, Víctor Quiñones.

En el primer recorrido por la zona encontramos a Félix en un brioso caballo melao. Bajó del caballo, desenterró su metralleta, la limpió y se fue con nosotros. Había permanecido semiculto y con la metralleta Hotkins que le habían asignado, de entre

las gemelas capturadas en el combate de Las Vegas. Cuando terminó el cerco, y encontrándose solo, la guardó engrasada y con tanto esmero que aún conservaba el azuloso del pavón. Fue en ese momento cuando conocimos la historia de sus desplazamientos en plena ofensiva del enemigo.

El cerco enemigo nos enseñó que había que traspasar las montañas que nos impedían ver para los estados Yaracuy y Lara y Félix fue la punta de lanza de esa nueva tarea. Por los caminos de Tapatapa rompimos con el mito de la imposibilidad de sobrevivir más allá del río Tocuyo y llegamos, con armas y morrales disfrazados de carga inofensiva y sobre los lomos de un burro negro de oreja mocha, hasta los pueblos limítrofes de Lara y Yaracuy. Aún conservo como recuerdo fresco el momento en que, muy cerca del enemigo, Félix le torcía furioso el rabo al burro negro para ahogarle, a mitad del pescuezo, un rebuzno delataador. Después vino la exploración de la montaña y Félix llegaría nuevamente a la orilla del Tocuyo, con la sed cocinándole la garganta, pero logrando que Loma Larga, la Chiquinquirá, Caño Negro y las Guabinas, pasando por Moroturo, fueran parte del territorio ocupado por el Frente “José Leonardo Chirino”.

Para reconstruir el núcleo guerrillero del sur, de la ciudad llegaron nuevos combatientes, pues por la estrechez de Urbina, los miembros del destacamento deambula-

ban sin rumbo por las poblaciones vecinas a Santa Cruz de Bucaral. El Ejército sabía de este reagrupamiento y de tanto en tanto lanzaba pelotones en rápidas ofensivas, usando siempre el factor sorpresa. Les llegaban entonces los primeros aires de los cursos de contrainsurgencia, dictados por militares norteamericanos en la Escuela de las Américas en Panamá y en Fort Bragg en Carolina del Norte. Logrando con ello matar a la mayoría de los compañeros que llegaron de la ciudad.

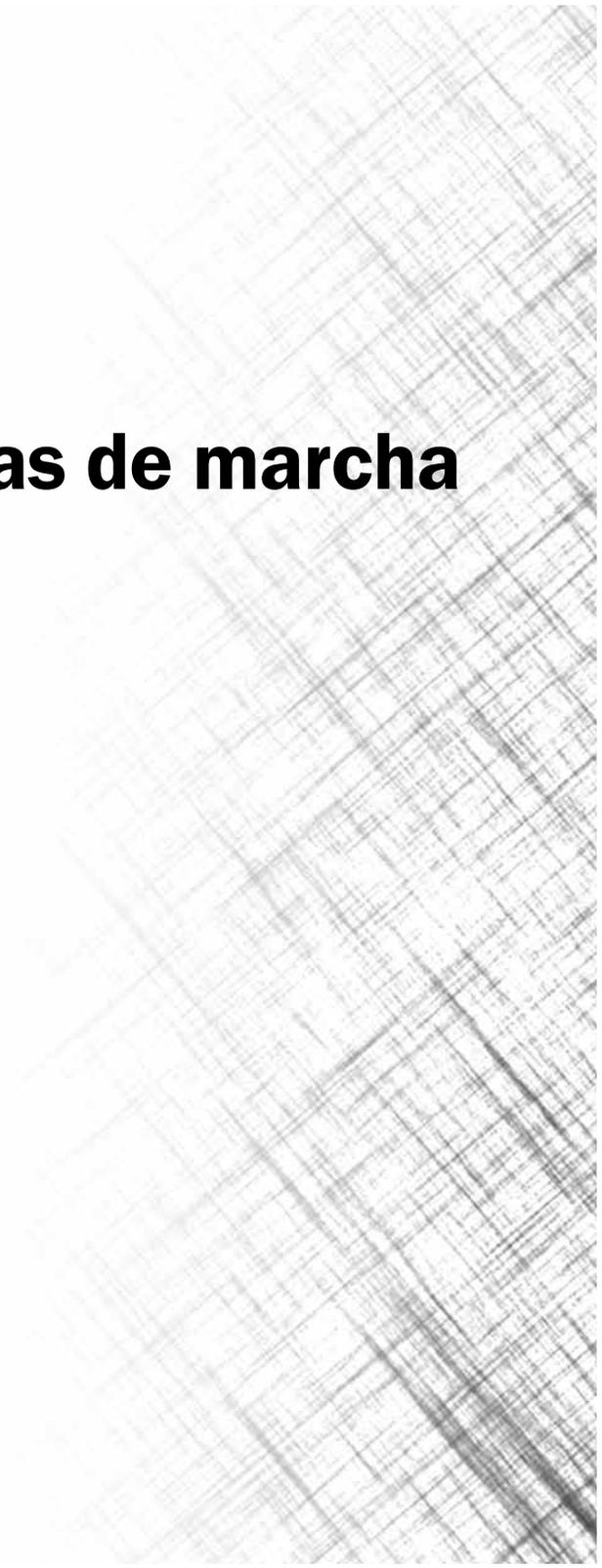
Una noche, cuando andábamos de patrulla por los suburbios de la Taza, cerca de Santa Cruz de Bucaral, nos llegó la noticia de que “el Ejército pasó en la tarde preguntado por los caminos de El Chiclar.” Supimos que nos habían ubicado y teníamos que regresar al campamento para dar la alarma. En la mañana muy temprano, cuando llegamos, encontramos a Félix esperando en un rancho del camino por unas arepas. Poco después, alertas como estábamos, en uno de los recorridos de reconocimiento y muy cerca de nuestro campamento, descubrimos las gorras verdes del Ejército que brotaban entre unos maizales. Chocamos de frente, en un tiroteo cerrado, y emprendimos la retirada en dirección al campamento y con ánimos, rápidamente desechados, de poder llevarnos alguna comida. Mediante enbestidas furiosas e incontenibles, con nuestros pechos, rompíamos de cuajo los bejuocos de cadenillo que intentaban amarrarnos, sin embargo, nuestra retirada se vio cortada, pues los soldados

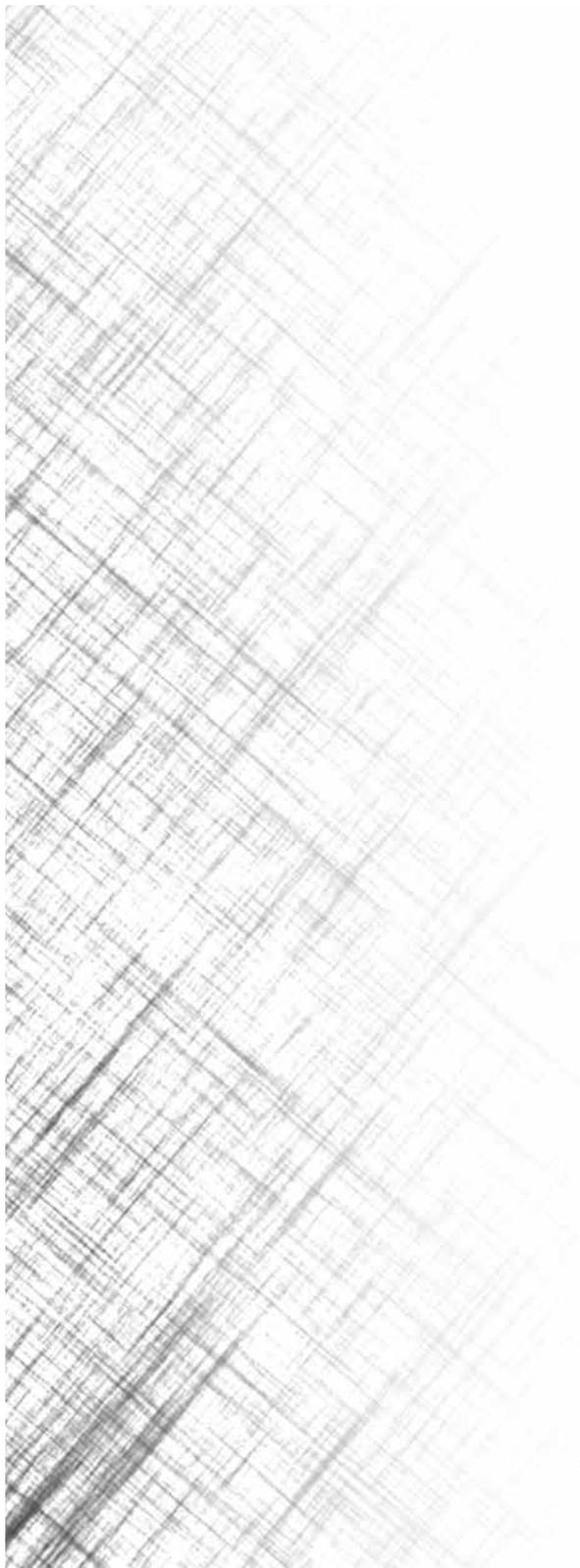
habían avanzado, en un ascenso rápido, por el camino del rancho. Un disparo aislado, seguido de muchas ráfagas, nos anunció que habían llegado antes que nosotros, iban guiados por el dedo delator de un confidente de Tapatapa, quien los condujo sin extravío hasta el ranchito donde estaba Félix. Éste, cogido por sorpresa, intentó tomar el FAL que me había cambiado por la metralleta Hotkins, pero antes de alcanzarlo, entre el molino de maíz y la puerta de salida, cayó mal herido. Hecho prisionero, fue interrogado y conminado a revelar el sitio donde estaba el resto de sus compañeros, a lo que Félix les contestó: -*“Teniente, a hombres como yo no se le hacen esas preguntas.”*

En la fría y neblinosa mañana del 11 de noviembre de 1963, Félix Adam fue fusilado en el patio de aquel rancho y enterrado con el torso fuera de la fosa, como dantesca repetición de los métodos de escarmiento usados por los españoles durante la conquista. Así permaneció hasta que sus familiares pudieron ir a rescatar su cuerpo.

Poco tiempo después, ya sin el lastre de Domingo Urbina, la guerrilla se desplazaría por todos los caseríos de Lara y Yaracuy, por las rutas que Félix ayudó a conocer y dominar. Por haber sido pionero del destacamento guerrillero y muy querido por todos, desde el mismo día de su muerte, éste adoptó el nombre de Destacamento “Félix Adam”.

Seis días de marcha





A mediados de febrero de 1963 nos encontrábamos en “El Pantano”, lugar montañoso al cual habíamos llegado después de sortear con éxito las primeras pruebas en nuestro aprendizaje guerrillero.

Para entonces estábamos totalmente cercados, sin contacto con la retaguardia ubicada en Coro y completamente desvinculados de la gran masa campesina de la región que nos apoyó desde el nacimiento como núcleo armado. La única existencia de dinero lo constituía un arrugado billete de 20 bolívares que intencionalmente guardé después de una serie de gastos que me tocó hacer como responsable de la logística del Destacamento. A este cuadro desalentador se unía la total desconexión con la Comandancia del Frente, con Douglas Bravo a la cabeza, y cercada en la Sierra de Iracara de San Luis. Inexpertos, como éramos, nos resultaba sumamente difícil asimilar tan contradictorio panorama y nuestros desesperados esfuerzos se centraban en la necesidad de prender el núcleo, sobreviviendo al cerco y mantener a toda costa lo que Douglas llamaba el símbolo guerrillero. Tratando de buscar una salida que nos permitiera cumplir tan sa-

grado objetivo iniciamos una penosa marcha hacia uno de los lugares conocidos por Domingo Urbina Jefe en ese momento del grupo y donde existían mínimas posibilidades de rehacer los contactos con la retaguardia, reabastecernos y burlar el cerco enemigo. Un día del mismo mes de febrero, con morrales excesivamente pesados, emprendimos la marcha, despedidos por un armonioso concierto de pájaros, donde descollaba el arrendajo, propio de un amanecer montañoso.

Nuestro primer intento de aumentar las provisiones lo logramos con el disparo certero de un fusil M2 en el pecho descuidado de una pava de monte que cayó al suelo estrepitosamente, cuyas carnes desaparecieron por la noche en las hambrientas fauces de once guerrilleros. Al segundo día dejamos el camino real que traíamos, bastante peligroso, y comenzamos a “rumbear”, aumentando con cambures y plátanos el ya insoportable peso de nuestros morrales, hasta el punto de que inofensivos cerritos de poca inclinación nos hacían sudar la gota gorda sin poder dar un paso más después de remontarlos, teniendo que descansar frecuentemente antes de continuar la marcha. Luego en una sofocante y lentísima marcha, caímos a un camino viejo, intransitado por los campesinos del lugar que nos permitió adelantar un poco más rápido.

Este día por la tarde emergimos de la espesa y solitaria montaña y observamos las inmensas cadenas

montañosas que a juicio del guía campesino Chico teníamos que cruzar. Al pie de ellas y simulando un nacimiento estaba a nuestra vista un caserío, cuya ubicación hacia perfecto juego con la serranía, dándole al paisaje una armonía indescriptible e inimaginable. En vista de que el cruce tendría que ser por la noche, aguardamos su llegada silenciosos y ubicados en posición de repeler cualquier ataque. En esa situación cenamos con una ración de avena con leche y azúcar, lavando nuestras tazas con hojas secas, para economizar el agua escasa de nuestras cantimploras. Una vez que la noche se tragó vorazmente la gigantesca montaña, salimos de nuestro improvisado escondite e iniciamos el descenso a paso de león hacia el caserío, cuyas luces encendidas le daban un aspecto mucho más atractivo. El ladrar de los perros traspasaba el infinito de la noche, y su multiplicación repugnante daba la impresión de que existiera un plan de alarma para avisar nuestro paso; el coro lejano de otros caninos que se unían a la coordinada jauría aumentaba nuestra tensión nerviosa. Resueltamente llegamos a la orilla de la carretera y buscamos por detrás de una vaquería, el paso más indicado y sin ser vistos. Después de una rápida y silenciosa operación de cruce de alambradas, aguardamos la llegada del siguiente día a la orilla de una ruidosa quebrada, dada la imposibilidad de continuar a oscuras. Aún se oían remotos alaridos de los perros más renuentes y solo todo volvió a la normalidad cuando la mayoría de

ellos se entregaron de nuevo a las delicias del sueño.

Amaneció al tercer día y tan pronto despuntó el alba pusimos en movimiento nuestros entumecidos cuerpos, expuestos durante horas al mas despiadado frío que recuerde. Aquí comenzaba nuestro verdadero e inesperado padecimiento. El baquiano, aunque garantizaba llegar al lugar de destino manteniendo ese rumbo, no recordaba en detalles la travesía y desconocía, por los cambios ocurridos por la naturaleza los sitios de agua y posibilidades reales de aprovisionarnos de comida en el trayecto. En este nuevo día de accidentada marcha, apenas encontramos un pozón de pestilente hedor a consecuencia de su estancamiento y la acumulación de hojas secas al desprenderse de los arboles. No fue necesario exponerse al peligro de su ingestión puesto que aún la sed no era apremiante y manteníamos cierta reserva en las cantimploras, así como la esperanza de encontrar alguna quebrada mas adelante. Sin embargo, tuvimos que acampar sin el precioso líquido y esta vez las sardinas hicieron su primera aparición como menú.

Un cuarto día bastante cálido le sacaba a uno por los poros la poca agua consumida y colocaba como tarea primordial la consecución de una quebrada, pozo, río o manantial. Toda la mañana la consumimos en remontar filas de montañas tan verticalmente diseñadas que me daban la impresión de que al llegar a su

cima estaría cerca el cielo, siendo lo que mas nos impedía caminar el peso de nuestros morrales, que aunque las latas consumidas habían aligerado su peso, me parecía que arrastraba una pesada carga cerro arriba. Al fin, extenuados, llegamos al final de aquel interminable picacho y como las ganas de seguir nos traicionaron, colgamos las hamacas allí mismo, consumiendo la última ración de agua en la cena, siendo pulverizada en segundos en nuestros estómagos.

Al día siguiente, o sea el quinto, nos lanzamos en picada en busca de una quebrada con agua que el baquiaino aseguraba teníamos que cruzar, dando con ella al rayar el mediodía y después de haber bajado con angustioso esmero el elevadísimo pico donde dormimos. De inmediato preparamos café y comida, y alistamos nuestros esqueléticos cuerpos para un ansiado y reconfortante baño.

Al desnudarme a la orilla del pequeño riachuelo, quedé impresionado al bajar la vista hacia los pies; no me veía la barriga, pues esta era en ese momento una cavidad bastante próxima a la columna vertebral, a causa del hambre, la sed y la deshidratación acelerada de los últimos días. Sin perder mucho tiempo allí, partimos con el estomago lleno, en su mayor parte con agua, internándonos en una montaña un poco menos elevada pero de mejor acceso que las que dejamos atrás, encontrándonos en este momento absolu-

tamente orientados y en la ruta a seguir. Al acampar en la noche cometimos el error de cocinar con la reserva de agua impulsados con la vaga esperanza de encontrar donde reabastecemos muy temprano del próximo día, pero pagaríamos bien caro este error.

Cuando ya se habían cumplido seis días de dificultosa y extenuante marcha, nos hallábamos nuevamente en una zona de árida vegetación, de un asfixiante calor insoportable y causante de una sed que en pocas horas dábamos la impresión de haber caminado días enteros sin ingerir agua. Por esta razón al pasar del mediodía sin encontrar quebrada alguna, la sed fue haciendo estragos hasta el punto que ya en la tarde éramos unos desesperados buscando donde conseguirla, aunque sin perder el rumbo inicial. Recuerdo claramente que la desmoralización cundía ya en aquella tropita, que si algo tenía era disciplina. El pariente Domingo Urbina tuvo que arengar a sus dirigidos con palabras bastante duras. Preguntaba si se nos había olvidado Mao, Lenin y el Ché, y recuerdo como cuestión anecdótica que un combatiente le respondió irreverentemente que si vinieran Mao, Lenin y el Ché también tendrían sed. En este estado de confusión y acalorados altercados personales producidos por la sed, Domingo desvió al baquiano hacia un pocito que según este podría tener agua y el cual conocía muy bien de cuando era cazador. Sentados unos y acostados otros esperamos impacientemente

el resultado de aquel intento y pasaron dos largas horas sin que el compañero guía regresara, y cuál no sería nuestra alegría cuando bastante lejano aún, oímos su inconfundible “guarura”, señal que usábamos como contraseña. Nuestro entusiasmo duró muy poco y se convirtió en mueca de tristeza cuando este noble y humano campesino nos dijo al llegar: “vengo a morirme con ustedes, ayer los váquiros visitaron el bebedero por última vez y como es su costumbre se bañaron en su despedida con el barro del pozo”. Era lógico que en él la sed se hiciera sentir mucho más, pues caminó dos horas adicionales. Pero tampoco podíamos aceptar el reto con resignación, por cuanto estábamos allí para pelear con la muerte pero defendiéndonos y actuando. De manera que emprendimos la misma ruta que traíamos, pero un claro convencimiento nos acompañaba ahora: no encontraríamos agua hasta el sitio final hacia donde nos dirigíamos.

De allí en adelante la marcha era desesperada, incierta si se quiere, puesto que el “ojo de agua”, único en esa zona, podía estar tomado por el ejército y quitárselo a tiros no era muy seguro ni fácil. Aunque creo que si lo hubiéramos tenido que intentar habríamos multiplicado nuestra capacidad de combate igual a la de cien tigres hambrientos y enloquecidos. A esa incertidumbre se agregaba la incapacidad del práctico para precisar en tiempo nuestra llegada al agua y solo nos quedaba caminar apresuradamente tratando

de alcanzarla esa misma tarde, pues una noche más sin tomar agua nos parecía una temeridad. Queríamos correr, cuando la realidad era que casi no teníamos fuerzas para caminar y solo la angustia nos hacía creer que era carrera nuestro lento caminar. Por el camino encontré un huevo de paloma y creyendo haber encontrado un calmante para la sed no vacilé en romperlo y llevármelo a la boca para mitigarla, pero este ensayo me la multiplicó hasta el punto de sentir la lengua como si hubiera comido “pegalotodo”.

Llegó el momento crítico, el momento en que uno quiere seguir y descubre que no puede, el momento en que sabe que su salvación es seguir y no reúne fuerzas para alcanzar esa ansiada meta. El momento en que hay que apelar a la moral, al orgullo, al compromiso contraído con el pueblo y donde la fortaleza ideológica se impone para avanzar un poco más, ¿pero cuanto es ese poco más?, ¿será suficiente para llegar a donde uno quiere?

Varios camaradas se dejaron caer como pesados sacos de plomo y dijeron no poder continuar. Yo los imité para aprovechar descansando el tiempo mientras venía Domingo -el jefe- a decidir que hacer. Me senté con la idea de descansar, pero era tan provocadora esta cómoda posición que casi había decidido no seguir y quedarme con ellos, creyéndome incapaz de disponer de fuerzas para volverme a levantar. Cuando

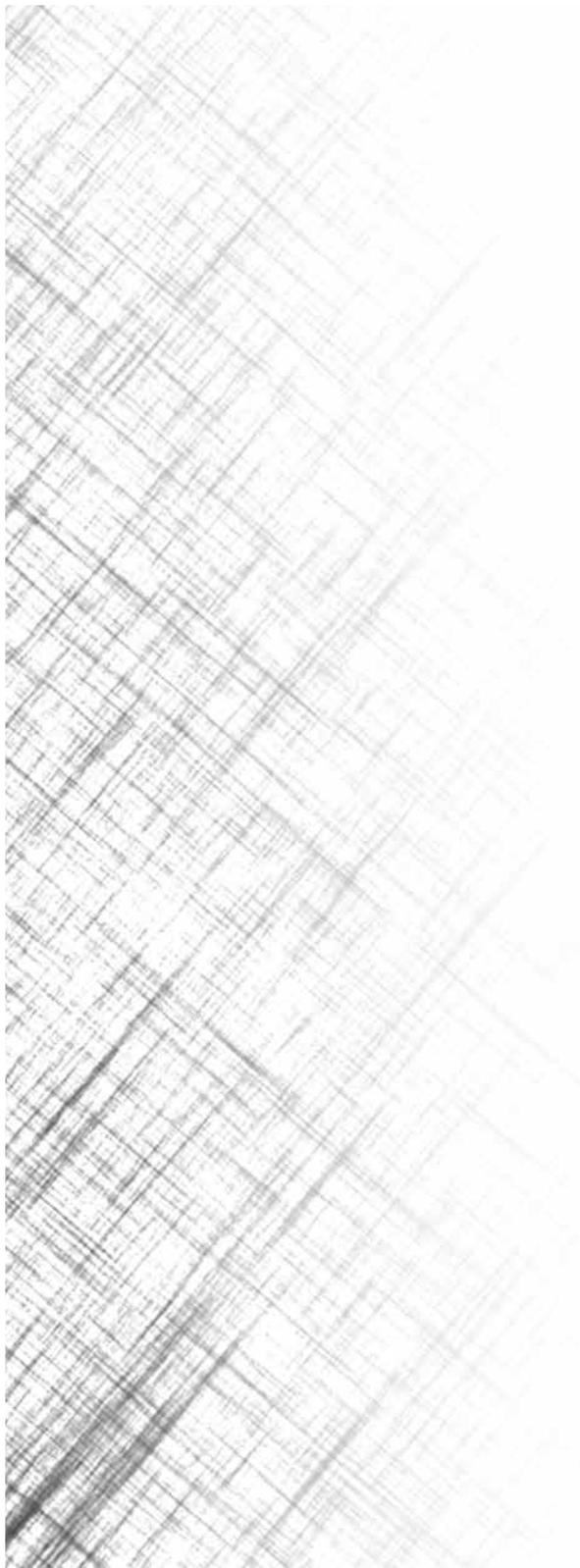
llegó Domingo nos informó que el guía garantizaba llegar esa misma noche al pozo de agua pero aún no se atrevía a calcular el tiempo, también dijo que los que no pudieran seguir se quedarán y por la mañana vendría alguien con agua. Era lógico que Domingo no me incluía entre los quedados, pero al verme sentado sin intenciones de seguir me hizo esta pregunta: ¿tú también te quedas? Reaccioné internamente pero necesitaba fuerzas para acompañar esa reacción, entendí aquella pregunta en todo su sentido é intención: tú, mi primer guerrillero, a quien he elogiado y hablado bien, ¿te vas a quedar?, ¿tú que eres veterano al lado de estos nóveles muchachos, te vas a quedar por unas horas más de sed? ¿no te das cuenta que otros con menor tiempo que tu en la guerrilla, están esperándome para continuar y solo es aceptable que se queden estos muchachos poco acostumbrados a estos contratiempos?. Así entendí la pregunta, pero necesitaba fuerzas para ponerme de pie y las conseguí cuando aún Domingo no había agregado mas nada, aunque no le vi intenciones de hacerlo. De un salto moral me puse de pie y le dije: ¡no, yo sigo!. Las fuerzas me duraron escasamente y a pocos metros ya no ejercía ningún control sobre mis piernas y la vista me ayudaba poco a ver a quien iba delante de mí. Sólo el leve movimiento de las ramas que alborotaba en su desesperado caminar llegaban a mis ojos como una imagen lejana, por cuya creencia me cayeron varios ramalazos en pleno rostro. De allí en adelante si

era un verdadero desbarajuste, aprovechando para descansar sólo los instantes fugaces de consulta entre el guía campesino y el jefe, haciéndolo con tan poco dominio que el aparatoso caer daba la impresión de haber sido fulminado de un balazo en el corazón.

A una hora de donde dejamos los muchachos me llamó el camarada Alirio quien me precedía en la marcha y me señaló el fondo de donde estábamos parados y solamente vi un techo de zinc relumbrante de una casa. Mi alegría fue infinita al pensar que si había una casa allí tomaríamos agua y de estar sola habría, en todo caso, agua cerca. Nuevamente Alirio me sacó del error, cuando me repitió que eso que yo veía no era el techo de una casa sino el reflejo de agua del pozo con abundante agua cristalina y solo entonces lo vi con claridad. Lo que sigue después carece de importancia, si acaso solo el hecho de que a los muchachos se les llevó agua al día siguiente, pero ya habían tomado de la recogida en sus plásticos de la lluvia que afortunadamente cayó en la noche. Cuando arribamos al pozo, tomé las cosas con calma y hasta lavé mi taza de cantimplora antes de tomar agua, a menos que la desesperación se manifieste también con esa calma. Lo de la comida estaba resuelto, pues el pozo correspondía a la casa que veníamos buscando.

Está lloviendo en la Sierra





Como un rumor que nadie creía, se acercaba la estación de las lluvias y el pozo de don Clemente se acercaba cada día a su final. Ya no bastaba el azúcar para reducir el sabor amargo que le daban los meaos de las pocas vacas que conservaban el ánimo de visitarlo todas las tardes y hasta el excremento de las más groseras había que apartar para llenar una cantimplora. Los restos en descomposición de algunas de ellas, que agotaron la espera, se esparcían por la barranca del estanque en desechos inapetecibles hasta para los zamuros. La vegetación, desnuda por la prolongación de la sequía, veía optimista el paso veloz de algunas nubes preñadas de agua, que iban a fundirse con otras más oscuras estacionadas en el sur y que habían llegado en la mañana convocadas por la tormenta.

Antonio Díaz, conocedor del medio campesino, por haber nacido y vivido en él, sabía lo difícil que era perseguir a un grupo de guerrilleros en el invierno; de allí que desesperaba en infructuosos recorridos entre el llano y el sur de Falcón. El inspector Antonio Díaz emergió de súbito como personaje tenebroso en el difícil arte de la lucha antiguerrillera, en el mismo mo-

mento del surgimiento de la guerrilla en Falcón. Con una imaginación prodigiosa para la maldad, utilizaba con resultados sorprendentes la ventaja de caudillo campesino y su capacidad de convicción, como un recurso adicional de su oficio de torturador. Adeco de viejo cuño, autor destacado y de méritos en la turbulencia política de los años sesenta, se convirtió rápidamente en un traficante de manos mutiladas como si se tratara de una mercancía que sirve para enriquecerse. Como virtud insigne tenía la de no rehuir el desafío por muy desventajoso que éste se le presentara y la de avanzar en el combate con resolución, impulsado por un virulento rencor a la revolución, donde jamás retrocedía. Rústico en el amor, prejuicioso y malvado, utilizaba el poder de las armas para saciar su obsesión de coleccionador de trofeos sexuales.

En uno de aquellos recorridos, los ojos casi le estallan de júbilo, cuando el teniente Rojas, del “Teatro de Operaciones” instalado en Cabure, le entregó las últimas informaciones llegadas al comando antiguerrillero de Santa Cruz de Bucaral y con rigurosidad castrense procedió de inmediato a extender el mapa, más por hábito militar que por la necesidad de orientar al inspector Díaz, pues éste conocía perfectamente la zona envuelta en círculo rojo. *“Aquí –dijo el teniente-, exactamente entre los potreros de mon Revilla y La Campana, se mueve Claudio con su guerrilla. Sabrás que la cabeza de este pajarito tiene buen precio y si nos*

traes sus manos para comprobar sus huellas, ¡habrá premio en metálico!”

Era lo que buscaba, servido en bandeja de plata: las manos de un jefe rebelde. Eso le daría un ascenso, la patente de corso para que los mogotes resultaran insuficientes para guardar en su silencio impenetrable el número de fornicaciones con requerimientos amorosos de metrallita. Por esta razón el caudillo coriano, capaz de aniquilar presagios de guerrilleros en el propio útero, iría presuroso en busca de Claudio antes que resolviera mudar de campamento.

Ese domingo al atardecer, cuando acampó con su gente en el rancho de don Lencho en El Torito, cerca de Santa Cruz de Bucaral, estaba de buen talante hasta para hacer chistes respecto a lo afilado que estaba quedando el machete, marca Collins, que el viejo campesino, en cuclillas, pasaba con dedicación de artista sobre la piedra de amolar.

Cuando Tomasita, hija mayor del campesino, apareció con las tazas de café humeante, el inspector movió con pícaro intención una de sus manos para sobar uno de sus senos turgentes que, inexperto, brincó sorprendido detrás del camisón de crehuela. El viejo Lencho, conocedor de sus tropelías, no le había quitado la vista ni un sólo momento, se en-

derezó pasando la yema de sus dedos sobre la hoja del machete para comprobar, como era de rigor, el acabado del filo y le dijo en un remarcado cantarín de cada sílaba: -*“Mire inspector, usted tiene fama de cogerle las hijas a los campesinos, pero para tocar esa muchacha tiene que matarme primero”*.

El sabueso, cogido de sorpresa, rebuscó, embarazado, en su escaso repertorio de excusas la que más convenía y al final, inesperadamente a la defensiva, dio un paso atrás en sus intenciones. Al alba del otro día, la perturbadora campesina fue nuevamente a llevarle el café antes que partiera. Lucía insoportablemente hermosa y provocativa, capaz de poner en turbulencia el corazón más apacible, dejando ver su delgada figura morena por la transparencia de la tela.

El viejo Lencho, exagerado en la malicia, lo estuvo observando por el hueco de la cocina con la escopeta cargada de cartuchos tigreros. El galán antiguerrillero apenas si tuvo, ese día, la audacia de deslizarse con morbosidad, la vista por la hondura del escote en descuido que permitía con facilidad penetrar hasta los senos. Esa fue la única virginidad apetecida que Antonio Díaz respetaría.

Arrastrando un disparejo y pequeño grupo de campesinos adiestrados para matar, mercenarios a la fuerza y por necesidad, llegó el inspector Díaz a ple-

na luz del mediodía, como era su costumbre, a la bodega “La Encrucijada”, de Tincho Ramones. El sombrero borsalino de ala ancha, zumbado con maestría de mago, cayó dando vueltas en unos de los palos del espaldar de una silla. Sus acompañantes, extenuados en marchas de mala gana, se cobijaron bajo la sombra escasa de un alero y empezaron a refrescar sus rostros abanicándose con sus sombreros de cogollo. La metralleta de Díaz descansó amenazante encima del mostrador endeble y con autoridad de inspector de la Digepol estremeció la estantería con su pregunta de rigor: -“¿No has visto a los bandoleros comunistas por aquí?” -“Nó inspector”- fue la respuesta del asustado bodeguero, tan seca su garganta como ansiosa de licor.

Dos litros de jugo de agave, de cocuy de Siquisique, circulando libremente por la sangre de su organismo, bastarían para que desgranara, con ínfulas de conquistador, la historia de las campesinas que había ultrajado en el cumplimiento de su misión de “guardián de la democracia”. El séquito, atrapado por el calor del aguardiente, festejaba con risotadas serviles el recuento de las hazañas que iba hilvanando con precisión de historiador. La tarde caía con la lentitud de quien no quiere llegar y las últimas horas en su enbestida final tomaban por asalto las veredas de la llanura. La abundancia del aguardiente consumido iba haciendo mella en la recia y robusta textura del inspector y

en sus ojos vidriosos empezaban a aparecer los signos de la sevicia. Mientras tanto, a la orilla de una quebrada cercana, Remigia enjabonaba con orgulloso esmero los pezones de sus quince años, ignorando que en su inocencia de mujer, afincaría el ebrio inspector su afán de violador, sumando con ella, una violación más de campesinas. La noche lo fue cubriendo todo de negro y los caminos se perdieron hasta el amanecer.

Un campesino que llegó de Zazárida, trajo la mala noticia: Antonio Díaz estaba en la zona y pensaba pasar por los comederos de la guerrilla del llano. Se aproximaba como perro rabioso, sembrando el terror en un camino azaroso lleno de acechanzas, y en su mente se atropellaban las ideas más peregrinas. En el campamento, conocedores de sus zancadas malintencionadas, sonó la orden enérgica y categórica de Claudio: *-“Si se mete, lo emboscamos en la quebrada de La Campana. Caimán irá a buscar las arepas a casa de mano Mon y yo iré con el resto a escoger el sitio. Mucho cuidado con los caminos, porque ese viejo se conoce esta vaina como la palma de su mano. ¡Es un zorro viejo el hijo e puta!”* Aparentemente no existía anormalidad en el caserío. Los turnos de guardias comprobaron durante toda la noche la tranquilidad de los perros; las vacas no intentaron ninguna carrera de espaviento y en el gallinero no había ocurrido el más mínimo sobresalto. Díaz, astuto y experto en su oficio, acompañaba su andar sigiloso con mañas

propias de brujería, no menos efectivas, que neutralizaban el delicado olfato perruno y adormecían a las gallinas hasta que les pegara la luz del día.

Lo raro de esa mañana fue que los zamuros se quedaron en tierra y eso no le gustaba al testarudo perseguidor. De acuerdo a sus creencias, cuando alguien iba a morir, los agoreros animales vestidos de negros madrugaban en tempranos patrullajes la zona del posible guerrillero muerto; pero de todas maneras él no era hombre que se paraba en mariqueras de ninguna clase y cuando necesitaba una mano rebelde abjuraba hasta de sus propias creencias.

“Si me dices dónde está Claudio, te consigo un crédito con el IAN, tú no puedes colaborar con ellos, porque si triunfan te quitarán tus vaquitas, tu mujer y tus hijas y todas tus propiedades las incautará el comunismo. Ellos están contra la democracia y su gobierno será una dictadura. Si no me lo dices y los encuentro en tus potreros, te bajo la cabeza de un peinillazo; ya lo sabes, después no digas que no te di una oportunidad”.

A mano Mon no le asustaban esas amenazas sobre su cabeza porque era hombre de cojones y además le tenía mucho cariño a mano Claudio, pero eso de venir a quitarle sus vaquitas y sus propiedades, conseguidas con tanta brega, sí era una vaina seria. ¿Cuántas charlas políticas les dieron los muchachos explicán-

doles todas las cosas de la revolución y nunca mencionaron los términos de tal incautación? La duda le golpeó con saña y le fue aprisionando las sienas como un tortol, que le atormentaba. Se imaginó a Claudio agujereado por las balas, tal vez maldiciendo antes de morir su acto de cobardía. ¿Qué sentiría cuando el desalmado que horas antes acababa de conocer pasara frente a su casa con las manos del amigo que saludaron con afecto? Una ráfaga de espanto le aceleró el corazón. A las cinco de la mañana aún no había podido dormir, sabiendo que el inspector vendría al amanecer por la respuesta.

Se debatió en un torbellino de contradicciones, hasta que los primeros claros se asomaron por las rendijas del rancho, midió en una sarta de interrogaciones y respuestas, todas las posibilidades de engañar al caudillo Adeco. Acarició con escalofrío la idea de huir y dejar sus propiedades, también le cruzó por la mente irse al monte con los muchachos, pero ¿por qué iba enguerrillarse? No es de hombres traicionar a los amigos, y él era amigo de Claudio. ¿Y si en verdad los encontraban en sus potreros y el inspector cumplía su amenaza? Ahora eso le preocupaba y lo empujaba permanentemente a un acertijo indescifrable. Acostumbrado a salir airoso en embrollos de hombres machos en su pueblo de Churuguara, veterano en lances en desventaja, nunca le tuvo miedo a la muerte y ahora temblaba de terror por una simple amenaza.

¡Es que en verdad ese viejo de mierda impresiona con lo que dice!

Los escasos y secos arbustos arrepentidos por su lugar de nacimiento, que habían tenido la entereza de conservar algunas hojas, no le ofrecían al diestro inspector muchas posibilidades de ocultamiento para el acecho. Escogió el más frondoso, que por suerte tenía delante uno más pequeño para enmascarar sus intenciones. Sacó la cajeta del chimó y calzó una de sus muelas con una boleada doble, porque encender un tabaco en ese momento era delatarse. En una horqueta del arbusto más pequeño, apoyó el cañón de la carabina FN y llevó, con sigilo de veterano, una bala a la recámara.

El pequeño ganadero, convencido por su prédica de que el socialismo triunfante le expropiaría las ocho huesudas y macilentas vacas y derrumbado por el terror, el mito de sus principios, se lo había dicho: *“Claudio vendrá a las doce del día por las arepas”*. Y él, lo estaba esperando.

El sol, en todo su generoso esplendor, continuaba inclemente su diaria faena de tostar el verdoso amarillento de algunas ramas, que esperaban, con ansiedad de moribundo, los primeros aguaceros. Dentro de una conformación topográfica inhóspita, de desnutridos parajes, Claudio había escogido para instalar el cam-

pamento, el único lugar donde el raquitismo crónico de la vegetación resistiera el peso de las hamacas con su carga humana. Aunque de escasa elevación, era la parte mas propicia para repeler cualquier ataque sorpresivo y mantener cierto control visual de la llanura que enfrente se extendía lánguida en un letargo de infinita espera.

El Caimán se agachó con la elegancia de quien sabe ejecutar la profesión de guerrillero para pasar por debajo del segundo pelo de la cerca de alambres. Un estampido trepidante de una bala inefectiva de FN-30, le pasó quemando las nalgas como un latigazo caliente. Su reacción, casi de pájaro, lo quitó, con un avispado salto a la inversa, del alcance de la vista antes de que viniera la acostumbrada avalancha de balas y en escasos minutos estaba de regreso en el campamento.

Atónito por su pésima puntería que hacía añicos su obra más pulimentada, el inspector recogió la carabina humeante y pensó en los buitres que no volaron. Escupió con rabia de fracasado un espeso salivazo negro que se quedó maromeando en una hoja. Con la furia de su estupidez y mascullando su derrota, se fue al poblado y lanzó el reto: *-“¡Díganles que la próxima vez les quemo el culo!”*

El caserío vivió su noche más tensa. Despechado, el inspector agotó con sus hombres la escasa reserva

de cocuy que contenía el alambique clandestino que funcionaba en el lugar y con un estrépito verbal de enrevesada conversación política, iba dibujando, al conjuro del alcohol, los caracteres indescifrables de su personalidad y diseñaba con aceptable claridad, el mundo que defendía.

Las mujeres, en sus rogativas, pedían a sus santos más cumplidores que no las fuera a premiar con el honor de una escogencia y ofrecían con desprendimientos, increíbles promesas de abstinencia. Pero esta vez, la dosis fue exagerada y el inspector sucumbió con la bragueta abierta en la hamaca del tinglado.

Un par de semanas después, el gordo Honorio dio la alarma, los vió por la rendija de la puerta del rancho cuando abrían la talanquera. Como la plaga de la langosta cuando azotó las costas de Falcón, los soldados empezaron a desplegarse en un abanico tan extraño como confuso. Para ofrecer resistencia, el grupo guerrillero atacado formó rápidamente en posición lineal; y así dispuestas las fuerzas, comenzó la escaramuza. Enérgico, ensoberbecido y avanzando a pie firme, el inspector antiguerrillero estrenaba en esa acción su mejor arenga en un avance de ira incontenible y en medio de un infernal intercambio de disparos. Su tropita, que ese día lucía traje de gala en brillante caqui, lo imitaba con evidentes signos de temor en cada paso. *“¡El que se tira al suelo en el combate corre el*

peligro de morir ensartado en una estaca!”, les decía encabezando el avance.

La guerrilla, con la ausencia de Claudio, se desorganizó de tal manera que empezó a retroceder de colina en colina. Fue cediendo posiciones hasta que, empujada violentamente por la presión decidida del arrojado contendor, optó por retirarse a profundidad. Cuando el inspector rebasó la primera línea de defensa donde lo resistieron, se embriagó de deleite y les gritó como un energúmeno: -*¡Párense comunistas, coños e madre!*”.

Sin embargo, una vez más se le fue la presa y las lluvias comenzaban a ensayar con unas lloviznas que causaban alborozo en las plantas chamuscadas por el verano, como si llevaran muchos años de sed.

A lomo de una mula zaina de espumosas ancas, sudando el cansancio del camino, llegó la nueva noticia: *“Amigo Díaz, supimos que el pájaro alzó el vuelo, te tenemos otro en la lista de precios, un viejo compadre tuyo lo tiene. Vente, aquí hablamos. Sin más: Teniente Rojas”*.

Un nuevo recorrido por El Torito en Santa Cruz de Bucaral de casas antiguas de cuando la fiebre del café. Atravesado en el camino, inclinado de miseria y con ganas de venirse abajo, estaba el rancho de Don Lencho. Con la tinaja sobre la cabeza, sostenida por el ritmo de la costumbre, Tomasita iba llegando al traspatio de la casa que asomaba las varillas de bahare-

que como costillas de un esqueleto de res. Estaba de suerte, porque unos minutos más de demora y la encuentran en el ojo del agua. Cuando el inspector Díaz llegó a la puerta, la hermosa campesina ocultaba ya su radiante belleza india en el mugre de la cocina. Este día no hubo café caliente, ni tampoco la turgen- cia de sus senos sin amarras, salieron a despedirle.

De nuevo el Comando de Santa Cruz de Bucaral y el mapa. El mismo círculo rojo, un poco más al sur ahora, y los mismos ofrecimientos. *“Aquí, en los alrededores del conuco de Clodomiro, se encuentra El Cabito con un grupo”*. Dijo el teniente Rojas mientras que con el bolígrafo señalaba en el mapa la agreste y nutrida montaña de El Pantano. *“Eso sí, no debes fallar esta vez, porque las posibilidades se agotan”*.

Cuando escuchó el nombre de Clodomiro, el espíritu del inspector Díaz se inundó de una avaricia delirante. Era, efectivamente, su compadre y amigote de desenfrenos en sus correrías allá en María Díaz, cerca de Churuguara. El sombrero le resultó pequeño para albergar la cabeza que se le hinchaba de alegría. Mercader de la muerte por mampuesto, era incansable en su afán de glorias salpicadas con sangre.

Sin tregua ni descanso, partió esa misma tarde para acortar camino. A su paso por El Chiclar, donde antes hubo guerrilla, encontró en la soledad del cafetal las

húmedas evidencias de un aguacero en camino, que le dieron la idea que debía apurarse para llegar al lugar indicado cuanto antes. Ya el sol se escondía inofensivo detrás de las filas montañosas, cuando detuvo la marcha en casa del negro Beto, más para que su andrajosa tropa curara las ampollas de los pies, que por las ganas de detenerse tan temprano.

Sádico en sus diversiones y cruel en sus pensamientos, para no aburrirse, resolvió calar al negro y así, sin que mediara ninguna otra razón, lo llamó para interrogarlo. Al tanto de que el negro Beto colaboró con la guerrilla, le fue poniendo realismo al juego a medida que iba recibiendo respuestas negativas. Desenvainó el puñal de Money y lo puso en la yugular del negro, a quien, ahora sí, le recorrió el cuerpo un espasmo de muerte. *“Me dices si conoces a los bandoleros o te traspaso de banda a banda el cuello con este puñal”*.

La frialdad del acero le paralizó la sangre. Se acordó del grupo guerrillero comiendo caraotas en el patio de su casa, al tiempo que le explicaban los alcances de la revolución en proyecto, y recorrió mentalmente la pica que les enseñó para evitar los caminos reales. Pensando que la vida saltaría caliente por la tronera que dejaría la daga, hizo veloz memoria de sus andanzas y sintió un escalofrío de vergüenza. La punta del puñal mordéndole la piel y el grito conminatorio *–“¡Hablas o te mato!”*-, lo sacaron de sus cavilaciones.

“Inspector, yo no los conozco”, dijo con una voz que le salió cavernaria y ronca. *“Mira que este negro... el carajo tiene los cojones bien puestos”,* dijo guardando el cuchillo en un aparente gesto de arrepentimiento.

Sin haber sacado nada con su método favorito, esgrimió hasta muy entrada la noche el arma de la política, que también sabía manipular con soltura y acierto. Elaboró con fraseología pueblerina una exquisita exposición demagógica, subrayando los alcances de la Reforma Agraria y las bondades de su Partido Acción Democrática con las masas campesinas. Pero siendo miembro del Partido Blanco, el negro Beto permaneció inmovible.

Vagabundo madrugador, el inspector Díaz comenzó la larga travesía que lo llevaría al trofeo anhelado, cuando el gallo en la enramada casi se ahogaba con el último grito atragantado en el gañote. Al andar por los yermos campos en abandono, iba recibiendo el mentís a su Reforma Agraria en el reflejo patético que reinaba en los conucos enrastrados y que sepultaban varios ranchos deshabilitados. Semiocultos en la neblina, que bajaba espesa de la cima de los árboles, los calos inconclusos explicaban la tragedia de la clase a la que pertenecían los hombres que ahora le seguían por dinero. Antes de comenzar a bajar la cuesta, observó de reojo la fatiga de un cambural solitario rendido por la maleza, que crecía arrolladora en

una tierra fértil y vigorosa donde era inexplicable la miseria. Entró en el túnel de la exuberante arboleda donde hacían guardia de honor, como perennes centinelas, las ceibas y los apamates. Sus vasallos guardaespaldas, sin ninguna disciplina de marcha, mataban el hastío del recorrido triturando con la culata de sus fusiles, las cabezas de agresivas mapanares, que agazapadas en la orilla del camino esperaban el momento para embestir con sus colmillos cargados de veneno. Una bandada de paujies que almorzaban con mamones, alzó vuelo sacudiendo las alas con tanto alboroto que, cuando uno de ellos, rezagado, se posó en la rama de un pardillo, Díaz, para vengarse del susto, lo convirtió de un disparo en bastimento de su comitiva. Con el eco trepidante de la detonación en la hondada, las guacharacas que tomaban agua en el riachuelo se espantaron azoradas con su habitual algarabía, mientras los hombres iban dejando atrás el boscoso follaje, cuyos copos formaban un tupido cielorraso impenetrable por los rayos del sol. Nuevos conucos y calos interrumpidos aparecían bordeando la ruta, ahora a pleno resplandor, donde algunos ranchos sin señales de presencia humana, agonizaban de fastidio en medio del quimbobó.

Para cocinar el paují cazado y almorzar con él, hicieron alto en un destartalado ranchito recién abandonado y de cuyo fogón se levantaba un humito perezoso de brasas que ya languidecían.

Para llegar a las propiedades de Clodomiro, les faltaban cuatro quebradas que permanecían secas en todo el verano, y dos de aguas abundantes y cristalinas. Dos horas eran más que suficientes para que recorrieran ese trecho, por donde no encontrarían alma viviente, porque los pocos y asustados campesinos de la zona, al enterarse de la visita al Pantano del siniestro personaje, se escondieron o se marcharon el día anterior a la población vecina de Santa Isabel. La quietud reinante, a la que estaban sumados pájaros y araguatos, presagiaba, con silbidos del viento y quejidos de manantiales, extraños aconteceres. “*No me gusta este quietismo* -murmuró Díaz con enfado- *es un silencio de emboscada*”. Sus palabras cabalísticas produjeron un conato de rebelión nerviosa en sus sumisos seguidores, por lo que tuvo que apelar enseguida a su macuto de dientes de conejo y piedras de zamuro, besándolo con implorante devoción creyente.

Cuando ascendió la última cuesta, divisó el rancho de su compinche. Estaba ubicado en el centro de una considerable extensión de terreno preparado para la siembra, esperando que se precipitaran a tierra las nubes que ensombrecían los días.

El encuentro debe suponerse de malhechores. Antonio Díaz, con mucha habilidad, atizó el engendro de perversidad que había oculto en Clodomiro y su pasado de pistolero renació mucho antes de que una patrulla de

la guerrilla viniera a interrumpir con su inesperada visita, la reunión donde se estaba tramando su destrucción. En pocas horas Clodomiro se había comprometido con su compadre a destrozarse el grupo guerrillero y a participar en el botín de manos cortadas.

Enterado Díaz de la cercana aparición de esa patrulla, se escondió y atisbó callado. Con mucha paciencia y sin desesperación, supo escoger entre esa pareja y la comisión que volvería, posiblemente con El Cabito, jefe del grupo, a buscar la comida que Clodomiro traería a la mañana siguiente. Se despepitaba por entrar en acción y sin embargo tuvo la suficiente calma para contener sus impulsos criminales cuando los dos rebeldes le pasaron a boca de jarro a su regreso al campamento. Aplicando un poco de buen juicio, suponía que para buscar el encargo vendrían todos, y sobre todo el jefe del grupo con su cabeza a precio, y por lo tanto, concebía una emboscada en toda la línea y preparada con tiempo en el cañón de la quebrada.

Esa noche hubo celebración en el rancho del compromiso maquiavélico. El inspector Díaz, fiel discípulo del general Fandeo, cargaba para estos casos su buena reserva de licor en las espaldas de sus hombres. Clodomiro danzaba competente alrededor del candelorio, hundiendo con la paleta los pescuezos rígidos de las pavas de monte. Mientras tanto los mercenarios se emborrachaban hasta olvidar-

se de sus intenciones macabras, una vez que ensayaron la obra en el escenario escogido. Ya no era cuestión de apurarse, sino más bien de esperar con paciencia y serenidad, hasta el día siguiente, la llegada de la comisión guerrillera.

La mañana en el campamento guerrillero empezó a despertar en un bostezo de luz que llegó con nitidez a todas las hamacas. El acomodo de los morrales se cumplió como de costumbre en un lento desperezo, mientras el cocinero de turno, hincado de rodillas, casi pegaba la boca en las brasas adormiladas, en su afán de reanimarlas con soplidos fuertes.

Los morrales de los que saldríamos en comisión permanecían vacíos, para emprender el viaje después del desayuno, y regresar cargados con la comida depositada en casa de Clodomiro. El cálculo del inspector fue acertado y solo falló en el número de concurrentes, pero el apetecido rebelde y otro más, acudirían inocentes al llamado de la muerte agazapada detrás de los peñascos.

La despedida como siempre fue premonitoria: *“Vayan con cuidado, que la lista de muertos está completa”*. Al comienzo, el recorrido fue lento, fastidioso y desagradable. El rocío rastrero de las yerbas ensopaba las botas y los pantalones, espantando con su roce frío la pesadez del sueño que se aferraba. El camino am-

plio y descuidado, se cerraba en partes con trampas de ñaragato que laceraban los brazos con el encono de sus espinas. La pareja en comisión, dejamos el camino para seguir por la quebrada, donde un presentimiento de muerte nos pegaría como un tufo lejano. Las márgenes planas se iban elevando a medida que avanzaban, en una inclinación de escalera que conducían a una muerte segura en caso de emboscada. La huella del hacha devastadora, reflejaba en los muñones de los troncos, recientes intentos de someter la selva y una inquietud fúnebre empezó a preocuparnos, parecía que estábamos presenciando el silencio de nuestro propio entierro.

Una piedra que rodó con estrépito al fondo de la quebrada, nos hizo detenernos al pensar que nuestra marcha era una aproximación sumisa a un festín de buitres. No obstante, la aparición de un araguato haciendo maromas de acrobacia en uno de los árboles, nos confundió y avanzamos confiados al centro de la celada que ya habíamos olfateado. Dentro de aquella atmósfera trágica, el fuego quemante y ansioso de varios ojos al acecho nos empezó a sollamar las caras. La piedra desencajada de su puesto de toda la vida, era un alerta indicador de que en el lecho de piedras verdes de musgo resbaladizo, el inspector Díaz y Clodomiro habían cavado una fosa para la pareja guerrillera. Un nuevo ruido hizo que volviéramos a detener y para comprobar la existencia de la emboscada, que

nos anunciaba nuestro creciente nerviosismo, apuntamos nuestras armas en dirección de las márgenes altas de la quebrada. Este movimiento, de agacharse, observar y en cuclillas esperar apuntando hacia arriba, descubriría la emboscada. Sin embargo, al no ocurrir nada, reanudamos la marcha, atribuyéndole al araguato maromero la travesura del ruido. Lo que sí conseguimos, sin saberlo, fue poner nerviosos a los mercenarios emboscados, pues éstos, después de aquella espera, que se prolongó demasiado, sólo aguantaron unos pasos, insuficientes, y se apresuraron a disparar. Lo hicieron cuando apenas José Luís había traspuesto la entrada de aquel cañón más reducido y escogido con acierto. Entonces se produjo el disparo prematuro, pero certero, que traspasó la montaña como un grito estremecedor y desgarrante. Con azoro, uno de los hombres que escondía su miedo detrás de una roca, apuntó nuevamente con tino sobre el cuerpo de José Luís y le apagó la existencia. Allí se quedaría su vida útil y entregada al ideal revolucionario convertida en carroña.

El inspector Díaz casi se ahoga en los espumarajos de un ataque de cólera y llenó el ámbito de la ensenada con obscenidades y recriminaciones: -*“Pudimos haberlos matado a sombreroazos o cogernos por el pescuezo si los dejamos avanzar un poco más”*, dijo enojado pero con lucidez. Sin embargo, la cacería no había terminado aún. Entre las piedras de la entrada de la

quebrada, astilladas por los plomos y a pocos metros de donde al cuerpo de José Luís se le fue la vida por un agujero sangrante, yo me defendía en medio de la persecución implacable de las balas que rebotaban a pocos centímetros de mis narices. La balacera que salía entusiasta de la boca enrojecida de mi metralleta, se estrellaba con precisión en la piedra donde se escondía el más cercano de los sabuesos de la banda de asesinos. En medio de aquella cortina blanca y humeante, que iba dejando la pólvora en la quebrada, pegado al suelo y en contorsiones de cascabel, me fui replegando hasta que pude levantarme y correr, primero agachado y luego como venado en fuga.

Al inspector Díaz se le escapó una de las presas y el filo del machete descansó con saña implacable en la muñeca inerte del combatiente heroico José Luis Ottamendi.

En una reacción salvaje de hiena inconforme ante la huida de un bocado meticulosamente velado, insaciable en sus ansias de anormal mutilador, Díaz bajó del cantil de piedras negras y se encaminó a la más irracional y desbocada aventura de persecución en pos de las manos ilesas. En una marcha forzada, vertiginosa y desesperada, ignoró los más elementales principios de táctica militar y sólo se detuvo para descortezar de chaflán, con la peinilla, una ceiba donde se leía: FALN (Fuerzas Armadas de Liberación Nacional).

En su recorrido por el camino rodeado de la abundosa selva, en aquella persecución violenta y sin descanso, el maniático caudillo no tuvo tiempo para leer las numerosas leyendas y oraciones, invocaciones de amor y palabras obscenas talladas en la obesidad de los troncos por los cuchillos laboriosos de cazadores solitarios y nostálgicos que se adentran en la montaña en tiempos de Semana Santa en busca de carne cimarrona. Triángulos eróticamente concebidos en más de una corteza, semejaban con sabor artístico el sexo femenino al lado de algún cartel religioso que con pícaro intención decía: *“Ayúdame Dios mío”*.

Al llegar, con la garganta seca y la ropa hecha jirones, a la primera quebrada de aguas corrientes, los perseguidores calmaron con profusión la fatiga de su endemoniado tren de marcha. Aquí tres árboles descabezados por un rayo en la última tempestad, hacían de puente en medio del riachuelo llamado Agua Hedionda. A pocos metros de ahí, el inspector tomó por asalto el primer campamento, donde sólo encontró la huella fresca de una retirada reciente. Sin detenerse en consideraciones elementales de seguridad, embriagado por la idea de matar, persiguió sin cautela el rastro de las pisadas, y a la una de la tarde, bajo un sol reverberante, llegó rabioso y exhausto a los manantiales azufrados de Pozo Azul en las montañas de El Pantano.

El inspector desafiante, con pasos amortiguados de felino, en un supremo esfuerzo por lograr el contacto visual para no fallar esta vez, avanzó temerario, dejándose guiar por un hilo de humo, que escapado de un fogón guerrillero, indicaba delator la ubicación exacta del campamento. La montaña se suspendió en un silencio increíble que apagó de improvisto el ritmo normal de los sonidos, como anunciando el desencadenamiento de algo fatal e inevitable. Las hojas secas bajo las botas crujían tostadas por el verano anunciando la proximidad de los cuerpos; era tanta la cercanía que la respiración, acelerada y jadeante, llegaba en un intercambio a cada uno de los contendores.

Casi lo logra, pero en un espasmódico estremecimiento, mi metralleta sonó cadenciosa y armónica detrás de los árboles, en un rafagazo intermitente de balas que al traspasar el follaje hicieron blanco en los cuerpos del inspector Díaz, de Clodomiro y en otro de los atrevidos perseguidores. El temerario inspector antiguerrillero cayó abatido para teñir con su sangre de chacal las aguas azufradas, que enrojecidas se deslizaban mansamente por los lomos de las piedras de caliche de Pozo Azul. Al rostro abominable de Clodomiro, tasajeado en lances de reyertas pasadas, lo mordió el plomo con fiereza, pero para su suerte en sedal, lo que lo dejó en pie para remplazar a su jefe. El monte detenido momentáneamente, reanudó su marcha en un alboroto de animales despavoridos, que inmedia-

tamente volvieron a aguardar en silenciosa calma, el desenlace final de lo que estaba aconteciendo.

Con el cuerpo mordido por las balas y la vida escapándosele por una hemorragia intensa que le apagaba la vista, el inspector fue conducido en una parihuela por sus secuaces en un lento recorrido a la inversa hacia el rancho de Clodomiro, para de ahí continuar en burro el trayecto final que lo trajo al fatídico encuentro. En el desvarío de la fiebre, que lo estremecía por dentro en convulsiones de escalofrío, ensució la limpieza de los caminos con una inconsciente cadena de procaces imprecaciones sobre la causa popular. También la madre del desdichado campesino, que en su emboscada apresuró por miedo el dedo en el gatillo, fue mentada ininterrumpidamente y sin ninguna clase de consideración, durante todo el trayecto angustioso. “*¡Eran nuestros, había que dejarlos entrar bien adentro en el cañón de la quebrada y no tenían escapatoria!*”, repetía en la inconciencia del delirio febril, pero con lucidez, aquel principio elemental de la emboscada. “*¡Mierda!, ¡cobarde!, ¡córtate los cojones y ponte unas pantaletas!*”, gritaba en estertores agónicos e incoherentes. Así, repitiendo sandeces como perico, por todo el lento traslado, hasta que a la medianoche y agotados por el peso del fornido herido, llegaron a la población de Santa Isabel, de donde lo condujeron en vehículo al hospital de Churuguara.

La noticia recorrió, con mordaces agregados de exageración narrativa, los pueblos cercanos de Santa Cruz de Bucaral. *“Acaba de pasar el cadáver del inspector Díaz por La Taza”*, dijeron mordaces algunas de sus víctimas. *“Lo mataron los guerrilleros en El Pantano”*. *“Le arrancaron un brazo de un cañonazo”*. Y alguien, vengativo por la posibilidad, no faltó en agregar: *“Clodomiro está grave con un tiro en el ojo”*.

Don Lencho, descifrando las figuras de humo que se alejaban ensortijadas de la pipa construida por él mismo, oía con complacencia los más inverosímiles relatos. *“Ojalá sea verdad”*, dijo un día en un suspiro profundo. Y tratando de disimular su regocijo, remató sentencioso: *“A cada cochino le llega su sábado”*.

Tomasita, revolviendo con el carebe la olla del café que intentaba derramarse en borbotones entusiastas, en la cocina, al conocer la noticia exclamó con original gracia: *“¡Bien hecho, pa’ que no sea pendejo!”*.

La noticia especulativa e inquieta, recorrió sin desmayo todos los pueblos y se metió anunciadora en cada casa. De los mogotes empezaron a gemir secretos, orgullos y dignidades femeninas quebrantadas y hasta las ganancias de las bodegas aumentaron en forma escandalosa con la venta de las velas. La noticia, jadeante de cansancio, también llegó al corral de mano Mon, cuando alguien le dijo un día: *“Con-*

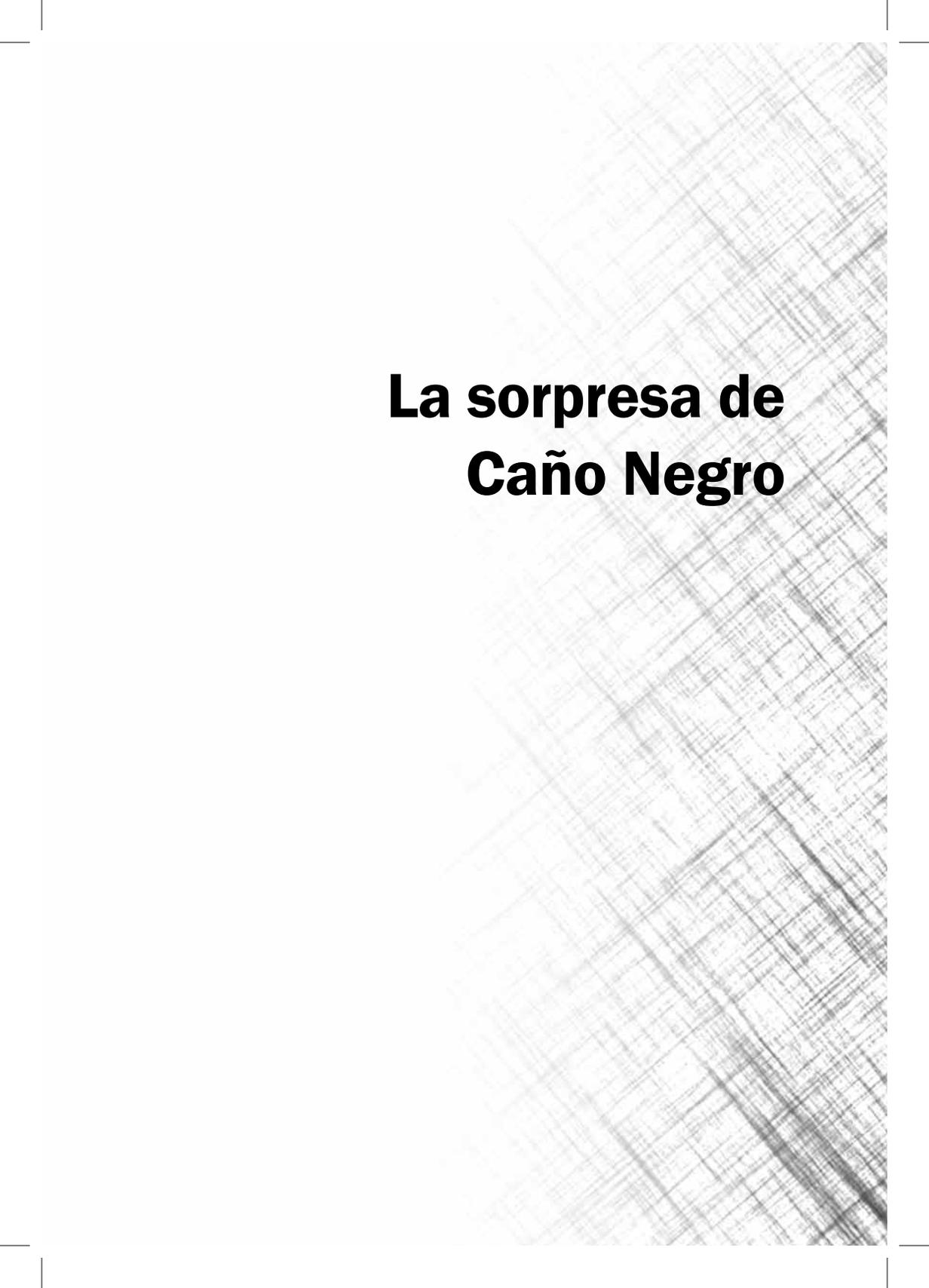
téntate mano Mon que mataron al inspector Díaz. A lo que contestó con la convicción de quien sabe tener una deuda pendiente: -“¡No joda!, ahora me matarán los guerrilleros”.

Sin embargo, no fue así. El temerario inspector, con un brazo en desuso y medio cuerpo en desobediencia por el efecto de las balas, se agarró de los balaustres de la ventana colonial de su casa, para recorrer con la vista y la imaginación la cordillera de la Sierra de Coro. Oscuros nubarrones colgaban de las alturas y desprendían aluviones interminables que copaban los ríos, que insuficientes para albergar la furia de los aguaceros, corrían en desbordantes avalanchas al depósito de los mares, con algunos desprevenidos animales reventando de hinchazón.

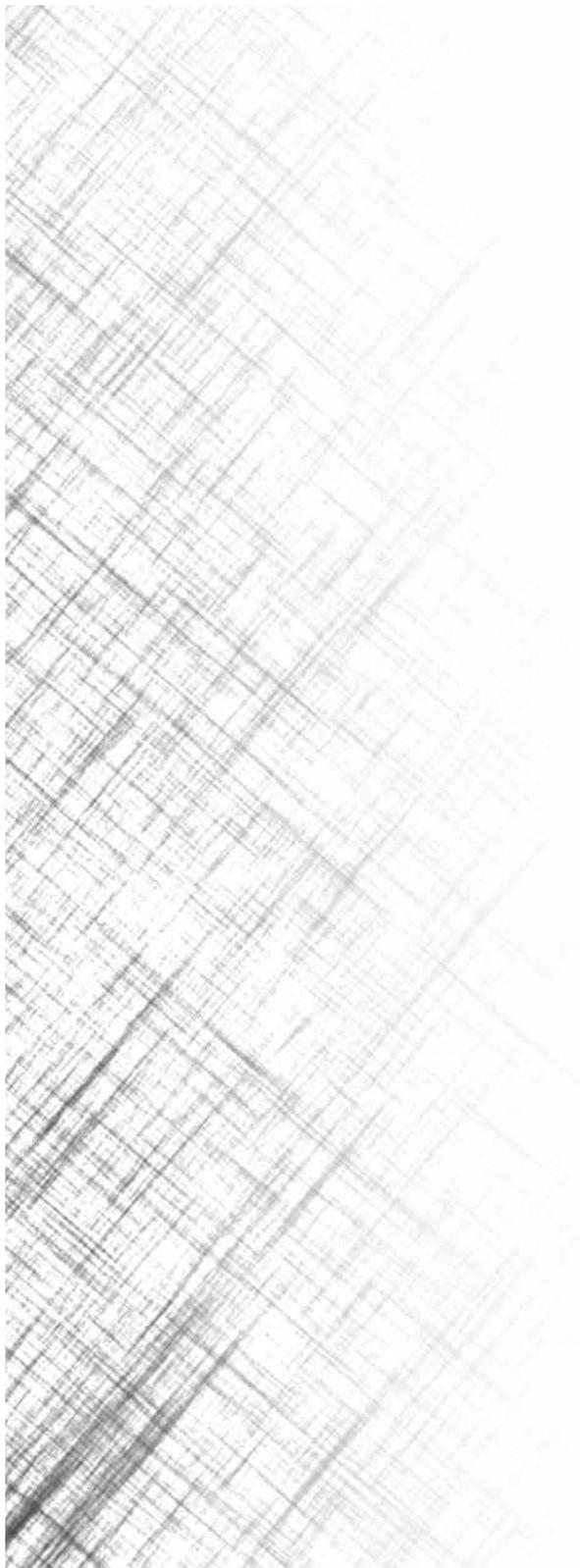
El caudillo en retiro forzoso, quien jugando al albur de devorar guerrilleros había perdido, siguió sus días sumergido en el lodazal de sus memorias, enhebrando en un cavilar infinito, un rosario continuo de recuerdos grotescos; haciendo amasijos de ideas vagas y desfallecientes, que iba enrollando en su mente como una serpiente. Tomasita, “la que nunca fue”, aún enternece sus noches de vigilia y, con frecuencia, los amaneceres lo sorprendían tratando, en vano, de ordenar mentalmente la cuenta de las campesinas violadas a la orilla de las quebradas.

Mientras José Luís murió en el albor de la vida, el inspector se arrastraría por una larga existencia inútil. Su cuerpo, antaño lleno de vigorosa fortaleza para desandar caminos en una guerra de exterminio ajena a él, yacía inerte en el vaivén quejumbroso de una mecedora; tal vez porque nunca cortó las manos que tenían precio. Aventado de súbito a una decrepitud prematura, imprevista y tormentosa, las horas con largueza de siglos se le entretenían demasiado en cada vuelta que daban en las manecillas del reloj de pared. “Si aquellos buitres hubieran volado, aunque no era Claudio, porque era muy pequeño para ser él. Si el campesino cobardón no se pone nervioso en El Pantano. Si no me hubiera arriesgado tanto en Pozo Azul. Si el viejo Lencho no hubiera estado en el Torito aquel domingo, cuando su hija estuvo tan cerca y tan huérfana de ropas. Si aquella metralleta, en vez de su destructora cadencia, hubiera fallado, no estaría ahora cumpliendo el papel tan pendejo de espiar transeúntes con cara de güevones, que pasan por la calle”.

Cegado por un relámpago, se apartó de la ventana justo cuando un trueno estalló por los aires, ahogando con su retumbo la frase que con frustración y amargura salió de su boca y se extravió buscando salida en el zaguán colonial: *“está lloviendo en la sierra”*.



La sorpresa de Caño Negro



Los caseríos aledaños al río Tocuyo en los límites de los estados Yaracuy y Lara, eran el centro neurálgico de nuestra actividad guerrillera en los primeros meses del año 1964. Alrededor del interminable y ancho afluente habíamos establecido innumerables campamentos o puestos, como les llamábamos. Los cuales consistían en grupos reducidos de cuatro o cinco combatientes que desarrollaban trabajo político comunitario y, de ser necesario, el control militar de un caserío o de una posición clave en el desarrollo de nuestro trabajo de construcción y consolidación del Destacamento Guerrillero “FELIX ADAM,” ubicado en el sur de Falcón. Esta nueva situación de trabajo, casi abierto, entre los campesinos comenzó mucho antes de mi regreso de la zona norte del estado, donde había ido, inútilmente, para contactar con la Comandancia del Frente a través de Miguel Noguera, quien llegó al sitio acordado tres días después de mi regreso al Sur. La apertura de nuestro de trabajo se correspondía con los planes elaborados por la nueva ubicación del Destacamento en su desplazamiento de la zona de El Chiclar, una vez que Domingo Urbina aban-

donó la lucha guerrillera. Domingo, quien ejerció la jefatura del núcleo armado desde su creación, lo había mantenido inmovilizado y sin desarrollo en las cercanías de Santa Cruz de Bucaral.

Paradójicamente, fue gracias a nuestra inexperiencia, que nos llevaba a depositar demasiada confianza en campesinos amigos de poca o ninguna formación revolucionaria, que me fue fácil localizar el campamento donde estaba Mariño con un grupo de diez hombres.

Ya para esa época la dirección política de la guerra preparaba en la clandestinidad y en el cuartel San Carlos, las maletas para emprender en forma bochornosa, desordenada e incondicional el viaje sin retorno del abandono de la lucha armada. Habíamos sido abandonados a nuestra propia suerte y borrados de sus cálculos sin ningún escrúpulo revolucionario. Dentro de esta crítica situación se resolvió en el Comando del Destacamento que Mariño, nuevo jefe de la guerrilla en el Sur, saliera a la ciudad de Barquisimeto a fin de establecer un nuevo sistema de retaguardia que nos permitiera subsistir en medio de aquella sentencia a muerte por inanición, a que la alta dirigencia política, encabezados por Pompeyo Márquez y Teodoro Petkoff, detenidos dentro del cuartel San Carlos, nos había condenado a un cambio inconsulto de táctica, en su desbarajustada carrera de conciliación. De esta forma, quedé como responsable de ese grupo guerri-

llero ubicado en la zona de Caño Negro, en Yaracuy, teniendo como enlace a un bisoño campesino a quien llamábamos Manuel. Componían el grupo a mi mando Daniel, el proverbial viejo Orozco, Ulises, Anibal, Pocaterra y el negro Antonio.

Una vez que salió Mariñito, me dispuse a cumplir con una de mis tareas encomendadas, la cual consistía en chequear el trabajo del puesto al mando de Reinaldo Astudillo (Jaime), quien más tarde fue muerto, heroicamente, en combate.

La pasividad, en aquel momento, de las fuerzas represivas en esa zona, nos permitía transitar libre y tranquilamente por caminos reales y caseríos sin observar mucho las necesarias medidas de seguridad. Nos salvaba que nos encontrábamos bastante adelantados en el arte de tomar y procesar informaciones de nuestra eficiente red de espionaje campesino antes de dar un solo paso; lo que compensaba, en mucho, la ausencia de severas medidas de seguridad en los movimientos que hacíamos.

Efectuada la labor de chequeo y orientación en el otro campamento, regresamos nuevamente a Caño Negro sin mayores inconvenientes. Antes de marcharnos del caserío, a eso de las seis de la tarde, comprobamos la normalidad de la zona y confiados nos internamos a nuestro refugio en el monte, que se caracterizaba

por estar cubierto por una vegetación abundante de arbustos muy pequeños y delgados y por contar a la retaguardia con un caño que nos surtía de agua que no era ningún amor en tiempos de cólera. Como única defensa, en caso de ataque, disponíamos de un blando y añejo tronco de un árbol caído vencido por el tiempo, que pese a su aparente robustez lo traspasaba fácilmente hasta una bala calibre veintidós. Aproximadamente a las diez de la noche regresó Daniel, en comisión de reconocimiento, corroborando la información recogida por nosotros y que descartaba o hacía remota toda posibilidad de incursión enemiga ese día. Dado lo avanzado de la hora y subestimando cualquier sorpresa, no tomé ningún tipo de precaución. Para entonces, en nuestra mentalidad aún no se registraba, como ley, la necesidad de la guardia de campamento y apoyando nuestro liberalismo en la escasez de personal para distribuir las tareas de hacer guardias, cocinar y reconocer el terreno, constantemente dejábamos de colocarla.

Como a eso de las ocho de la mañana del día siguiente, recostado en el grueso tronco caído, con el morral y la metralleta Hotkins a mi lado, mientras me ocupaba de escribir un informe, levantaba la vista de vez en cuando para observar, al frente, la entrada del campamento, única forma de compensar la falta de vigilancia. En una esas ojeadas, pude ver con claridad y extrañeza a tres personas, como a unos veinte metros

del campamento, que por su avanzar tranquilo hacia nosotros me hicieron creer que se trataba del regreso del personal ausente. No obstante, en un rápido repaso, pude acordarme, por suerte, que la contraseña se daba mucho antes de que se divisaran a las personas desde el centro del campamento. Alerté a Daniel, quien al avanzar unos cinco metros hacia ellos en busca de su arma, pudo apreciar con exactitud la presencia enemiga. Regresó a buscar protección detrás del árbol y, junto a mí, acostado en el suelo y sin pronunciar palabra, a base de señas me hizo saber que efectivamente se trataba del Ejército.

La dificultad que Daniel tenía para hablarme se debía, más que a evitar ser escuchado por el enemigo, a que en ese momento se estaba comiendo una catalina, que en el aturdimiento por la sorpresa se le convirtió en un mazacote pegajoso en la boca y le resultó imposible seguirla tragando. En medio de la emergencia, hizo un gesto como para reírse y la única idea juiciosa que se le ocurrió para salir del atoro fue escupirla, pero como la excitación nerviosa paraliza las glándulas salivales, lo fue logrando con mucha dificultad y con muecas de arrepentimiento en cada pedazo de masa negra que escupía.

Rápidamente me coloqué la fornitura y me eché el morral al hombro, intentando prepararme con premura para la defensa. Como en estos casos es vital producir

el primer disparo, intenté hacerlo lo más rápido que pude, pero el tiempo empleado en recoger mis cosas en desorden no me lo permitieron y el primer estampido con intenciones mortales salió de la boca de un FAL enemigo. Accioné instantáneamente el gatillo de mi metralleta, pero el chasquido sordo y desesperante de una bala picada sin explotar, en mi arma, llegó a mis oídos en medio del generalizado tableteo de las armas propias y ajenas, mientras que Daniel y el viejo Orozco abrían fuego por nuestro bando.

No los vi llegar, pero los cuatro que nos encontramos en el campamento, de pronto estábamos juntos, en cuclillas, como a dos metros del palo caído y de izquierda a derecha: Orozco, el suscrito, Daniel y Ulises. Retirarnos rápidamente era lo más aconsejable y sensato, pero en ese momento me encontraba todavía luchando desesperadamente con mi arma encasquillada que no permitía disparar y con una tupida lluvia de plomo cayéndonos encima sin poder apoyar la defensa con un solo disparo. Fue en ese instante cuando comprendí que ese es el momento más angustiante que pueda vivir un guerrillero en combate: el estar siendo atacado y no poder disparar para defenderse.

Al fin lo logré y, aunque tardíamente, realicé unas cuantas ráfagas a ciegas, pues en los alrededores cubiertos de humo no distinguía a nadie, pero que nos permitieron iniciar la retirada. Sugerí a Daniel

encabezarla y dirigirse hacia la pica que el mismo había abierto y cuando nos reagrupamos en el primer punto de encuentro, ya afuera del campamento, notamos con mucha preocupación la ausencia de Ulises, pese a que momentos antes venía cercano a nosotros y manteniendo el contacto visual. Esperamos, aún no siendo aconsejable, un par de largos minutos, pero perdimos la esperanza de reencontrarlo en ese momento e iniciamos el repliegue en medio de disparos que nos hacían por el flanco. La velocidad hubo de ser duplicada para salir de un cerco que ya el Ejército cerraba con suma facilidad, ayudado por lo ralo de la vegetación y por la ubicación exacta del campamento que les diera el traidor Manuel.

De allí en adelante, nuestra retirada no tuvo más tropiezos y llegamos la misma noche al segundo campamento; lamentando solamente el posible rumbo equivocado tomado por Ulises y que, dada la colocación de las fuerzas del ataque enemigo, nos hacían suponer una situación peligrosa para él.

Por la tranquilidad de la zona del campamento, bastante cercano al primero, llegamos a la conclusión de que se trataba de una vulgar delación y que, basándose en ella, el Ejército planeó una hábil y rápida acción contra nuestro puesto, pues como lo habíamos comprobado, la noche anterior no había indicios de la presencia enemiga la zona.

Esperamos inútilmente la aparición de nuestro camarada, cifrando nuestras esperanzas en su posible extravío por la montaña, dada su poca experiencia de movimiento en el monte por su condición de nuevo en la guerrilla.

Con ninguno de los contactos campesinos pudimos saber de su existencia y ya nos asaltaban dudas sobre la suerte corrida. Al regreso de Mariño, resolvimos chequear el sitio de la sorpresa tratando de rescatar una pistola Browning que se cayó al caño en la retirada y algunos víveres escondidos. Aunque eso era anti-táctico, debido a que el Ejército acostumbraba emboscarse en los campamentos atacados en espera de un posible regreso, fuimos Mariñito, un campesino llamado Carlos y yo. Tomando muchas precauciones, porque desconocíamos con exactitud si el Ejército se había retirado de la zona o cuál era su ubicación en caso de permanecer en ella, caminamos sigilosos por todo el margen del río Tocuyo. Al cabo de varias horas de marcha, llegamos al campamento abandonado y, como lo temíamos, encontramos el depósito de víveres destruido. Mientras Mariñito y Carlos revisaban en el centro del campamento, me alejé hacia el fondo del mismo buscando la pistola que suponía estaría dentro del caño. En su búsqueda crucé el mismo sitio por donde pasamos en retirada días antes y pese a que el agua en esa parte se había secado, todo fue infructuoso y la pistola no apareció. Pensando en la posibilidad de que hubiese sido

arrastrada por la corriente, aunque esta era bastante leve, caminé unos pasos caño abajo y un repugnante hallazgo me estremeció todo el cuerpo: la podredumbre de un esqueleto humano a la orilla del caño, esparcido en varios pedazos y devorado por los zamuros, conformaba un cuadro espeluznante. Al reconocer por la ropa al camarada Gustavo Aranda (Ulises), llamé con un grito descontrolado a Carlos, a quien le causó tanta impresión aquella horripilante escena, que perdió su serenidad habitual.

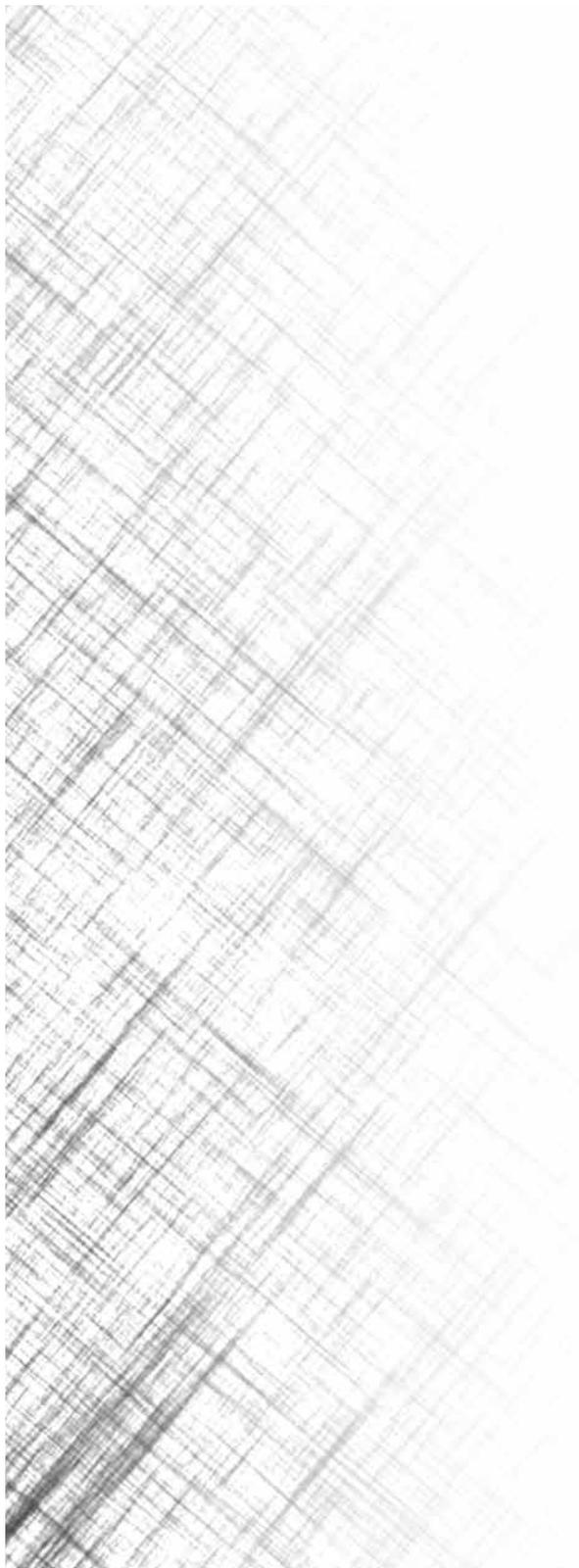
Al revisar el cadáver, descubrimos que después de herido, al menos en un brazo, fue hecho prisionero, sometido a torturas y fusilado, pues a la calavera que encontramos en el lecho del caño le faltaban algunos dientes. Su caída en manos del enemigo se debió, sin duda alguna, a que en el último momento de nuestra retirada, se desvió mucho a la derecha y una vez que perdió de vista al resto del grupo, avanzó mucho más hacia ese lado y se dio de frente con el Ejército. Es muy posible que los disparos que creímos dirigidos contra nosotros en plena retirada, fueran más bien disparados contra él, que en ese momento debía ir cercano al punto donde el Ejército había colocado varios de sus hombres en un intento por cortarnos la retirada.

Dolidos y cabizbajos por aquel hecho, normal en la guerra, pero no menos desolador, nos dispusimos a recoger sus restos regados por el suelo y darles

sepultura, abriendo ésta con un cuchillo, pues era lo único útil para cavar que nos acompañaba. Tristes y silenciosos nos marchamos del lugar en dirección a la casa del traidor Manuel, quien sabiendo lo que le esperaba ya se había marchado. Al llegar allí encontramos algunas cabras criadas en medianía por el desleal campesino. Sacrificamos una de ellas y después de asarla detrás de la casa abandonada, la comimos, manteniéndonos callados y pensativos durante todo el tiempo que duró la cena. Concluida la triste comida, regresamos al puesto de donde habíamos salido, una vez que comprobamos la efectiva retirada del enemigo. Ulises fue el segundo camarada muerto en el empeño por consolidar la guerrilla en el sur de Falcón y, junto a Félix Adam, pasó a formar parte de la lista de mártires del Destacamento que después aumentaría, regando con su sangre las montañas del Pantano: Reinaldo Astudillo, Vladimir Reyes, Ulises, Ventura Timaure, Simón El Maracucho y José Luis Ottamendi.

La tertulia





En el mes de marzo de 1964, la dirigencia de la lucha armada mostraba ya su tendencia a dejar abandonados a su suerte a los Frentes guerrilleros. Desde la montaña apoyados en la base social que habíamos ido construyendo y desarrollando, nos dimos a la tarea de construir nuestra propia retaguardia. Para ese entonces nuestra actividad giraba en torno a la margen más poblada del caudaloso río Tocuyo, a donde habíamos llegado en un esfuerzo por extender nuestro radio de influencia en los caseríos más poblados. Nuestro conocimiento de la región nos permitía movernos con soltura y a la vez ir instalando depósitos de comida a través de una ruta que finalizaba en un lugar recién descubierto que yo denominé, El Oasis, por la característica de ser un nacimiento de agua natural y por encontrarse en una región sumamente árida sin ninguna posibilidad de agua en muchos kilómetros a la redonda. Por las excelentes condiciones topográficas, allí instalamos un campamento y la escuela militar del Destacamento.

Ildemaro Sarmiento (Genaro), ex-teniente de la Guardia Nacional, entró por la puerta grande recomenda-

do por la Dirección Nacional del MIR, lo que unido a su audacia y formación militar castrense hizo que fuera designado rápidamente como refuerzo del Comando del Destacamento del Sur. Su participación en la escuela del Oasis fue de inestimable valor. Sabía entrenar, sabía conducirse con mucha habilidad con el personal y para desgracia nuestra, además se fue haciendo simpático y de absoluta confianza dentro de nuestras filas. La fatalidad de su presencia para la guerrilla comenzaría el día que Mariñito le confió la misión de abrir la vía interna por la montaña hacia la zona de Riecito en Falcón. Genaro salió optimista una mañana fresca y sin nubarrones. Un combatiente apodado Blas y un pequeño machete le acompañaban. A la semana siguiente regresaría Blas y el machetico, porque Sarmiento, “desanimado y en precipitada crisis sentimental”, se había marchado a Caracas “en busca de una solución a su crisis matrimonial”.

A los pocos días empezó a correr un rumor, que como llama amenazante se cernía sobre nuestro grupo guerrillero, un tanto diezmado por deserciones, enfermedades y por el incumplimiento de las promesas hechas por la Comandancia del Frente, con asiento en la sierra de Iracara. La clarinada de alerta, de que se trataba de algo más que un simple rumor, nos llegó a través de la negra Juana, apoyo de la base campesina, cuando nos informó sobre la presencia del ejército en la zona. Anda -nos dijo- un tal Genaro quien dice

saberlo todo porque fue de la Comandancia del grupo de ustedes. Para reforzar su información la fiel campesina lo describió exactamente: es un tipo pequeño, de pelo indio y espesa barba negra. Hasta un refresco que me brindó Jaime en una bodega de Loma Larga me lo echó en cara.

Tanto Lino Martínez como Mariñito se mostraron incrédulos ante la posibilidad real de que Sarmiento estuviera al frente de la ofensiva, que ya se hacía notar en toda la zona del río Tocuyo. Fue necesario que se produjeran varios asaltos a campamentos y la desaparición “misteriosa” de varios depósitos secretos, para que todos se convencieran de que, efectivamente, Sarmiento era el ejecutor táctico del cerco que con tanta efectividad se hacía sentir cada vez más.

Los primeros zarpazos los eludimos gracias al dominio total del terreno y a la base social que nos informaba y de no ser por un cierto relajamiento de la disciplina, el Destacamento hubiera salido ileso del cerco, aunque su capacidad de respuesta militar ya había sido neutralizada.

Después de tomar todas las medidas de seguridad que pudimos, como cambios de campamentos, construcción de nuevas vías internas y sistemas de recolección y procesamiento de la información, el Comando decidió emprender su retirada hacia El Oasis

para aprovisionarse y tomar el rumbo de Yaracuy. Buscábamos, al salirnos de la zona conocida por Sarmiento, restarle efectividad a su presencia y que el Ejército golpeará en el vacío y una vez restablecido el contacto con la retaguardia, entrar en operaciones posteriormente.

Para cumplir esta primera etapa de marchar hacia El Oasis, se requería de algunas provisiones y para buscarlas era necesario disputarle al Ejército la bodega de nuestra confianza. Con este objetivo salimos una tarde una comisión de tres guerrilleros, entre ellos el famoso negrito Jorge, y para evitar cualquier inconveniente ignoramos todas las veredas y picas que conocía Sarmiento.

En conocimiento de las visitas nocturnas que hacían patrullas enemigas a la bodega, nuestra aproximación a ella fue sigilosa. Ninguna alarma natural -ladrar de perros, rebuzno nervioso de burros, alboroto de gallinas o silencio inhabitual de las personas- se había captado en nuestro avance de cuclillas o reptando; por lo que nos pusimos de pie y nos decidimos por llegar caminando a la bodega a lo largo de la carreterita engransonada. La naturalidad con que nos aproximábamos a la casa-bodega y el rápido, pero calmado, giro en la carretera permitió que la patrulla que también llegaba en ese momento se confundiera y nos tomara por tropa de su propio Ejército. Ante tal

incidente, que confirmaba la presencia de los cazadores en la zona, nos tuvimos que replegar y esa noche fueron necesarios dos intentos más para cumplir la misión de adquirir víveres para nuestra retirada de las inmediaciones del río Tocuyo. Fue hasta la medianoche que tuvimos los tres morrales llenos frente a la mirada cómplice y tranquila del expendedor, quien había sido instalado allí por nosotros en nuestro trabajo organizativo de la retaguardia. Pagamos y nos fuimos al nuevo campamento que habíamos improvisado esa tarde.

Al día siguiente iniciamos la marcha hacia El Oasis. Como íbamos evitando dejar rastros de nuestro paso y evadiendo posibles patrullajes enemigos, no nos rindió la caminata y resolvimos acampar temprano a orillas de un caño que tenía un pequeño pozo de agua, suficiente para hacer la cena de esa tarde. Escogimos dormitorios con suficiente antelación y muy confiados seleccionamos un cómodo y ancho árbol caído y allí, improvisamos una amena tertulia.

Embebidos todos en la conversación nos dispusimos a saciar nuestra ignorancia viajera oyendo las explicaciones de Lino Martínez sobre un castillo en Cartagena (muchos años después supe, al visitarlo personalmente, que se trataba de la famosa fortaleza militar del castillo de San Felipe de Barajas). Lino, con su potente voz de locutor -tan inapropiada en los cercos-

y con agradables detalles embelesantes, exponía las ventajas militares de aquella fortificación colonial de cuatro siglos atrás.

Nos encontrábamos colocados casi en fila india, sentados en el tronco unos y de pie otros, y no habíamos dispuesto aún ninguna guardia, cuando un súbito y silbante disparo interrumpió la tertulia como un presagio de muerte. Las miradas incrédulas y relampagueantes que nos cruzamos, buscando alguna víctima o confirmando que el disparo no dio en blanco alguno, se esfumaron confundándose con los rafagazos. Con movimientos instintivos buscamos las armas, los morrales y alguna protección. Nos semejábamos a diminutos pedacitos de papel sacudidos de pronto por un huracán.

Cuando llegué, ¡al fin!, a donde tenía la metralleta y me viré para hacer fuego, Blas era el único visible y avanzaba penosamente hacia mi. Estábamos prácticamente divididos en tres grupos y apenas se oía la voz de Mariño que desde un cerrito conminaba al Ejército a la rendición, diciéndoles:

¡Ríndanse, tenemos el terreno minado!

El negrito Jorge, todo un personaje en la guerrilla, quien avanzaba en ese momento solo, por su lado, creyó oír la voz del oficial enemigo diciendo a sus tropas: tenemos el terreno dominado. Se detuvo para escu-

char bien y como no vio a nadie cerca de él se dijo para sus adentros: lo tendrán dominado por otro lado, pero por donde yo voy no. Y siguió avanzando tranquilo. Por cierto que el negrito Jorge tenía infinidad de anécdotas: Una vez pasando el río Tocuyo se le cayó la ropa al río y tuvo que llegar al campamento desnudo. Si bien dio la contraseña convenida para entrar al campamento, todo el mundo se puso en guardia cuando apareció armado y desnudo y sus camaradas no lo reconocieron. Mientras escapaba sigilosamente de la balacera por una pica, el negrito Jorge sintió de pronto una fuerte hincada en su costado izquierdo y, en la creencia que se trataba de la bayoneta de un soldado enemigo, se quedó inmóvil por muchos segundos esperando la voz de arresto hasta que por fin se animó a voltear. Para su sorpresa no había nadie a sus espaldas y lo que sintió era la punta filosa de un bejuco de cadenillo cortado de chaflán, que, al pasar él a su lado, se había desprendido con fuerza de su sostén hincándole una costilla.

Nuestro pequeño Destacamento se retiró dividido en tres grupos y todos tomamos, ingenuamente, la dirección del Oasis en busca de provisiones que teníamos encaletadas en un depósito tipo vietnamita. Cuando llegué a los linderos del campamento, Mariño y el otro grupo ya estaban allí, pecho en tierra, observando a los cazadores que tenían tomado el campamento. Rápidamente y en susurros, Mariño me informó que el depósito de co-

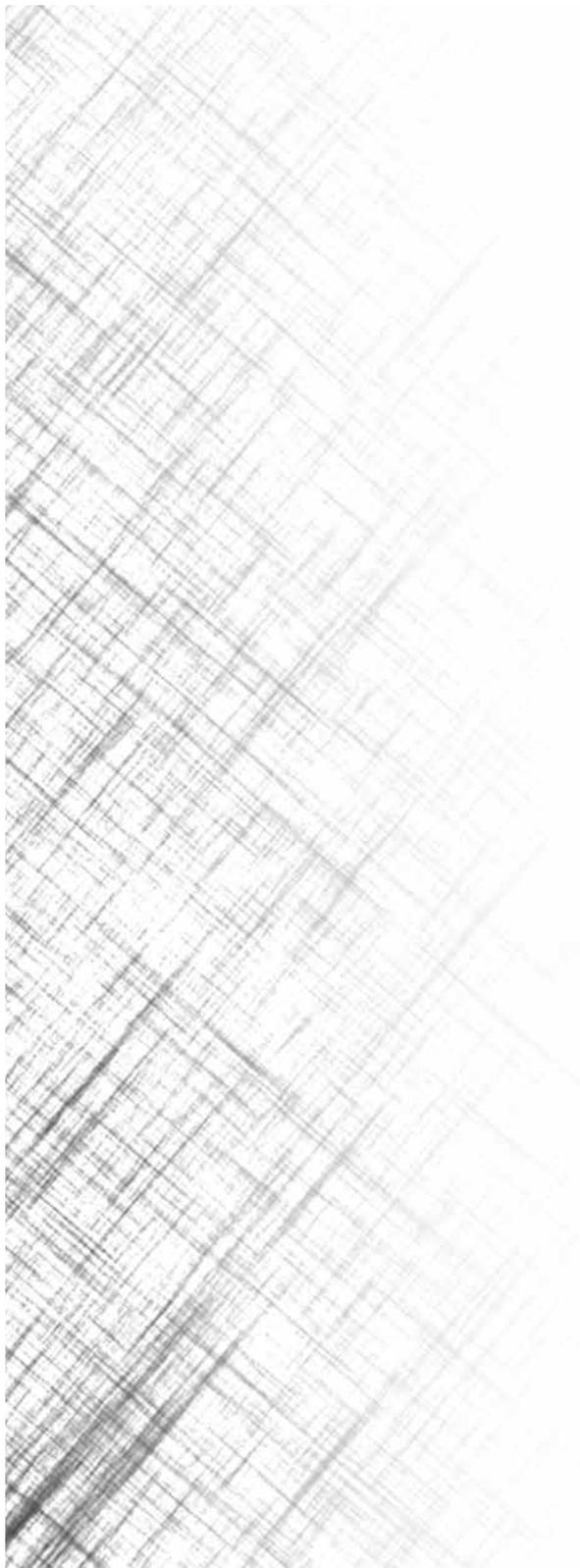
mida había sido encontrado por los soldados. No había más que decir, era la comprobación inequívoca, sobre todo para Mariño y Lino Martínez, de que Sarmiento dirigía las acciones contra nuestro grupo guerrillero.

Controladas todas las vías de acceso, desmantelada nuestra base de apoyo campesina, presos unos, desaparecidos otros e inmovilizados el resto, discutimos y pusimos en práctica un plan de retirada a profundidad hacia las inmediaciones de la Colonia Agrícola de Yumare en Yaracuy. Itinerario que formaba parte de los planes de expansión de nuestro Destacamento.

Con esta colocación, además de salir del cerco, buscábamos insertarnos en zonas suburbanas más pobladas y políticamente influenciadas por el Partido Comunista e ir, a la vez, cumpliendo con el plan estratégico de colocar todas las fuerzas del Frente “José Leonardo Chirino” en dirección al centro del país. El desarrollo de este plan durante los siguientes cuatro años nos llevó a influir militar y políticamente en poblaciones de importancia geográfica y política como Yumare, Aroa, Chivacoa, Campo Elías, Urachiche y Nirgua en Yaracuy, así como Canoabo, Morón y las cercanías de Valencia en el estado Carabobo. Para este momento el Frente guerrillero de Falcón se movía en un amplio territorio del país, pero las condiciones objetivas y subjetivas habían venido cambiando, anulando así su vigencia y su posibilidad histórica.

El paso de dos ríos





Corrían presurosos, al encuentro de un nuevo año, los primeros días de diciembre. Los torrenciales aguaceros llenaban al máximo los ríos angostos del estado Falcón. Cualquier caño o riachuelo constituía insalvable obstáculo, dado nuestro impedimento (armas y equipo) y escaso conocimiento de natación. La marcha era lenta y nuestras botas aumentaban en tres o más veces su peso normal al recoger el pegajoso barro de la zona.

Después de sortear con éxito varias quebradas desbordadas, valiéndonos de puentes construidos con árboles tumbados con hacha, Los Remedios fue el primer río de importancia, que al salirse de su cauce y sobrepasar las partes más altas de sus márgenes, se nos plantó en frente con intenciones serias de cerrarnos el paso. Este río es de angosto pero profundo cauce, características a las que debe la peligrosa velocidad de su corriente cuando crece y que, para infundir mayor respeto, utiliza gigantescos troncos que sumisamente se le incorporan en su largo recorrido.

La primera impresión que tuve aquel día, fue la de que nos esperaba una noche en vela aguardando a

que el río bajara de nivel, al tiempo que debíamos defendernos de una acción ofensiva, que en oleadas de millares realizaban hambrientos zancudos, desarmonizando con sus disonantes zumbidos las sinfonías nocturnas orquestadas por las ranas que nunca faltan a la orillas de los ríos.

Componíamos el grupo: Magolla, El Flaco, Teodoro, Sixto, Roso, Julio, Polo, Medina y el que esto escribe. De entre todos nosotros, los que más sabían nadar eran Megolla y Roso, por lo que se dispusieron a cruzar hacia la otra orilla, con la misión de conseguir una larga sogá para pasar armas y equipos. Luego nos jugaríamos la de Chencho en Quíbor tirándonos a nado. Eran exactamente las nueve de la mañana cuando dimos inicio a este plan y venciendo un remolino que los puso en apuros, la pareja de avanzada ganó la orilla opuesta. Minutos después, reaparecieron trayendo de la casa de un campesino amigo una gruesa sogá, suficiente para nuestro intento.

Corría el río a una velocidad espantosa y llegué a creer que tenía demasiada prisa por llegar a su cita con el Mar Caribe. ¿Le llevaría como regalo navideño algunos de nuestros rebeldes esqueletos? ¡Tal vez no! Nuestro optimismo era inmenso y sólo Teodoro decidió mejor intentar cruzar colgado de la cuerda.

Engarzamos hábilmente el mencionado mecate a los árboles más próximos a las vegas del río, haciendo con ella una inclinación conveniente para que se deslizaran con suma facilidad armas, morrales botas y fornituras. Lo logramos a medias, pues había que estremecer con fuerza el improvisado hilo teleférico para conseguir el rodamiento. Sin embargo, aunque con mucha lentitud, fuimos pasando de una orilla a la otra nuestros enseres.

Nos repartimos en cuatro grupos para facilitar la dificultosa operación. En el árbol, montados como sus antepasados antropomorfos, estaban el Flaco Sixto y Julio, en el punto intermedio, muy cerca de la orilla, estaba Polo conmigo y en la otra orilla estaban Megolla y Roso. De vigilantes en la retaguardia quedaron Teodoro y Medina. La desnudez con que teníamos que trabajar ofrecía un oportuno y exquisito banquete a los jejenes y zancudos y a todo tipo de plaga insoportable.

Con los últimos equipos bamboleándose rítmicamente en la cuerda, mi misión con Polo había concluído, por lo que nos llegó la hora de iniciar a nado el desafío de las turbulentas aguas. Mucho había reflexionado sobre este crucial momento. Innumerables fueron los planes que hice y deshice mentalmente. Había sido yo el que más entusiasmo había aportado a la idea que felizmente tocaba su fin y aún no tenía la certeza de cruzar a nado el río sin ninguna ayuda. Monologué

todo el tiempo que estuve atareado y recordé, para darme ánimo, sobre mis ejercicios de natación cuando estuve en Cuba. Allá -me decía a mi mismo-, nadé en varias ocasiones trayectos de varias millas... pero -parecía agregar una vez en mi interior como un llamado a la reflexión- sobre las aguas saladas y serenas del Mar Caribe. ¡Es verdad! -asentía dudoso del sentido de mis cavilaciones.

Nunca había nadado contra la corriente de un río, pero como inyección de ánimo que impulsa esa mezcla de orgullo, deber y necesidad, reafirmando una decisión en peligro de ser desechada, me invadió la orden inobjetable de mi propia conciencia: No demores por más tiempo lo que nunca podrás rehusar.

Ahora, en camino decidido hacia la escogencia del paso más apropiado, necesitaba ayuda moral. Para mi fortuna acudió en mi auxilio José Ingenieros con esa sentencia que tanto me gusta repetir: “Vacilar en mitad del camino, es traicionar el pensamiento”. Mi paso fue entonces más seguro y decidido, caminé hasta conseguir un sitio donde la existencia de dos árboles, un poco antes de llegar a la otra orilla, me pudieran servir de apropiada escala y descanso, pues cruzar en dos etapas era mi modesto plan. Medité, sin embargo, sobre mis posibilidades de cortar una corriente de río, cosa que jamás había hecho: ¿Me cansaré antes de lograr ser arrastrado aguas abajo,

pasando frente a mis compañeros sin darles tiempo de rescatarme, y limitándose ellos a observarme con una mirada de solidaria despedida?

Por primera vez me enfrentaba a una prueba de este tipo, desde que había aprendido a medio defenderme nadando.

Bolívar se hizo oportunamente presente con su inmortal frase, “La necesidad fue siempre madre de la audacia”, y yo estaba frente a esa necesidad, que con toda seguridad engendraría la audacia necesaria. Como me pareció que estaba evocando muchas frases y el río podría impacientarse por mi demora y subir de nivel en pocos minutos, la imagen de nuestro libertador fue rápidamente sustituida por la de Ingenieros con aquello de que “Deben ir juntos el pensamiento y la acción“. Así, finalmente, las aguas frías y revueltas me abrazaron en un extraño y desagradable recogimiento de testículos y cual desnudas estaban también ellas, me creí envuelto en una experiencia erótica.

Las brazadas fueron rápidas, violentas, desesperadas si se quiere. La respiración parecía a punto de traicionarme y una buchada de barro, similar a un zarpazo de muerte, se detuvo en mi estómago contraído de temor. Los árboles escogidos para mi primer descanso, pasaron ante mis ojos como los postes eléctricos de

una avenida recorrida en un auto a toda velocidad y no pude alcanzar el punto del remanso donde las aguas se deslizaban más tranquilas... sin embargo, gracias a que no detuve ni un segundo el esfuerzo de mis brazos y piernas totalmente agotados, alcancé un par de pequeños arbustos previstos en mi plan de emergencia y cuya separación de la orilla no distaba de los cinco metros. Eso indicaba que mi primer combate contra los ríos era victorioso, constituyéndose para mí en una extraordinaria experiencia, y entonces avancé orgulloso, cual Napoleón en la Campaña de Egipto, en busca de mis pertenencias de combate.

Mientras yo recuperaba el aliento y mi ropa, el característico golpe de los cuerpos en el agua y los insistentes chapoteos de brazos que luchan con impaciencia en medio del río, me indicaban que el resto de los camaradas, inexpertos nadadores también, estaban corriendo ya el pequeño riesgo de atravesar el enigmático río Los Remedios.

Adquirido mi completo y habitual aspecto de guerrillero, sólo pude contemplar dos escenas interesantes desde mi posición de vencedor: El Flaco, aterrizando de emergencia en un largo y resistente bejuco en el centro del río, y la imagen de Teodoro, quien aún encaramado en el árbol donde estaba sujeta la cuerda, miraba al río como si fuese un cuchillo amenazante

que lo esperaba para herirlo de muerte, en caso de que sus manos no resistieran el peso de su cuerpo.

Todo ello, en él estaba justificado plenamente, porque sin saber nadar, tendría que pasar colgado, contando sólo con sus brazos. Si por mala suerte caía al fondo de las aguas, era indudable que sería imposible arrebatárselo en su furiosa carrera. Pero ante la necesidad tuvo que apelar también a la audacia y a las seis de la tarde, cuando terminó la operación, estaba completando a los nueve que en la mañana desafiaran la furiosa velocidad del río Los Remedios.

A pocas horas de ahí, acampamos y resolvimos explotar el éxito de nuestra pequeña hazaña. Un rancho campesino, abrigado y deshabitado, se llenó de cruzadas hamacas y de la imponente voz del locutor deportivo Delio Amado León, quien transmitía esa noche el juego de béisbol entre los Leones del Caracas y los Tiburones de la Guaira.

Después de unos cuantos días de marcha, unas veces con el agua en la cintura, por el cruce de ciénegas que nos llevaba horas, y otras con el barro a las rodillas, llegamos a las inmediaciones de otro obstáculo insalvable: el majestuoso y anchísimo río Tocuyo. Como de 80 metros de ancho y, aún con su caudal cercano a la mitad de su capacidad, lucía imponente. Muchas son las veces que le había vencido, cuando se cubre de

bondad y permite que sus aguas, a lo sumo, le tapen a unos los hombros. De esta manera los equipos y armas se pasan a la cabeza y se puede caminarlo, pero ese día, el Tocuyo, aparentemente manso, bajaba enojado con su color café con leche y acariciaba a su paso a la rebelde caña brava.

Imponente, como siempre, aparecía orgulloso de frenar la osadía y la decisión de nuestros guerrilleros. Magolla, junto con dos combatientes más, construyó una balsa de troncos, que desgraciadamente resultó demasiado pesada y pese a su perseverancia tuvo que convencerse de la imposibilidad de pasar en ella armas y equipos.

Nos declaramos vencidos por ese día y suspendimos el empeño para el siguiente, sin embargo, siguió en pie la idea, casi general, de fabricar una balsa con troncos más livianos, cruzar los implementos primero y lanzarse a nado después. Yo no creía en esa solución, porque además de no creer en mi capacidad de nadador, la corriente era muy fuerte y desconfiaba de la efectividad de una improvisada balsa guerrillera. Muy poco fue el optimismo que aporté en este nuevo y audaz proyecto, tal vez porque la idea de cruzar a nado el Tocuyo me producía náuseas. Era indudable que el optimismo con que había enfrentado las aguas del río de Los Remedios, ya no me acompañaba, por lo que, como había que esperar al día siguiente, ansia-

ba que esa confianza pudiera reunirse conmigo antes que amaneciera.

Después de habernos dado un banquete con una reserva alimenticia, que para casos de emergencia teníamos escondida cerca del paso escogido, amaneció. Todos nos pusimos en movimiento para cortar los palos y bejucos necesarios para la fabricación de las balsas, pues decidimos construir cuatro, para así pasar todos en un mismo viaje hasta la margen opuesta y evitar el desgaste físico de tener que regresar. En poco tiempo tuvimos las cuatro balsas listas.

Los rostros en espera del angustioso, a la vez que emocionante, momento de cruzar, variaban de acuerdo a los conocimientos que cada quien tenía en ese menester y como sólo pocos sabían nadar bien, los rostros risueños no abundaban, prevalecía el rostro sereno, sí, pero preocupado. El entusiasmo para construir las embarcaciones rudimentarias fue enorme, más no así el de incluirse en los primeros viajes. En ello destacábamos Medina y yo, pues a la vez que hacíamos maravillas con los bejucos de cadenillo y las tablas sacadas de los palos de Guarura y Ceiba, forcejeábamos disimuladamente, como si estuviéramos en una competencia olímpica en la que gana el que se tire último al río.

Debo decir, en honor a la verdad, que zarpé en el penúltimo grupo de viajeros y forzado por dos hechos

determinantes: Uno fue que mi arma y equipo ya estaban del otro lado y segundo porque cuando fui a encaminar ese viaje, Sixto me cedió, deliberadamente y a última hora, su puesto. Lo hizo justo en el preciso instante en que la balsa entró en el punto crítico de partida, o sea, donde la corriente ya empezaba a tirar con fuerza. Mayor sorpresa para mí, que además de no tener pasaje reservado para ese viaje, tampoco estaba totalmente ganado psicológicamente para lanzarme a las turbias y frías aguas en pos de la victoria que necesitaba, cuando una derrota significaba la muerte.

¿Cuánto barro tendría que tragar antes de despedirme del maravilloso mundo donde tantos años he vivido y del cual no quisiera mudarme tan temprano? Debo decir que sí me entró un poco de culillo, pero no del malo, sino del que se llama justificado y, según algunos, de escasa circulación. Si la decisión de irme en ese viaje no fue producto de mis cinco sentidos, si lo era y muy firme, la de llegar sano y salvo a la orilla deseada.

Eran cuatro los conductores, y a la vez viajeros, que salían en cada balsa. En cada una se montaban solamente dos morrales y dos armas por viaje, para evitar que el exceso de peso hundiera la embarcación por completo. Cada quien debía disponer de una mano para sostener y sostenerse de la balsa e impulsarse con la otra. Si para un buen nadador es una tarea más que difícil, para los que no sabíamos mucho era,

sencillamente, una escalofriante aventura con sabor a naufragio. Sorpresivamente, nos encontramos en medio de un torbellino que formaba la corriente en el centro del río y pues tener que pasarlo nadando, después de mi primera y exitosa experiencia de días atrás, estaba dentro de los cálculos posibles, pero hacerlo impulsando una balsa, me parecía realmente una temeridad.

Aquellas aguas, que en su voracidad se habían tragado al inolvidable y querido camarada argentino Guillermo Lapp, me infundían de por sí un gran respeto, pero una vez en medio de ellas, la anchura se me multiplicó y tuve la desagradable sensación de estar nadando en las profundidades del océano sin divisar costa alguna. Lo determinante en esto casos es cortar a tiempo la fuerza que se concentra en su punto álgido y no dejarse arrastrar aguas abajo mucho trecho, pues las energías se agotan, el optimismo y la serenidad desaparecen y la desesperación, con cara y torpeza de pánico, entra en escena.

Empecé a desesperar porque llegara el momento de dominar esa funesta fuerza arrolladora, que cada vez nos alejaba más del punto de partida y no nos dejaba avanzar hacia el de llegada. En mis elucubraciones románticas me creía un vikingo tratando de salir airoso de un naufragio en alta mar, pero en las miradas del Flaco, Julio y Roso, adivinaba que mi cara refleja-

ba un llamado a la estampida. ¡No, no es posible! -me decía interiormente-, debe ser más bien un mensaje de confianza y entereza... debe ser una muda transmisión de ánimo. Pero por alguna razón inexplicable, ellos leían en mis ojos, mi creciente angustia.

Redoblé mis esfuerzos al comprobar que en vez de ser un estorbo en el viaje, mi ayuda era efectiva. De pronto la orilla se veía más alcanzable. ¡No sólo estaba cruzando el Tocuyo, sino que representaba un remolcador extraordinario! Si llego felizmente a la orilla ansiada -pensé con entusiasmo-, escribiré un relato sobre estos dos pasos de río.

La euforia empezó a inundar mi rostro, que seguramente estaba ya expulsando alguna palidez inoportuna. El anhelado contacto con la orilla, lisa y acariciante como la piel de una amada que regresa de un viaje prolongado, casi me obliga a sentirme un Rodrigo de Triana y gritar ¡Tierra!; pero me pareció más justo, y adecuado al momento, utilizar nuestro vulgar expresión de victoria y dije con estentórea voz: ¡Se cagó el mato en la cueva! y mi grito estremeció la montaña.

Parado en tierra y con mi equipo intacto, incluyendo el perfecto estado de mis libretas de notas y relatos, me sentía un Charles Lindbergh en su famoso aterrizaje en París, después de su hazaña aérea sin par. Calmado de mi delirio de grandeza, reparé en que

aún quedaban en la orilla contraria Teodoro, Sixto, Medina y El Flaco (quien había vuelto a cruzar con la balsa vacía) y algunos equipos. Aprecié también el agotamiento físico de Megolla y Roso, los titanes de ese día con más de diez cruces de río. A Teodoro por su incompetencia acuática, le esperaban momentos de verdadero terror, cuando en viaje fletado especialmente para él, se viera en medio de aquel monstruo fluvial que le amenazara con devorarlo al menor agotamiento de sus conductores. Teodoro era, sin duda de ninguna especie, la víctima más apetecible de ese día, Megolla y Roso eximidos de los últimos viajes, tuvieron bajo sus hombros la responsabilidad principal de su traslado. Contra todo pronóstico y cerrando los ojos como instinto natural del que espera un desenlace trágico, Teodoro llegó feliz a la meta, donde hizo un solemne juramento de aprender el arte de nadar.

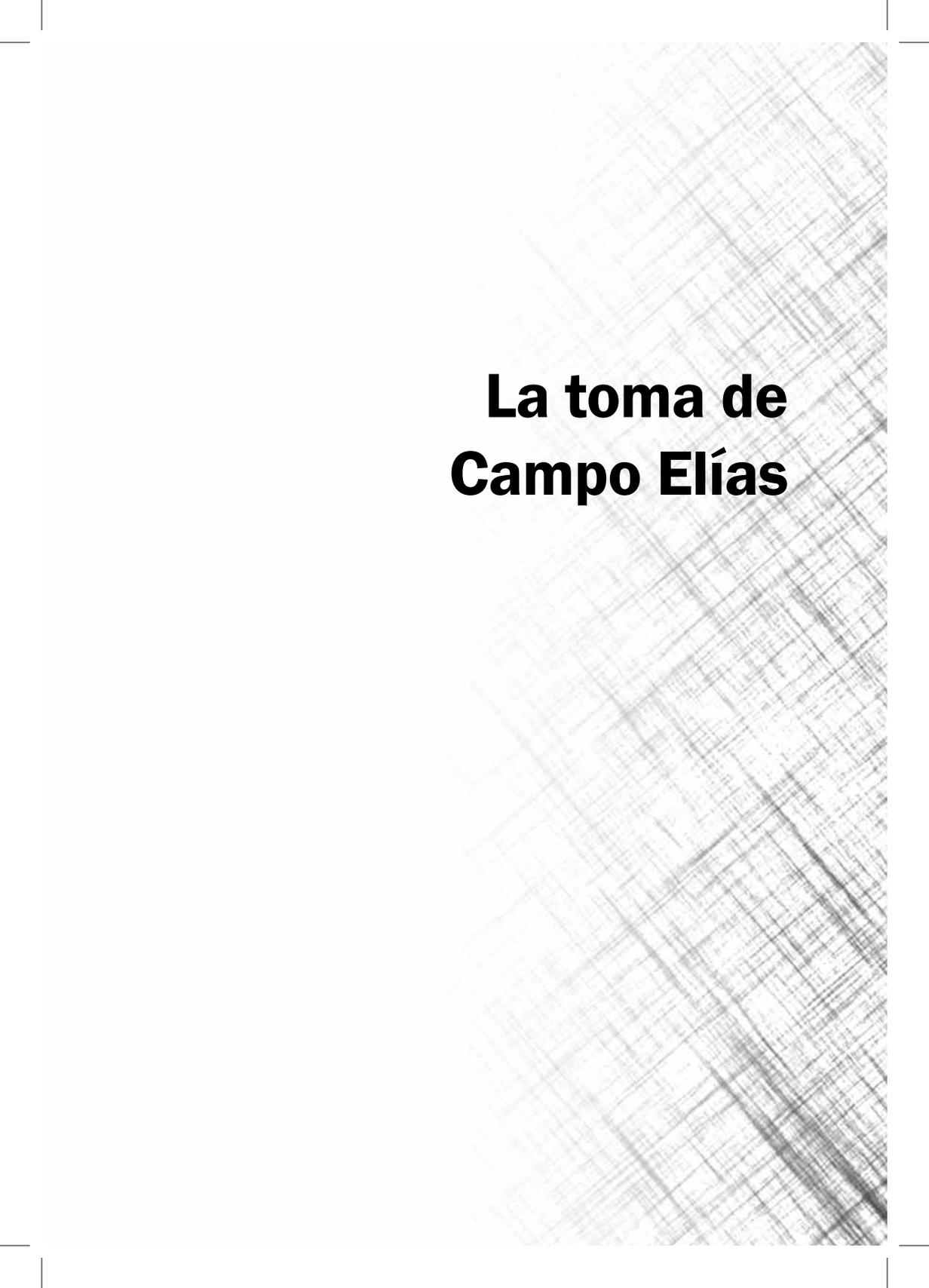
Faltaba tan sólo el último viaje, en el cual, sin sospecharlo nosotros, ocurriría el momento crítico y pintoresco de toda la operación de cruce. El Flaco, imitando la inocente tenacidad de Don Quijote y abusando en demasía de sus escasas dotes de nado, no sólo había realizado varios viajes, sino que además se aprestaba a reforzar este último. En el cual, Megolla y Roso, personajes claves en el desarrollo de la obra, acudirían con su cansancio a reforzar a Sixto y a Medina en el viaje que sellaría la victoria de nuestros esfuerzos titánicos.

Desde mi triunfal y cómoda posición en la margen derecha del Tocuyo, vi cómo la balsa, sobrecargada de peso, se hundía. De no ser por el esfuerzo continuado por sus impulsores, el río se la habría tragado para siempre. Al llegar al punto donde el río concentra sus mayores fuerzas, el agotamiento físico de los hombres claves se palpaba con suma facilidad. Sin embargo, sobreponiéndose al cansancio, con tesón y desmedido afán, lograron a duras penas dominar la zona crítica, aunque la distancia que aún los separaba de la orilla era, a todas luces, gigantesca para su ya escaso rendimiento. Vivimos momentos de angustia, una vez más. Sabíamos que soltar la balsa significaba perder los FAL y los morrales que allí venían. Los comprometidos nadadores también lo sabían y hacían esfuerzos desesperados por arrimarse a la orilla salvadora. Los más duchos en el nado lucían agotados y los que sabíamos menos, impotentes para remediar la situación, escogimos el camino más lógico: ganar la orilla. Mientras tanto, la balsa, ya sin sostenes efectivos, dio una voltereta y cuando parecía definitivamente perdida surgió la mano salvadora del Flaco, que ahora se parecía más a Don Quijote enfurecido con los molinos de viento. Jaló fuertemente, mientras Megolla, un poco repuestas sus melladas energías, se incorporó de nuevo a sujetar la zozobrante embarcación. El punto donde todos habíamos atracado se convirtió en un sueño irrealizable para ellos y las aguas del Tocuyo impusieron su capricho obligándolos a escoger forzo-

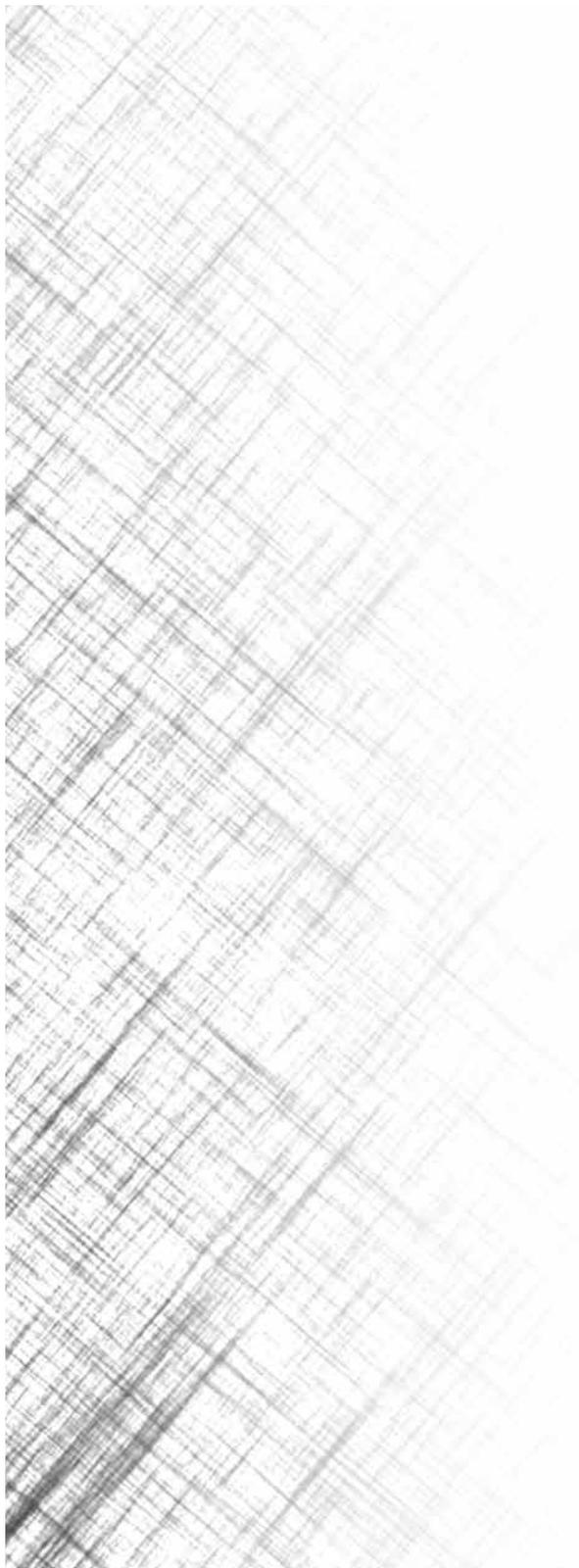
samente un punto más lejano. Fue entonces que la mayor parte de los que estábamos en la orilla nos lanzamos al agua de nuevo para prestar ayuda de última hora, pero efectiva. La proa imaginaria de la balsa, ancló con violencia en la pared arenosa de la margen y los osados marineros pusieron pie a tierra con gritos estruendosos de victoria. Se habían salvado las armas, por varios minutos en peligro. La proeza de cruzar el Tocuyo con improvisadas y rústicas embarcaciones estaba consumada. Un entusiasmo creciente se apoderó de nuestros espíritus. Este paso superaba al de “Los Remedios” y revivía frases alentadoras como: “Quien insiste vence” o “Audacia, audacia y más audacia.” Esta pequeña y significativa victoria contra la naturaleza, nos enseñó que el guerrillero debe ser perseverante, contumaz, osado y optimista.

Recuerdo que cuando íbamos en marcha buscando un sitio adecuado para acampar, repetí para mi conciencia una frase aprendida de alguna parte: “Quien no espera vencer está vencido”.





La toma de Campo Elías



Como es ya conocido, a finales del año 65 el movimiento revolucionario venezolano entró en una profunda crisis a raíz de los duros golpes recibidos en el oriente del país, que incluyó el allanamiento de la fábrica de armamento popular en El Garabato estado Miranda. El gobierno del pacto Puntofijista adeco-copeyano, desató una vasta campaña mediática a nivel nacional e internacional, cuyo propósito era anunciar el aniquilamiento de los Frentes guerrilleros en nuestro país. Muertos, presos, torturados, desaparecidos y delatores era el balance en el que se apoyaba la estrategia comunicacional triunfalista de la coalición liderada por Acción Democrática y Copei, para declarar en derrota la lucha armada en Venezuela.

Mientras esta estrategia inundaba los periódicos y los canales de televisión, a cuyo coro se sumaba la quejumbrosa autocrítica de Partidos y dirigentes de izquierda que consideraban llegado el momento para la rectificación, en las montañas de Yaracuy el tema en discusión era otro. En la Colonia Agrícola de Yumare en dicho estado, asiento del Destacamento “Felix Adam” o del Sur, como también se le conocía, se

encontraba la comandancia del Frente Guerrillero “José Leonardo Chirino”. Aquí se discutía la Campaña político-militar “Miguel Noguera” a fin de enfrentar la estrategia enemiga y moralizar al movimiento revolucionario en su conjunto. En esta campaña Baltazar Ojeda ejecutaría acciones en el norte del estado Falcón con el Destacamento “Elpidio Padovani” y yo lo haría en el estado Yaracuy con el Destacamento del Sur a mi cargo. Al finalizar dicha campaña Baltazar y yo viajaríamos a Cuba con un nutrido y experimentado grupo de combatientes para producir un desembarco por las costas del estado Falcón. Esta acción debía producirse inmediatamente después del desembarco de Luben Petkoff con combatientes del Ejército Rebelde cubano y cuya acción formaba parte también del plan de campaña “Miguel Noguera”.

El obstáculo principal para cumplir la misión encomendada a nuestro Destacamento radicaba en que el ejército antiguerrillero del TO-5, acantonado en las inmediaciones de Aroa, a escasos minutos de nosotros y que no había podido golpear a las fuerzas del Frente guerrillero “José Leonardo Chirino”, estaba iniciando un cerco final contra nuestro Destacamento. Colocados ante esta situación teníamos necesariamente que romper ese cerco y aparecer en un lugar lejano que nos permitiera actuar para neutralizar la estrategia mediática del gobierno. Es decir, nuestra salida del parcelamiento de la Colonia Agrícola de Yumare

tenía que ser silenciosa, nuestros movimientos totalmente inadvertidos y nuestro destino completamente ignorado por la inteligencia enemiga.

Así fue como una noche, afortunadamente lluviosa y oscura, partimos con la siguiente táctica: el primer trayecto para salir del cerco lo haríamos sorpresivamente en un camión 350 de un campesino militante de la base social, utilizando una carreterita abandonada que enlazaba con la carretera principal Aroa-San Felipe, la cual recorrimos por espacio de unos diez kilómetros hasta llegar a un paraje solitario frente a Cerro Azul en Aroa donde abandonamos el desvencijado camión. De allí en adelante marchamos a campo traviesa sin dejar rastros ni tomar caminos y sin ser vistos durante cinco largos y difíciles días de marcha hasta el destino final frente a la población de Chivacoa. Uno de los éxitos en este recorrido sin que el ejército lo advirtiera consistió en atravesar los caminos y los empinados cerros sin que un solo campesino nos detectara hasta llegar a la zona de Mampostal, frente a la población de Camunare, lugar donde existía una consolidada base social de militantes del Partido Comunista. En esta zona tuvimos que permanecer acostados en total reposo durante dos días para superar las dolencias de las rodillas afectadas por el subir y bajar la empinada serranía yaracuyana, que en la mayoría sobrepasan los 2000 metros de altura, además de tener que recuperar energías físi-

cas consumidas en una marcha donde media sardina o una cucharada de leche en polvo conformaban un almuerzo.

En este desnutrido caserío cafetalero de Mampostal, frente a la ya para entonces industrializada población de Chivacoa, elaboramos nuestra estrategia dentro de la campaña que llevaba el nombre de uno de nuestros mártires más queridos: Miguel Noguera. Escogimos la población de Campo Elías por su cercanía con San Felipe y Chivacoa y por estar casi encima de la misma carretera que va a Barquisimeto.

Ya recuperados del cansancio, del hambre y de las lesiones de las rodillas, comenzamos el plan: el negro Oswaldo, guerrillero campesino bien formado y con experiencia desde el primer foco que se instaló con Luben Petkoff en Cerro Azul, Aroa, fue nuestro hombre clave. Lo instalamos en una casa amiga dentro del pueblo, desde donde dirigió y realizó toda la labor de inteligencia y de reconocimiento del terreno. En una semana todo estaba listo para la toma de Campo Elías.

Como la acción se inscribía dentro de la estrategia de desmentir al gobierno, moralizar al movimiento revolucionario, golpeado duramente en el oriente del país, reclutamos a un voluntariado de más de veinte campesinos militantes comunistas de la zona y una

noche de cuarto menguante iniciamos nuestra aproximación desde Mampostal hasta Campo Elías y hacia la Prefectura que constituía el objetivo militar de la acción.

El primer obstáculo que tuvimos que salvar fue la larga espera del Prefecto, quien después de estar bajo nuestro control debía entregarnos pacíficamente, sin un disparo, la casa de gobierno local con su personal policial, como en efecto sucedió. Casi al amanecer llegó a su casa, después de disfrutar de una prolongada fiesta, a quien conminamos a que nos entregara la Prefectura de inmediato, después de comprobar personalmente el control total de la población. Al amanecer penetramos sin resistencia alguna al recinto policial, incautando el escaso armamento que allí había. Con la alborada aclarando los caminos, antes de emprender la retirada procedimos a una pinta política de cuanto muro o pared encontramos, menos la iglesia que por instrucciones precisas fue respetada y cuyo gesto nos valió elogiosas palabras de reconocimiento del párroco destacado en la Casa Parroquial. Con los rayos del Sol maromeando encima de los tejados, iniciamos la retirada con premura y no exenta de anécdotas y acechanzas. La policía de Chivacoa, ya movilizada en persecución de nuestro reforzado destacamento, tuvo tiempo de alcanzar la retaguardia y en medio de la confusión, Nacho Pirela, nuestro jefe de la retaguardia le pidió a un policía, confundiéndolo

con un guerrillero, que no lo apuntara con el fusil porque se le podía escapar un disparo, a cuya sugerencia el policía, más confundido aún y aterrorizado, obedeció disciplinadamente. En este primer encontronazo logramos contenerlos y confundirlos con relación a nuestra ruta de retirada y logramos acampar para dormir un poco en un conuco recién talado. En poco tiempo nos dieron alcance de nuevo para obligarnos a tomar con seriedad la retirada. De allí en adelante se impuso nuestro tren de marcha y nuestra capacidad de engaño en el terreno y nos dirigimos al sitio escogido. Este no era otro que la zona y la casa de Mano Monche, uno de nuestros guerrilleros campesinos a pocos minutos de la población de Cambural, entre Yaritagua y Barquisimeto. En realidad dimos la idea de que nos retirábamos hacia Duaca (Lara) para, tal vez, volver a Yumare. Por eso nunca nos rastrearon donde estuvimos instalados por espacio de quince días, pese a que estábamos a escasos minutos de Yaritagua, desde donde establecimos una efectiva y abundante vía de abastecimiento desde la capital larense.

De aquí, una vez constatamos el debilitamiento de la ofensiva enemiga, nos trasladamos hacia la carretera Duaca-Aroa, pero buscando, más bien, los límites de Lara y Falcón. Nuestra marcha era lenta y cansona como consecuencia del exceso de peso que adquirimos en los días inactivos y sobrealimentados. Para agili-

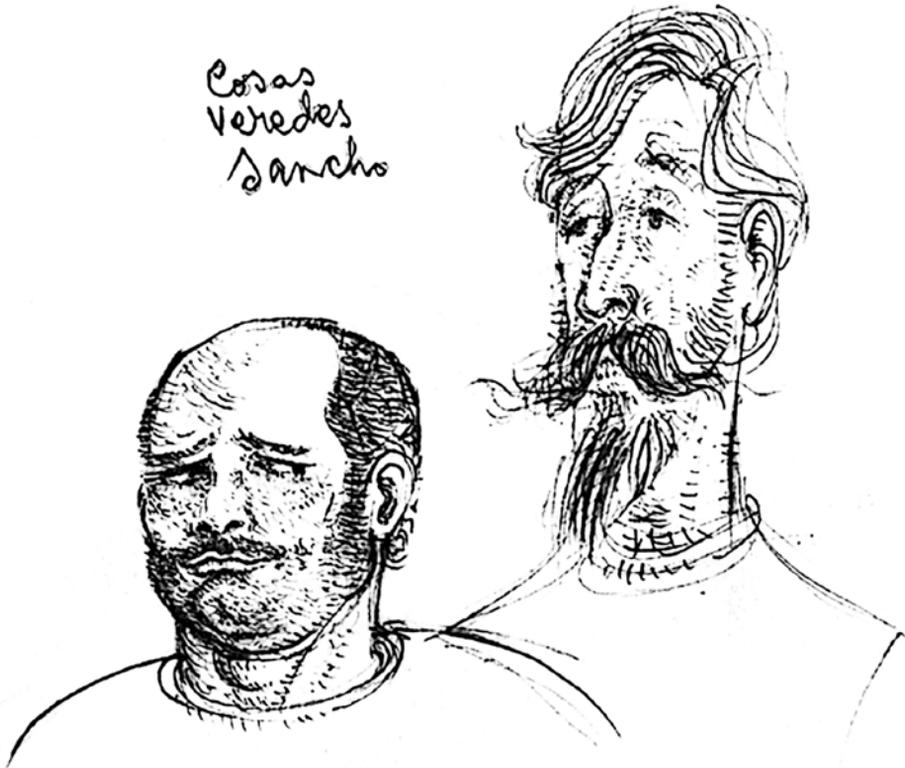
zar la marcha resolvimos, por primera vez, utilizar el vehículo a gasolina y en plena carretera despojamos a un conductor de su camioneta y proseguimos la ruta en una flamante pick-Up FORD F-100. Antes de llegar al cruce planificado para abandonar el vehículo expropiado y seguir a pie, una sorpresiva alcabala del ejército, buscándonos por donde no pensábamos andar, nos obligó a un aterrizaje forzoso acompañado de un inclemente y desmedido tiroteo de FAL, que nos fracturó el grupo en tres pedazos que reagrupamos días después en la zona de concentración prevista. Entre los primeros aparecidos estaba Alcides López, quien se comió en apenas dos días de dispersión, un morral completo de paledonias (catalinas) que habíamos confiado a su custodia en la última bodega donde abastecimos.

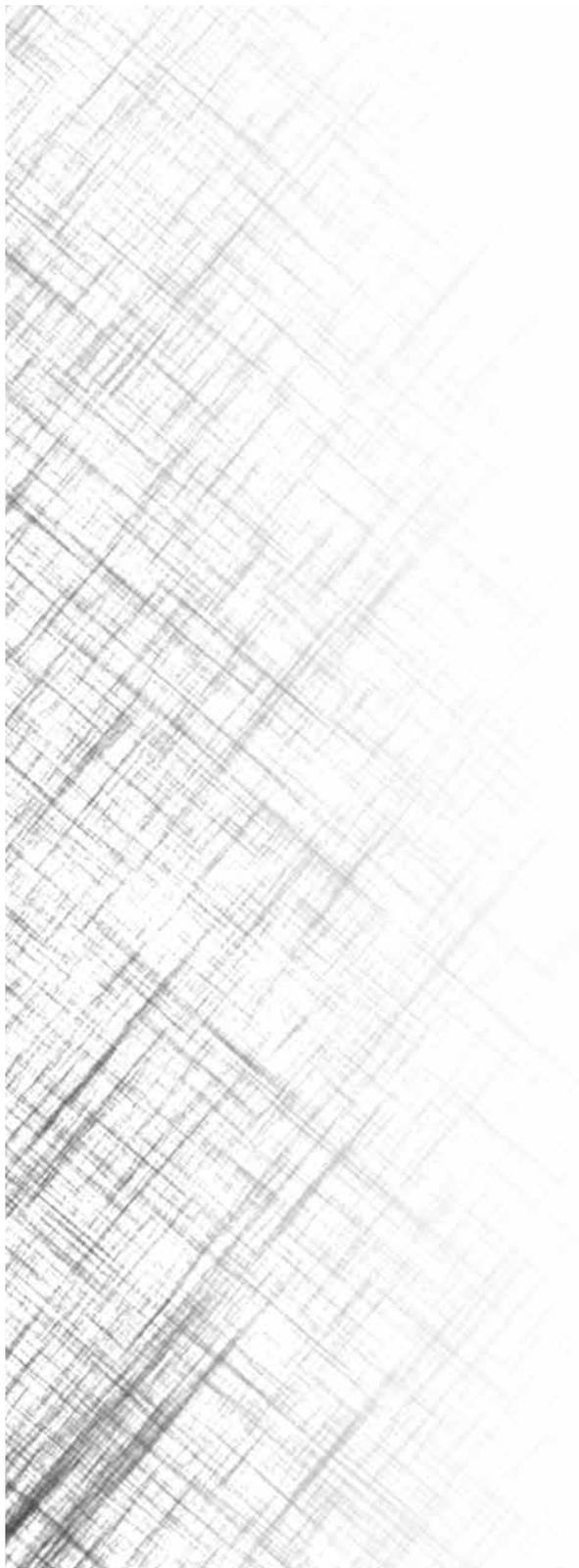
De esta forma, después de una habilidosa marcha en secreto y de una incruenta toma de una Prefectura terminaba el capítulo de la toma de Campo Elías, que cumplió con la misión encomendada en la campaña “Miguel Noguera”. Con el objetivo político logrado se desmintió la campaña contra el movimiento guerrillero, al revertir los titulares de la prensa que días antes favorecían al gobierno. La prensa titulaba al día siguiente de la toma de Campo Elías a favor del movimiento guerrillero: ¡50 guerrilleros fuertemente armados tomaron la población de Campo Elías a pocos minutos de Chivacoa! De paso des-

articulamos el cerco del ejército antiguerrillero del TO-5 contra nuestro Destacamento ubicado en Yumare, ofensiva que tuvieron que levantar cuando aparecimos entre San Felipe y Barquisimeto, muy lejos de la zona cercada.

El desembarco de cubanos en Falcón

Cosas
Veredes
Sancho





En el mes de junio de 1966, la columna guerrillera “José Leonardo Chirino” se encontraba acantonada y concentrada, por primera vez, en la Parcela 38 de la Colonia Agrícola de Yumare, en el estado Yaracuy, a escasos minutos en vehículo del Teatro de Operaciones (TO-4) que había sido instalado por el Ejército en las cercanías de la población de Aroa del mismo estado y a una media hora de las poblaciones turísticas de Boca de Aroa y Tucacas, en Falcón. En el transcurso de unos dos meses de concentración, habíamos superado varias inundaciones provocadas por los torrenciales aguaceros ocurridos en las cabeceras de montaña y eludido constantes patrullajes de inteligencia enemiga que pretendían precisar nuestra ubicación exacta, así como las características de nuestra inesperada y ya prolongada concentración.

En una madrugada del mes de julio de 1966, casi encima de la importante carretera Morón-Coro, unos setenta guerrilleros bien armados con fusiles FAL, esperaban un acontecimiento que estremecería el ámbito político latinoamericano y que repercutió -efectivamente- desde los salones de la OEA hasta las ofici-

nas del Kremlin en Moscú: el desembarco de catorce combatientes cubanos al mando del venezolano Luben Petkoff, en las inmediaciones de las poblaciones costeras de Chichiriviche y Tucacas en Falcón.

Para los efectos de bajar la presión que ejercían sobre nosotros los cazadores del régimen y distraer la atención enemiga en función del desembarco, el Frente coriano diseñó la “Campaña Miguel Noguera”, a desarrollarse en la sierra de San Luis y las montañas de Yaracuy. Desde la Colonia Agrícola de Yumare y con un destacamento de 25 hombres, yo me había trasladado desde un mes antes hasta las estribaciones de las montañas de Campo Elías, en Yaracuy, y cuya población tomamos exitosamente. Estando en esa posición, después de burlar el gigantesco cerco militar que el Ejército nos tendió para contrarrestar las acciones del Frente, se me convocó con todo el Destacamento del Sur para esperar el desembarco. Allí, en la Parcela 38 concentramos todas las fuerzas del Frente Guerrillero “José Leonardo Chirino” al mando de Baltazar Ojeda (fallecido posteriormente durante el secuestro de una avioneta en el aeropuerto de Maracaibo). La espera del desembarco se prolongó mucho más allá del cálculo previsto y en la creencia de que todo había fracasado, decidimos, por razones de seguridad, trasladarnos nuevamente hacia la zona de Chivacoa, tal como estaba previsto en el Plan una vez se produjera el desembarco.

Días antes de partir, en una noche de tormenta de relampagueantes truenos, un árbol cayó encima del rancho donde dormíamos Baltazar y yo. El pesado tronco atrapó a Baltazar y al lesionarle la columna vertebral hubo que sacarlo en camilla a la ciudad más cercana. Yo me encargué, a partir de ese momento, de la Comandancia del Frente. El 20 de julio de ese año 1966, partimos en la mañana, después del desayuno, buscando el río El Charal, cuyas márgenes de abundosa cacería, formaba parte de la ruta más segura para realizar con menor riesgo y mayor rapidez ese desplazamiento de fuerzas.

El primer día de marcha devoramos, como ocurre en la primera etapa del Tour de Francia, toda la parte plana del recorrido y cuando llegamos a la primera serranía, resolvimos acampar temprano para efectuar una reunión con el personal. En plena reunión, la ligereza del mecanismo de disparo de una metralleta “ZK“, que portaba El Loco Fabricio y que estaba recostada contra un macizo tronco de árbol, hizo que al caerse y golpear con el suelo, se disparara una larga ráfaga, que hirió a dos combatientes en el muslo y el tobillo respectivamente. Este percance trajo como consecuencia que la marcha se hiciera lentamente, por tener que transportar a los heridos a horcajadas e ir abriendo pica ancha para facilitar la penosa maniobra de los cargadores que se turnaban. El segundo día, observamos con sorpresa intensos bombardeos

aéreos de nuestra ruta, tan precisos que encontrábamos a nuestro paso profundos cráteres que iban dejando las bombas al caer.

En nuestro primer análisis, atribuíamos el fenómeno a la posible fuga de informaciones que hubieran delatado nuestros movimientos, pero ya en la noche, cuando reunimos el Comando de la columna, incluimos la posibilidad de que el desembarco se hubiera realizado y el bombardeo se debiera, más bien, a la persecución de esos camaradas. Un desvencijado radiecito Riviera, que había sobrevivido a la empírica curiosidad electrónica de Renán y a varios diluvios que vivimos en la Parcela 38, lo confirmó en la jacarandosa voz de Armando Pompeyo Martínez, de la emisión nocturna del noticiero Notirumbos: “Una fuerza invasora cubana es perseguida a través de las montañas de Yaracuy y Falcón...”

No había duda, el bombardeo se debía al desembarco y a partir de ese momento nuestra difícil marcha cambió de carácter. Colocamos en la retaguardia a los combatientes más experimentados y los alertamos de un posible encuentro con tropa amiga.

Al tercer día, bien temprano, levantamos campamento para emprender la marcha sin dejar, a diferencia del resto del recorrido, ninguna evidencia de nuestro acampamiento. Había cesado el bombardeo y de

acuerdo a nuestro plan de de recorrido en poco tiempo dejaríamos el camino que bordeaba el río. De allí en adelante, a campo traviesa, y para despistar tomaríamos por un largo trecho la dirección casi inversa, hasta un lugar en donde, por la existencia de condiciones especiales, podríamos tomar medidas para desorientar una posible persecución enemiga. Esto explica el estricto cuidado que observamos allí en borrar nuestras huellas reales y sembrar otras, de tal manera que si la tropa enemiga nos siguiera, le resultara difícil determinar el rumbo tomado por la guerrilla de allí en adelante.

Minutos antes de partir, la guardia de turno dio una alarma extraña: un par de cazadores, unos Rangers, armados con FAL y portando una cierta cantidad de dólares americanos, han caído prisioneros. Como complemento del informe se agregaba que los capturados, no habían opuesto ninguna resistencia y habían gritado, antes de entregarse en forma pacífica, que eran de la gente de Douglas. En el interrogatorio que les hice, me dijeron claramente que eran enviados por Luben Petkoff y que ellos no habían nombrado a Douglas sino a Luben. Podía tratarse de una confusión de quien estaba de guardia, pero no era seguro.

Al analizar los primeros elementos de esa primera indagatoria: dólares, indumentaria, acento cubano y facilidad de captura, entramos en sospecha de que se

trataba, efectivamente, de gente del desembarco esperado, el problema era cómo confirmarlo plenamente y sin contratiempos.

Ya en más confianza, los interrogué a solas y cuando les pregunté donde se encontraba Luben, me respondieron que esperaba un poco atrás para evitar un encontronazo con nosotros y que ése era el motivo de su arriesgada y voluntaria entrega. Afortunadamente contaba entre mis combatientes con un viejo guerrillero llamado Orozco, quien había estado con Luben en la primera experiencia guerrillera de Cerro Azul en Aroa, estado Yaracuy. Lo mandé a llamar para que se hiciera responsable de ir a encontrar y, en su caso, poder reconocer a Luben. Colocamos a los prisioneros desarmados delante de Orozco y otro combatiente que iban, bien armados, detrás. Lo decidimos hacer así, aunque a estas alturas, la fuerte tensión inicial, motivada por la posibilidad de que estos hombres fueran enemigos, había bajado, pues por la forma de su entrega, con sus armas a la banderola, habíamos llegado a la conclusión de que se trataba del desembarco que muy pocos de nosotros conocíamos.

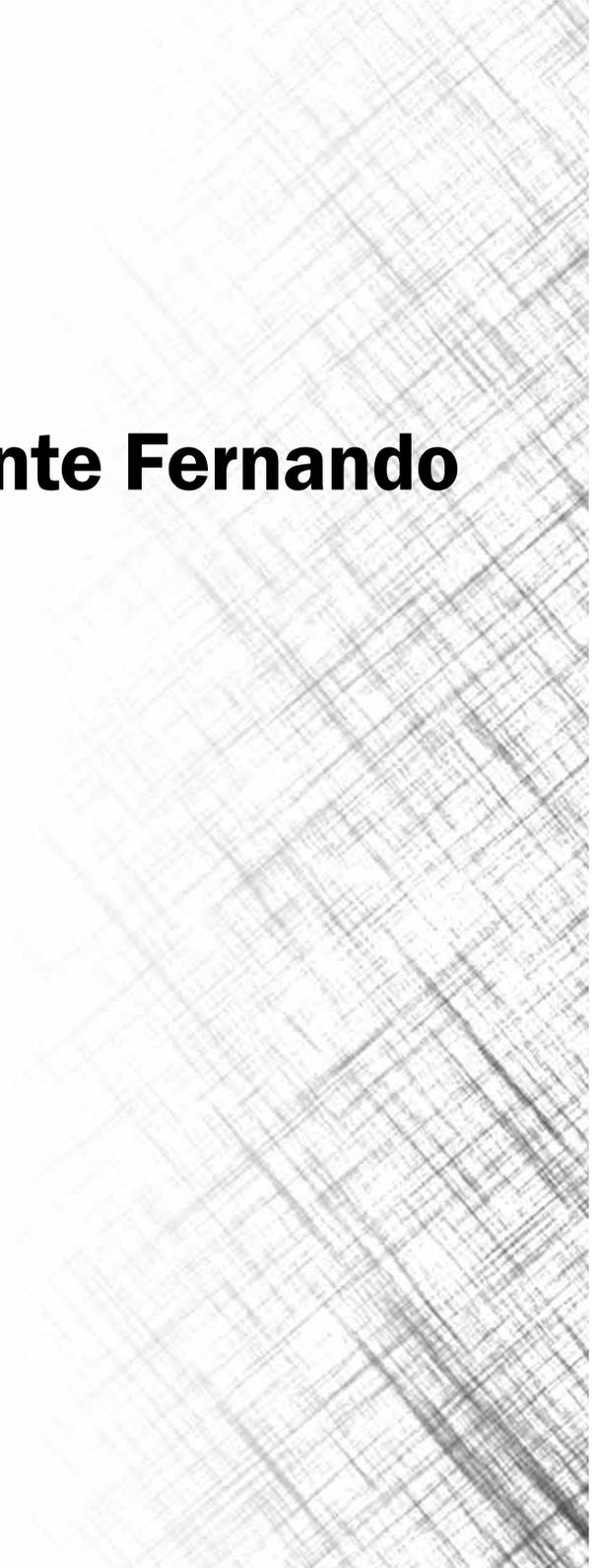
En pocos minutos regresó la comisión con Luben y el resto de combatientes cubanos. La confusión del encuentro se había producido porque el guardia de turno no oyó bien cuando, seguramente en perfecto cubano, le dijeron: somos de la gente de Luben. Ellos,

por su parte, no tenían dudas, pues habían analizado muy bien las evidencias que habíamos dejado en los campamentos anteriores y con la certeza de que los que marchaban delante de ellos era nuestro grupo, había decidido enviar dos hombres sin las armas en disposición de combate y con la guardia completamente baja. Con los aciertos de cada parte en analizar correctamente la situación y las informaciones que ambos grupos manejábamos, el encuentro, que hubiera podido ser de consecuencias catastróficas, se realizó de forma adecuada, como si se hubiera planificado de esa manera. Ese día, a esa hora y en esas circunstancias, resultó ser el momento perfecto para el encuentro, pues en menos de una hora, pese a la veteranía y la calidad del grupo invasor, no les hubiera sido posible seguirnos el rastro, como sí ocurrió en los tres días anteriores de marcha, ya que, como señalamos, era justo allí, en ese punto del río El Charal, donde tomamos medidas radicales para cortar cualquier seguimiento de los cazadores y estábamos por partir. El bombardeo de nuestra ruta fue mera coincidencia y se debió a que el desembarco, aunque exitoso, había sido descubierto y estaban siendo atacados. Nosotros habíamos dejado el campamento en donde los habíamos estado esperando, en la Colonia Agrícola de Yumare en Yaracuy, y resultó que estábamos en la misma montaña que ellos y por eso pensamos que el bombardeo era contra nosotros.

Este histórico encuentro, que selló de manera definitiva un desembarco exitoso y no menos histórico, se produjo no solamente por la ironía de abandonar, el Campamento, casi en el mismo momento del desembarco, sino por varias ironías sucesivas que conformaron el cuadro perfecto para un enlace incruento y sin traumas, digno de la capacidad planificadora del oficial alemán Otto Scorzeni. Sin embargo, resultaron ser los heridos inesperados, que redujeron, a la mitad nuestro habitual ritmo de marcha; el bombardeo, inexplicable para nosotros, la detección del desembarco por el enemigo y su difusión radiofónica, que nos alertó de nuevo cuando ya estábamos desmontados; el hecho clave de que nos alcanzaran justo en el momento en que nos disponíamos a cambiar de rumbo sin dejar rastro; y la ironía final de contar con un hombre en nuestras filas que pudiera reconocer, sin equivocarse, al jefe del grupo de internacionalistas recién desembarcados, Luben Petkoff.

Como un epílogo de reconocimiento al altruismo demostrado por este grupo de patriotas cubanos, como lo dijo Fidel Castro, cuando el gobierno adeco de Rómulo Betancourt lo acusó en el seno de la OEA, tenemos que recordar en este relato que además del venezolano Luben Pettkoff, vinieron en desembarco 14 revolucionario los cubanos. Este grupo permaneció en Venezuela combatiendo por dos años antes de regresar a Cuba y por las razones que explicaré en el capítulo siguiente.

El teniente Fernando





En el año de 1965 se inició la crisis definitiva del movimiento revolucionario. Por las puertas y claraboyas del cuartel San Carlos se escapaban los primeros indicios de una claudicación inconsulta y sorpresiva. El abandono de la lucha armada galopaba con premura en las mentes de una dirección que había sido incapaz de producir victorias y de conducir una discusión a todos los niveles que produjera una rectificación de rumbo con la participación de todos los involucrados. La decisión, precipitada y errónea, saldría a la calle con un disfraz elegante de ¡Repliegue! Los argumentos, tan ansiados por los vacilantes, los facilitó el enemigo con los golpes de suerte en el oriente del país, donde la traición, más que la habilidad del gobierno, facilitó la tarea de desmantelarlo todo.

En occidente, el Frente Guerrillero “José Leonardo Chirino” asumía la responsabilidad de evitar la estampida, moralizar al pueblo, desenmascarar la traición y confirmar la vigencia de la lucha armada. Para tales fines se planificó y ejecutó exitosamente, la Campaña “Miguel Noguera”, tanto en el estado Yaracuy, como en la sierra de San Luís en Falcón.

En medio de grandes dificultades arribamos al año 1966. Las fuerzas del Frente falconiano se movían en dos Destacamentos que nunca habían estado unidos; el Destacamento “Félix Adam” o “del sur”, que se movía desde el año 1964 en el vértice que forman los estados Lara-Yaracuy-Falcón, y el Destacamento “Elpido Padovani” o “del norte”, que abarcaba la serranía de San Luis y los llanos áridos de la Cruz de Taratara, Pecaya y Murucusa, en Falcón. Todos estos movimientos se producían mientras ya el enfrentamiento ideológico había diferenciado claramente los campos en pugna. Se planteaba para ese entonces la unificación de las fuerzas del Frente falconiano en una sola columna de combate, iniciar una Campaña de nuevo tipo y emprender la larga marcha que unificara las fuerzas de éste con las del Frente larense “Simón Bolívar”. Es así que en marzo del mismo año, recibimos órdenes de dirigirnos con todos los efectivos de nuestro Destacamento a la zona que comprende el valle de Yaracuy, concretamente a la colonia agrícola de Yumare. Usando una vía más rápida, una avanzada se dirigió al sitio previsto, mientras el grueso del Destacamento lo hacía siguiendo una ruta más larga, pero más segura.

Al llegar al campamento donde ya estaban las fuerzas del norte, me encontré con algunas caras conocidas: Manuitt, Baltazar, Félix Faría, Honorio Navarro, Chema Saher, Cuchufleta, El Turro y Alejandro Tejero (Marcos el español). Entre los desconocidos tuve

la oportunidad de conocer a Rafael Faría (hermano de Félix) y al teniente de las Fuerzas Armadas Nacionales, Nicolás Hurtado Barrios (Fernando). A este último camarada dedicaré el resto de este relato.

Escribir sobre quien compartió algunos momentos de su vida a nuestro lado en la lucha armada y que hoy se encuentra entre los mártires de ese intento revolucionario, no es tarea fácil, ni es tema muy agradable. Menos aún, si como dijera el Ché, la actividad guerrillera nos da “la oportunidad de conquistar el estadio superior de la especie humana...”, pues son muy fuertes y arraigados los sentimientos que nos unen con aquellos que hemos marchado juntos en las vicisitudes que depara la lucha guerrillera; con quienes hemos comido con la insuficiencia crónica de la vida en las montañas y compartido el rigor de las privaciones naturales de esa modalidad revolucionaria. Resulta incómodo y difícil, articular bien logradas frases de recordación sobre camaradas con los cuales balanceamos la posibilidad cierta de morir en la misma forma y lugar y la de triunfar, sumando idénticos esfuerzos y soportando los mismos sacrificios.

Haciendo una merecida y necesaria excepción, voy a relatar algunos episodios relacionados con la vida en la guerrilla de uno de esos hombres, que siendo su verdadero nombre Nicolás Hurtado Barrios, nosotros lo llamábamos simplemente Fernando.

Tuve la oportunidad de conocerlo en esos conflictivos días del mes de marzo de 1966, justamente en ese campamento de la Colonia de Yumare. Dicha reunión se debía a la necesidad de operar con fuerzas superiores a las acostumbradas y preparar la recepción del desembarco de Luben Pettkoff y catorce internaciona- listas cubanos.

Lo primero que se me quedó grabado y que todavía conservo, fue su abierta franqueza y su habitual estado de ánimo: eufórico, alegre y optimista. En esos días efectuábamos reuniones del Comité Regional de la Montaña del Partido Comunista (PCV) y de la Comandancia del Frente, en torno a las claudicantes tesis del repliegue que, como anestesia paralizante del movimiento revolucionario, salían en sucesivas dosis producidas por los vacilantes dirigentes reclusos en el cuartel San Carlos.

Nicolás, imbuido de una gran fe en la lucha armada, participaba en todas las discusiones como miembro de esos organismos y compartía con firmeza ideológica la posición principista de todos los cuadros del Frente falconiano. Dinámico y entusiasta, impartía sus clases de teoría militar a unos setenta guerrilleros concentrados en aquella reunión.

Recuerdo aún con mucha frescura, la manera sincera con la que Nicolás narraba su vida como militar regu-

lar de las Fuerzas Armadas Nacionales, de cómo se encontró a sí mismo y comprendió cuán contradictoria era su práctica de entonces, con su humilde extracción de clase. Su extraordinaria calidad humana lo llevó a una profunda autocrítica, la misma que finalmente habría de generar en él su radical pensamiento revolucionario. Su extraordinaria sencillez y su franqueza en las relaciones personales, lo llevaron en muy poco tiempo y en formas sorprendentemente intensas, a granjearse el cariño y el respeto de todos los combatientes de la guerrilla. Fernando adquirió muy rápidamente autoridad en el mando, al igual que el capitán Elías Manuitt Camero y Tulio Martínez, quienes también provenían de las Fuerza Armadas. También me impresionó su tersa e inmediata adaptación a una nueva disciplina, que en la guerrilla emana de la conciencia y que, a diferencia de los ejércitos profesionales, no se materializa a punta de amenazas y humillaciones. Puede decirse, sin equivocaciones, que siendo un militar de carrera, al incorporarse a la guerrilla, logró una adaptación mental y física muy rápidamente. Su innegable valor personal y su muerte en combate, son pruebas fehacientes de su franco abrazo y su entrega absoluta a la causa de lucha revolucionaria.

Pese al poco tiempo que nos tocó convivir, conservo de su amistad y trato cordial muchos recuerdos y anécdotas. En poco tiempo se sucedieron acontecimientos

que no podrán borrarse jamás de mi memoria. Antes de separarnos por cuestiones inevitables de las diferentes tareas que nos asignaron a cada uno, vivimos juntos la agradable experiencia de recibir la fuerza internacionalista cubana al mando de Luben Petkoff, en julio del año 1966 y de confeccionar y saborear los chistes correspondientes. Compartimos las difíciles y penosas tareas del caleteo de alimentos en lentas y difíciles marchas. Asumimos juntos la desagradable misión de caletear, en dificultosa travesía, a dos combatientes heridos y recibir en forma incesante el bombardeo y el ametrallamiento diario y por espacio de cinco días durante esa travesía. En aquella ocasión, antes de partir en marcha, saboreamos con Fernando los innumerables chistes que éste hacía en medio de un metro y medio de agua cuando se nos inundó el campamento de la Parcela 38 de Yumare, cuyo nombre de allí en adelante sería el de El Barrial. Uno de sus mas celebrados chistes se refería a cuando mano Yeyo, un campesino de Pueblo Nuevo de la Sierra, alertado sorpresivamente y a media noche por Fernando, de que algo raro estaba sucediendo, mano Yeyo sin esperar explicaciones, se lanzó de la hamaca hacia el suelo, por lo que estuvo a punto de morir ahogado por lo bajo de su estatura. En un incontenible ataque de risa, contaba Fernando que con la misma velocidad y destreza con que se lanzó al agua, retornó a la hamaca de un salto desesperado, pero a la inversa. Como mano Yeyo empezó a insultar a Fernando

por lo que consideraba una broma de mal gusto, Fernando le preguntó sin poder contener la risa: “¿Bueno, y quién carajo le dijo a usted que se tirara de la hamaca?” Igualmente en los momentos de apremio y dificultades la serenidad de Fernando estaba siempre acorde con su investidura y al grado de confianza que le dispensaba todo el personal. Las extenuantes marchas, a veces sin provisiones y con muy lejanas posibilidades de conseguirlas, contaban con el ingrediente alegre y jocoso de Nicolás. Las noches oscuras y cruzadas de hamacas guindando de los árboles escogidos a tientas para acampar, estaban siempre amenizadas con sus oportunos y bien confeccionados chistes de su vida revolucionaria, de su viaje a Viet Nam y los exámenes de urología en el país asiático, así como de su actividad en la cárcel y otras ocurrencias en su vida.

Las reuniones del Comité Regional de la Montaña y de la Comandancia del Frente, serias en su contenido, resultaban mucho más agradables con los intercalados chistes que constantemente hacía Nicolás. El buen humor le acompañaba hasta en los ratos más amargos de la vida en la montaña. Recuerdo que sólo tuvimos un ligero é insignificante altercado en cierta ocasión, en cuya solución inmediata jugó un papel importante su gran calidad humana y su fortaleza ideológica y moral que rechazaba cualquier signo de rencor. No cabe la menor duda de que desde su llegada a la lucha guerrillera, Nicolás empezó a trillar

el camino de los héroes. Nicolás fue ese tipo de hombres que nos duele mucho más su muerte, pues llegó para incrustarse en nuestros corazones a lo Miguel Noguera, Felix Faría, loco Fabricio y tantos otros que con imagen de Ché, han regado con su sangre generosa los amplios caminos de la lucha revolucionaria en nuestro continente.

Es comprensible entonces, que tanto a él, como a otros caídos en combate, nos hubiese gustado contarlos entre los sobrevivientes y no entre los mártires. Sus semillas germinan en Bolivia, en Colombia, Guatemala, Nicaragua, pero dejan un vacío tan grande en los pueblos que cuesta tiempo y esfuerzos volver a llenar. Esa cualidad especial de Fernando, su afecto personal, unido a su vertical posición ante la historia es lo que me ha convencido para escribir sobre su persona. Al hablar de Nicolás lo estoy haciendo de Miguel, Félix, Fabricio y muchos otros, que bien merecen unas cuantas líneas a cerca de su incalculable aporte al movimiento revolucionario en general y al guerrillero en particular. La fuerza de su ejemplo impulsará a quienes, poseedores de una mentalidad contraria al servilismo proimperialista de las Fuerzas Armadas, se mantienen en su seno.

La última vez que ví a Fernando, era jefe de uno de los cuatro pelotones de la columna “José Leonardo Chirino”. Fue en un caserío llamado Punto Rico, en las

cercanías de Cayures, punto limítrofe de los estados Lara y Yaracuy. Peruchito, uno de los combatientes cubanos llegados con Luben, a consecuencia de una vieja lesión en la columna y resentida por una caída reciente se iba inutilizando cada día más y ameritaba atención médica urgente. Este serio inconveniente y la necesidad de hacer contacto con la Comandancia Nacional, hacían inminente mi salida con el pelotón del Turro hacia otra zona más apropiada para enviar un emisario a la ciudad y sacar al cubano. En esos días, estábamos acampados en el cerro El Picacho, donde fuimos nuevamente bombardeados y ametrallados por aviones enemigos, pero sin consecuencias. Nicolás fungía como oficial de inteligencia y bajaba del cerro constantemente en busca de información acerca de los movimientos enemigos y también de provisiones, tareas que desempeñaba con gran eficiencia. Era sorprendente oír a Fernando retratar con detalles, imágenes y anécdotas la actividad de un caserío en unas cuantas horas de observación. Sus deducciones eran siempre exactas y reveladoras de su gran intuición para esta labor.

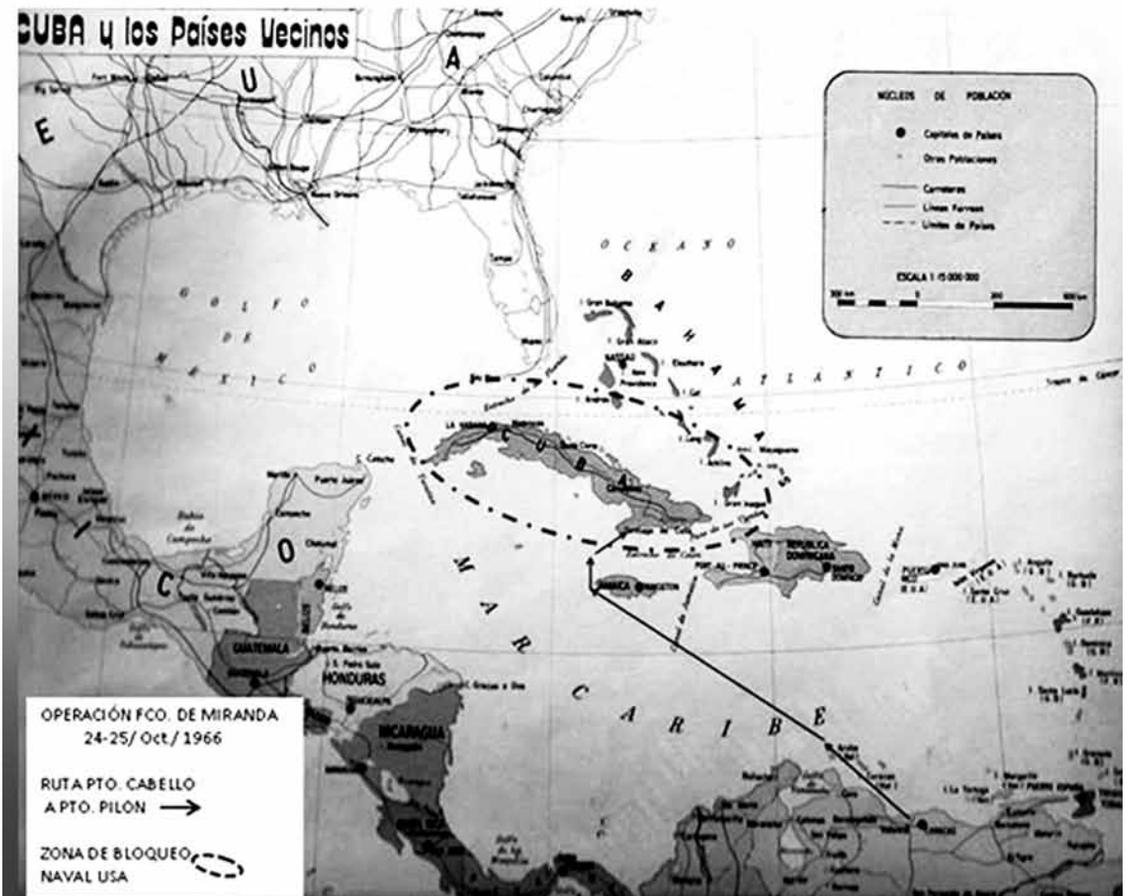
Así fue cómo una noche del mes de septiembre de 1966, nos despedimos del resto de la columna, entre ellos de Nicolás. Ya la incapacidad física del combatiente cubano era alarmante, estaba doblado totalmente e imposibilitado para caminar y mucho más para cargar sus implementos de guerra (fusil y morral). Con

él en una hamaca, emprendimos la marcha en una oscura y estruendosa noche de perros, marcha que duraría exactamente tres días, al final de cuyo recorrido nos auxiliaríamos con la mula de un campesino que llamábamos “Secretico”, por su forma misteriosa de conversar con nosotros. Por cierto que el cubano Peruchito regresó a su tierra, donde más tarde murió en un accidente de tránsito.

Después de esta despedida, no volvería a ver a Nicolás. En agosto salí para Cuba en una odisea marítima audaz y arriesgada y fue estando allá que recibí la desagradable noticia de su muerte en combate. Cayó en una emboscada nocturna tendida por el ejército enemigo, en el sitio conocido como Quebrada Amarilla, en los límites de los estados Lara y Portuguesa, cuando iba a cumplir una misión en compañía del negro Faustino y Capracio Medina (Emilio), también muerto posteriormente en una acción en el oriente del país. Fue precisamente Emilio quien me contó, a mi regreso a la guerrilla, de los pormenores de la muerte de Nicolás y del negro Faustino y donde él mismo había sido mal herido.

De Nicolás Hurtado Barrios, nos quedó el ejemplo de su intachable conducta revolucionaria y la huella indeleble de su paso por la guerrilla.

Operación “Francisco de Miranda”





En el mes de agosto de 1966, a menos de un mes del desembarco exitoso de los internacionalistas cubanos al mando de Luben Petkoff, por las costa de Tucacas y Chichiriviche en el Estado Falcón, la Dirección del Frente Guerrillero “José Leonardo Chirino”, decidió un viaje clandestino por mar a Cuba de aproximadamente treinta combatientes guerrilleros, quienes después de recibir atención médica y entrenamiento militar regresarían nuevamente a la guerrilla en las montañas de Falcón, debidamente reforzados con calificados oficiales del Ejército Rebelde cubano.

Después de la decisión, los preparativos comenzaron de inmediato con la designación de Baltazar Ojeda (Elías), Julio Chirino (El Cabito) y Gregorio Lunar Márquez (Goyo) como el Comando de la operación. Como responsable de la conducción marina fue designado el joven capitán de la marina mercante Raúl Villarroel y su ayudante mientras dos experimentados navegantes, del FAS Fernando Carriles (Omar) y (Alejandro) esperaban en La Habana para reforzar la operación de desembarco de regreso. Como medida inicial, fue alquilada y acondicionada una casa a

orillas de la playa en Puerto Cabello para la concentración de todo el personal que viajaría a Cuba y su posterior traslado a un cayó, (que por ironía estaba cercano a la Base Naval de Puerto Cabello). Como parte clave de la operación, fue escogido un pequeño pero excelente barco pesquero, propiedad de la organización, cuya quilla era, según opiniones de técnicos cubanos, tan perfecta que podía soportar los embates en alta mar del huracán más fuerte. La Isla grande estaba bloqueada por el gobierno del gigante norteño y se necesitaba para salir victoriosos una profunda convicción de cada participante para armar, organizar y coordinar todo el aparataje sin dejar rastro ni sospecha de lo que se estaba planeando. Este bien construido barco fue fondeado cerca del cayó escogido. Todos los combatientes que participarían en la operación fueron llegando por turnos previstos a la casa alquilada, desde donde serían transportados en grupos de tres o cuatro y en una pequeña lancha con motor fuera de borda al lugar previamente escogido. La idea era que antes de ser introducidos por grupos al interior del barco pesquero, estacionado frente a la playa del cayó, nos diéramos un champú de turismo al lado de los muchos turistas verdaderos, que por ser día domingo se encontraban por montones en el lugar. Cuando ese baño de “turista” hubo culminado, fuimos abordando sigilosamente y de manera inadvertida por los bañistas, a la bodega del barco pesquero, siempre en grupos inferiores a cinco. Yo

me quedé en el último grupo para comprobar que efectivamente no se había producido ninguna sospecha en los traslados anteriores, por los despreocupados veraneantes.

Cuando todos estuvimos dentro de la bodega de aquel barco sin nombre, pero con un destino riesgoso y comprometido, el aumento progresivo del ruido del motor central, nos fue indicando que estábamos en movimiento y que la operación “Francisco de Miranda” para viajar al territorio libre de América se estaba iniciando sin tropiezo alguno en una mañana esplendorosa del 24 de octubre de 1966. Ese destino incierto y lleno de riesgos tenía un nombre en el mapa de ruta: Puerto Pilón en el oriente cubano. No fue nada fácil eludir en esa travesía llena de acechanzas la inteligencia naval norteamericana y el propio dispositivo de seguridad del gobierno venezolano. Hubo que apelar al ingenio y la imaginación izando una bandera soviética repintada con mercurio cromo a fin de lograr el feliz aunque aparatoso y accidentado arribo a Puerto Pilón, después de eludir el criminal bloqueo y patrullaje norteamericano. A 43 años de aquel episodio, en cuyo transcurso han fallecido, en disímiles circunstancias, cerca de 10 de aquellos treinta hombres que desafiamos la inseguridad natural y militar en el Caribe podemos sentir el orgullo de haber cumplido con nuestro deber revolucionario y antiimperialista.

Durante el primer día de los cinco días que duró la navegación, a nadie se le permitió subir a la cubierta y sólo en la noche por pequeños grupos fue posible disfrutar de ese privilegio, observando que para despistar cualquier patrullero espía interesado, flameaba en el mástil una bandera soviética con la hoz y el martillo. Al día siguiente la tripulación fue más flexible y nos permitieron, de allí en adelante, visitar la cubierta por parejas durante una media hora en los días restantes que duró la travesía de Puerto Cabello a las costas del oriente cubano.

Durante el recorrido nos enteramos que no había ninguna coordinación para nuestra llegada, con las autoridades cubanas ni siquiera estaba definida la hora ni el sitio de arribo a las costas de la isla antillana. No teníamos una noción exacta del sitio donde debería atracar el barco pesquero, ni tampoco de la profundidad del mar al aproximarnos a la costa en la dirección que llevábamos; el único norte seguro era la Sierra Maestra, que por supuesto estaba ubicada en el oriente de Cuba. El cálculo del tiempo que necesitábamos, si no éramos descubiertos e interceptados por el enemigo en alta mar antes de tocar tierra, fue hecho por el capitán Villarroel con mucha exactitud: a razón de once nudos por hora, navegando sin parar las 24 horas, tardaríamos en llegar a suelo cubano cinco días. Así fue, exactamente, al quinto día, al atardecer, me tocó el honor de divisar antes que nadie, la Sierra

Maestra cuando aún era apenas una sombra en el horizonte, pero que en unos cuantos minutos de aproximación emergió frente a nosotros nítida e imponente.

Como esta era una aventura con rumbo definido pero sin punto de llegada preciso, bastó poco tiempo para que la ponderada y bien construida quilla del pequeño navío chocara violentamente contra los corales que a pocos metros de la vegetación de la montaña se veían claritos en el fondo de las aguas cristalinas. El encallamiento fue inevitable y en pocos minutos el barco se hundió hasta la mitad y terminó inclinado hacia su lado derecho.

Con una tarde que galopaba velozmente en contra nuestra hacia la noche, procedimos a prepararnos para evacuar a todo el personal y ganar la costa, enviando previamente una pequeña lancha a remos de avanzada con tres misioneros para hacer contacto en tierra, entre los cuales se encontraba un discapacitado por herida de bala en una pierna. Esa fue la salvación, porque de inmediato fueron hechos prisioneros por un batallón cubano de lucha contra bandidos que desde sus posiciones en tierra, había observado la maniobra. Al ser interrogados echaron el primer cuento de nuestra odisea y el oficial al mando, sin creerles mucho, envió una patrullera soviética conocida como Konsomol para abordar nuestra embarcación. Al llegar ante nosotros ya era de noche y desde lejos nos

alumbraron con un potente reflector y nos preguntaron si teníamos armas. Al contestarles afirmativamente, que poseíamos tres pistolas y dos revólveres, nos ordenaron que las mantuviéramos visibles en la cubierta, donde mantenían el chorro de luz implacable de los reflectores, mientras nos encañaban con dos ametralladoras punto 50. Hasta entonces se acercaron para tomar bajo su control nuestro encallado barco y llevarnos al puesto de mando de la unidad de guardafronteras y conducirnos al galpón militar donde tenían detenidos a nuestros tres camaradas de la avanzada y en donde hablamos con el jefe del Batallón. A él le explicamos de nuevo nuestra condición, así como nuestra misión y apelamos al único medio que nos entregó la Dirección nacional antes de salir de Venezuela: el teléfono de un funcionario de la seguridad cubana adscrita al Ministerio del Interior y se lo entregamos para que el mismo oficial cubano llamara. Regresó con una cara de muchos amigos y el trato que nunca fue hostil, pero sí enérgico y duro, cambió de tono y nos dijo amablemente que ya sabía quienes éramos y que sus instrucciones eran trasladarnos en ómnibus a la ciudad de Holguín, desde seríamos transportados por aire directamente a La Habana. Al aeropuerto de Holguín llegamos en la madrugada del siguiente día y como teníamos varios días de navegación por mar, el avión lo veía tambaleándose como si estuviera anclado en el agua.

Al llegar a La Habana, fuimos trasladados directamente a una casa de seguridad, donde nos visitó el comandante Fidel Castro en horas de la tarde. Muy emocionado nos dijo que habíamos desembarcado bastante cerca de donde él lo había hecho con el yate GRAMMA en 1956 y agregó elogioso: "... los revolucionarios que hacen estas cosas, son los que hacen las revoluciones". Con el mismo estado de ánimo y su acuciosidad característica, nos hizo muchas preguntas acerca de nuestra experiencia guerrillera y la reciente travesía. A Fidel lo volví a ver unos días después para darle formalmente el informe de la Comandancia de nuestro Frente guerrillero, donde se hacía hincapié en que, en el futuro, se enviaran combatientes cubanos de la calidad de Arnaldo Ochoa (Antonio) a lo que Fidel respondió: "*Antonio es uno de los militares mas brillantes del Ejercito Rebelde, hombres como él hay pocos en Cuba*". Después de hablar de cada uno de los combatientes que viajaron con Luben Petkoff a Venezuela, Fidel se refirió de manera especial a Orestes Guerra (Juancho), quien había sido punta de vanguardia de Camilo: "*A donde llega Juancho en el combate, otros combatientes pueden llegar, pero donde él se detiene, es porque nadie puede avanzar*".

Recuerdo también que en aquel segundo encuentro, Fidel nos recibió en bata de baño, pues acababa de llegar de un juego de Basketball, y no volvimos a verlo en muchos días. Ya instalados en el Campamento que

llamaban Punto Cero, nos visitó para probar nuestras destrezas en tiro al blanco con fusiles Aka M soviéticos, que ya dominábamos muy bien y con pistolas calibre 9 mm. Para mi satisfacción personal, salí muy bien parado de esa confrontación, que era para mí como participar por primera vez en una olimpiada y contra el campeón de tiro.

A casi un año de duro y riguroso entrenamiento, vino la marcha de prueba final que el mismo Fidel sugirió, organizó y vigiló. Con impedimenta semejante en peso a la que él siempre uso en la Sierra Maestra, su plan de marcha consistía en atravesar la histórica montaña cubana en tres días y llegar a orillas del mar oriental cubano. Nuestro grupo súper entrenado, tanto en Venezuela como en Cuba, hizo la marcha en apenas dos días, por lo que tuvimos que dormir a orillas de la playa mientras le avisaban al barco para que nos recogiera un día antes de lo previsto. Como ironía de la vida, con esa marcha se terminaron también nuestras tersas relaciones con la revolución cubana y se esfumaba el sueño de regresar a Venezuela por las costas de Falcón. La razón, una profunda crisis entre Douglas Bravo, Luben Petkoff y la dirigencia de la revolución cubana. A pesar de que todos los preparativos eran para regresar por agua a Falcón, yo había sugerido que el desembarco fuera aéreo, en un aeropuerto natural que conocíamos ampliamente en las llanuras de Falcón y que nosotros llamábamos

la sabana de Maluquito. En este planteamiento me apoyó el camarada Baltazar Ojeda, quien ya para ese entonces tenía una fuerte vocación de piloto, profesión que ejerció en sus últimas experiencias como guerrillero urbano. Me consta que a Fidel no le pareció mal la idea y prometió estudiarla. Sin embargo, eso ya era cosa del pasado.

Por rigor histórico, es bueno señalar que en esa crisis estaban ya envueltos, en mi opinión, dos elementos esenciales. El primero era la necesidad de una revisión política de la estrategia de lucha armada que ya para 1967-68 estaba en discusión en Venezuela, reflexión y consideración que emerge con mucha fuerza en América Latina con la muerte del Che en Bolivia. El segundo elemento decisivo en la ruptura fue la contradicción entre una estrategia militar de dispersión de fuerzas que seguía Douglas Bravo en Falcón y la estrategia de Fidel de concentrar la fuerza guerrillera en una sola columna. El diferendo entre la dirigencia venezolana y la cubana, condujo al relevamiento del grupo que desembarcamos por el oriente de Cuba y a la decisión de enviar a un pequeño grupo del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, (MIR) comandado por Moisés Moleiro y Pérez Marcano sin ninguna experiencia guerrillera, por las playas de Machurucuto, en los linderos de la montaña de El Bachiller, en el Estado Miranda. Independientemente del refuerzo de categoría, que significó la presencia

en este desembarco de los comandantes cubanos Raúl Menéndez Tomasevich y Ulises Rosales del Toro, la operación, a mi juicio, constituyó un error político y militar, con bajas lamentables por la parte cubana. La aguda crisis de relaciones, que terminó en ruptura total, llevó a nuestra dirección en La Habana a buscar apoyo en otros países, el mismo que conseguimos con un cargamento de armas de los coreanos y una aceptación de los argelinos para salir desde su territorio, si trasladábamos el grupo a ese país. Estos nuevos planes no fueron posibles debido al rompimiento de relaciones que existía en ese entonces entre Cuba y la República de Argel.

De cualquier manera, a pesar de que las armas coreanas llegaron a territorio cubano y la disposición argelina se mantuvo en pie, el sueño de regresar a nuestro país con el grupo bien entrenado y armado, para darle un nuevo impulso a la lucha revolucionaria (tal vez tardío y dentro a una táctica de lucha armada que venía languideciendo), terminó en una frustrante división de nuestro grupo en Cuba y en un regreso disperso a Venezuela por los caminos de Europa y El Caribe. Mientras esta diáspora ocurría en La Habana, en Venezuela el grupo de cubanos encabezados por Luben Petkoff, desprendido ya de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), se preparaba igualmente para regresar a Cuba por los mismos caminos de Europa. Yo siempre he pen-

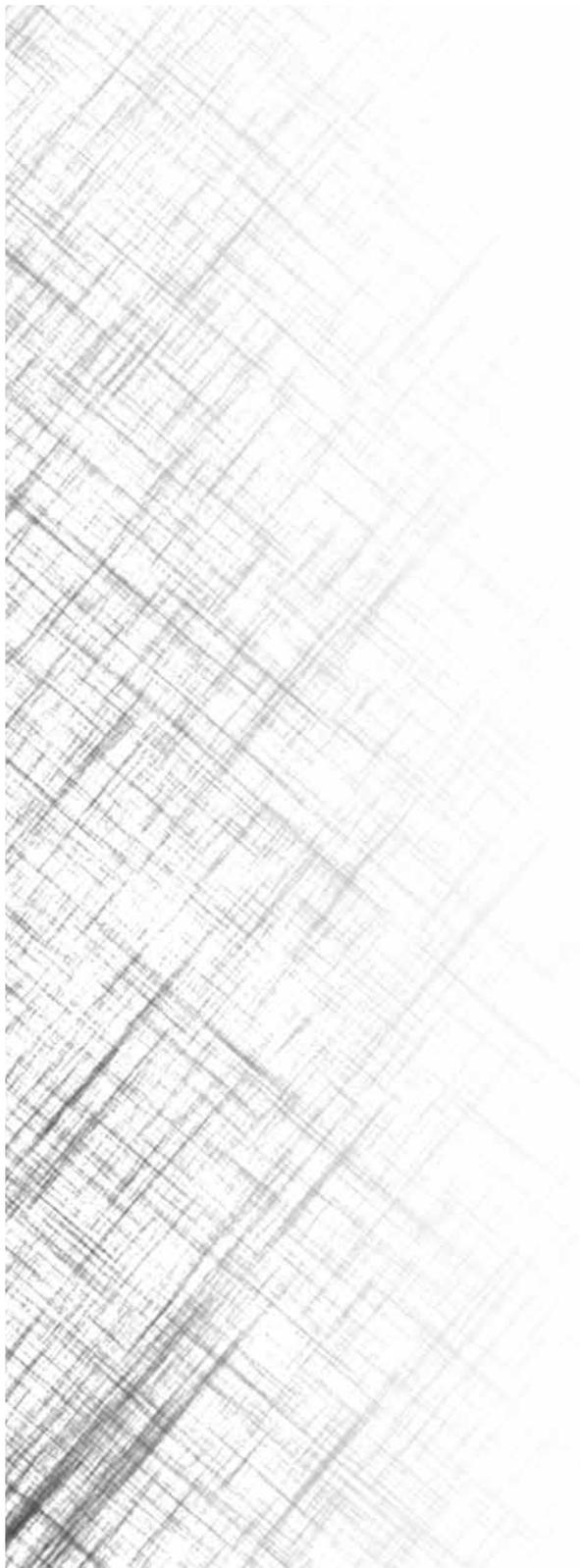
sado, que conociendo el aguerrido temperamento de Fidel y su temple, revolucionario, nunca descartó la posibilidad de autorizar inmediatamente la partida de nuestro grupo por las costas de Falcón calculando que lo condenarían irremediablemente, como lo hizo la OEA, tanto por una que por dos acciones revolucionarias. Si así hubiera ocurrido, yo y todo el grupo hubiéramos aceptado su pensamiento.

Dentro de este proceso irreversible de rompimiento de relaciones, en el mismo mes de octubre en que habíamos salido de Puerto Cabello hacia Cuba, pero ahora dos años después, partimos, en 1968, cinco guerrilleros con pasaportes falsos en el bolsillo y cinco pistolitas checas calibre 7.65, embutidas en maletines de mano en un avión Ilushin 18. Con boleto de Alitalia, volamos primero a Praga, luego a Londres y de allí a Milán, donde se agregó un quinto viajero. Este nuevo aventurero lo bautizamos como Víctor el chileno, quien gracias a su pasaporte francés, se convirtió en un excelente apoyo para nuestro plan de regresar clandestinos a Venezuela. De Milán pasamos rápidamente a la hermosa ciudad de Bologna, donde teníamos una célula de apoyo compuesta sólo por mujeres. Dicha ciudad, la conocimos ampliamente por los muchos días que tuvimos que esperar, hasta nuestra salida, vía Milán-Londres-Barbados, hacia Trinidad y Tobago. Este último país, fue el escogido para nuestra operación de infiltración clandestina a territorio ve-

nezolano, ya que contábamos con el conocimiento de amigos contrabandistas, duchos en el arte de contrabandear y con el extraordinario apoyo de un militante comunista chino que vivía ahí y quien respaldaría todos los trámites de nuestra nueva aventura de regreso a nuestro país.



El regreso tenso y victorioso



Un enceguecedor reflector, que cortó el agua en dos y en dirección a la playa solitaria, nos volvió a la realidad. En la penumbra, con movimientos nerviosos, esperábamos embarcarnos en una frágil y reducida lancha y abandonar el improvisado escondite que nos ofrecían unos matorrales, cercanos a un austero embarcadero. El escalofriante intento de localizar algo en la orilla, partió de una lancha patrullera del gobierno bastante grande y los seis hombres ocultos, un poco a la izquierda de la inoportuna luz, éramos guerrilleros miembros activos de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) de Venezuela, que tratábamos de incorporarnos de nuevo a la lucha guerrillera desde Puerto España en Trinidad. El nítido chorro de luz lanzado desde la patrullera, nos dio la dimensión exacta de nuestro intento: estábamos realizando una riesgosa -para no llamarla temeraria- operación de infiltración clandestina en nuestro país, en guerra desde los años sesenta, y cualquier falla de nuestra parte sería sencillamente fatal.

Nuestra zozobrante espera culminó, minutos más tarde, con la aparición repentina de otra luz, ésta ti-

tilante y débil, de linterna, que portaba un hombre que caminaba por la orilla de la playa hacia nosotros, sin que tuviéramos una idea exacta de quién pudiera ser. En breve, antes de echar a la mar la tambaleante embarcación, usada en el peligroso oficio de contrabandear quesos y whiskys, sabríamos que esa era la confusa y extraña manera del “capitán” del bote y su ayudante, de hacer contacto seguro con nosotros.

Esa noche, el mar lucía una de esas calmas poco habituales, que precede los momentos trágicos. Nuestros nervios, acerados en el combate, marchaban con increíble serenidad; propia de esos instantes en que la vida y la muerte están tan cercanas que hasta llegan a confundirse. El motorcito fuera de borda del pequeño bote, traqueado en el contrabando diario, atentaba contra esa serenidad de nervios, parándose tan de continuo, que llegamos a dudar del éxito de aquella aventura por los mares del Caribe. Esa primera noche de recorrido, que era decisiva para burlar la vigilancia enemiga, la vimos desaparecer con inmensa tristeza y un radiante sol, anunciando un día claro y peligroso, aparecía a ras de los aún tranquilos caños que desembocan en el mar Caribe. Horas antes habíamos encallado y el “capitán” de navegación nos había dicho, con inocente tranquilidad, que era preciso esperar a que subiera la marea para continuar. Obedientes y confiados en su veteranía, dormimos un poco, hasta el amanecer, cuando reemprendimos

aquella bien calificada empresa de aventureros. Un costear equivocado, de aproximadamente una hora, marcó el inicio del viaje esa mañana tensa, a la que se sumó otra, de regreso, en un recorrido angustioso e innecesario, aunque seguimos contando con la cómplice tranquilidad marina. Parecíamos estar llegando al límite de nuestra paciencia; al punto en que los nervios se escapan de la presión ejercida por la fuerza del hábito, cuando, ¡al fin!, logramos apuntar la proa hacia la zona escogida por los marineros para el desembarco. Lentamente avanzamos y ante nuestros ojos incrédulos divisamos un rancho de pescadores, ¡construido en medio del agua!, en donde fuimos recibidos con miradas maliciosas y escrutadoras. Eso sí, podíamos contar de antemano con la adelantada garantía del silencio cómplice de aquellos hombres, cuya actividad se desenvolvía también fuera de la ley. Después de conseguir un balde de gasolina, continuamos cortando las olas con aquel débil y destartalado motorcito, en un recorrido que constituía algo así como un capítulo extraído de los fantásticos viajes de Gordon Pim por las heladas aguas del Polo, nomás que con la tibieza del caribe.

Finalmente penetramos el caño a seguir, el cual se-
mejaba un ancho y solitario túnel lleno de misterios
y con la vista solamente abierta hacia el cielo y un
trazo corto hacia delante. La exuberante vegeta-
ción que flanqueaba nuestro paso, nos ofrecía sus ga-

lardones de deslumbrante belleza natural, pero a la vez nos prevenía -como severa advertencia-, de que si se presentaba alguna emergencia, su laberinto de manglares indescifrables para nosotros, nos tragaría para siempre. Sin embargo, la boca de lobo que nos engullía lentamente, y en cuyo centro la minúscula hélice dibujaba una excitante estela de agitada espuma, no nos hizo olvidar nuestro deber de “turistas” y al efecto una cámara MINOX, con rollo a colores, en manos de Leo, disparaba sin cesar hacia las márgenes repletas de manglares y de vez en cuando hacia nosotros mismos.

Yo viví el transcurrir de las lentísimas horas de recorrido con cierta calma, pues era mi segunda travesía por las aguas convulsas del Mar Caribe, ya que la primera, llena también de acechanzas, la había realizado con éxito poco más de dos años atrás. Otro de aquella histórica expedición fue Alberto, quien ahora, callado y vigilante, hacía contrapeso en uno de los lados de la flamante lancha.

La intrincada vegetación y la policromía del paisaje, cambiaron bruscamente la monotonía de alta mar y tuvimos la oportunidad de observar uno de los curiosos caprichos de la naturaleza: un canal caudaloso obstruido por cerradas filas de pequeños y extraños arbustos acuáticos, llamados “tapones” por los moradores de la zona. Los cuales se nos venían encima, en

un lento, organizado y repetido acto de ir a la desembocadura, como buscando, algunos, escaparse a las profundidades del Caribe y que, al dejarlos atrás, semejaban embarcaciones lejanas, confundiendo a inexpertos navegantes como nosotros. En las márgenes de aquel caño maravilloso podía apreciarse, de tanto en tanto, la injusticia de siglos reflejada en la miseria y el abandono de los casi desnudos indígenas, que en número significativo aparecían como emergiendo de la maleza misma y exhibiendo en sus rostros de angustia la verdadera faz de un sistema injusto y condenado a desaparecer. Su precaria situación era un rotundo mentís a las “grandes y famosas” obras de caridad pregonadas por los misioneros religiosos, que en su mayoría no eran más que predicadores falaces, pero eficaces e inescrupulosos comerciantes de la miseria de ese mundo ignorado.

La gigantesca y nutrida caravana de arbolitos flotantes, nos obligó a echarnos a un lado y tirar anclas en un rancho indígena abandonado. Ahí, el Flaco, sacando a relucir un patriotismo exagerado y en un espontáneo acto de veneración, inclinó su larguirucha estatura y depositó con devoción un beso al terruño amado, en señal de alegría por tocar tierra firme. Después nos enteraríamos que el pedazo de tierra donde quedó estampado el ósculo del Flaco no formaba parte de tierra firme alguna, sino de una minúscula islita de un complejo de caños unidos entre sí. En ese paraje, co-

mimos un pescado asado —excesivamente salado y escasamente cocido—, mientras continuamos apreciando el paso embrujante de aquella especie de sepelio —por lo callado y majestuoso—, o de algo así como una silente manifestación de protesta que iba a expresar sus puntos de vista a las puertas del mar y que regresaría luego, obligada por la furia represiva del repentino subir de la marea.

Después de compensar la repugnante salmuera del pescado con la ayuda de un pote de leche condensada, y una vez que se hubo alejado la muda e impresionante masa de uniformes arbolitos flotantes, vestidos de un verde intenso, reanudamos la difícil marcha acuática. De allí en adelante, tuvimos que enfrentarnos a otros inconvenientes y acechanzas imprevistas, que nos hicieron pasar momentos de verdadera tensión. La gasolina, mal calculada, anunció su fin con un estentóreo y convulsivo aleteo del motor, quedando irremediablemente paralizado y silencioso. En un acto reflejo miré mis brazos y comprobé con amargura que no estaban hechos para remar, y menos para impulsar dos remos a la vez. En un breve vistazo a los demás compañeros comprobé que no estaba solo en aquella lamentable ineptitud marina. Teníamos nada más que la férrea voluntad de vencer, pero resultaba insuficiente para los largos y pesados implementos de impulsión que aparecieron a ambos lados de la pequeña y ahora “gigantesca” embarcación. El “capitán”

del navío, arrancó de primero con aquellos lentos y angustiosos tirones de remos, que hacían avanzar con más rapidez los efectos agotadores del esfuerzo, que la embarcación misma. ¡Cómo valoramos la gasolina en esos momentos! Con increíble claridad, sonaba en mis oídos el potente chorro de las modernas estaciones de gasolina de mi país, o de cualquiera otro donde el furioso valor del petróleo haya atraído la “buena vecindad” de los norteamericanos y sus compañías petroleras. Sin embargo, otra era la realidad, allí no había nada de eso, ni siquiera esa característica de la repugnante presencia de los yanquis. Había que seguir a pulmón limpio y dejarse de añoranzas inútiles. Solamente uno de nosotros, Víctor el chileno, pescador submarino y con recientes ajetreos de mar, pudo ayudar en nuestro afán desesperado por llegar esa misma noche a la primera casita, amiga de los conductores de nuestro potente yate y donde ellos presumían que podrían conseguir algún traguito de gasolina. Todo fue en vano, pues la marea –que nos ayudó a remontar cuando subió-, ahora que bajaba, nos impedía avanzar. En medio de aquella noche, intensamente oscura y criminalmente infestada de zancudos gigantes, rodeados de “tapones”, que ya no sabíamos si iban o venían, anclamos hasta un nuevo amanecer. Fue hasta entonces, y a duras penas, que llegamos a la ansiada casita, donde la única ayuda generosa fue indicarnos la dirección que debíamos tomar para salvar la distancia entre nosotros y el bendito com-

bustible. El regreso del “capitán” con la gasolina, vino acompañado con una noticia desalentadora: la Guardia Nacional y la Digepol (hoy Disip), andaban patrullando los alrededores en busca de un prófugo que el día anterior había asesinado a una señora para robarla. Lo escasamente armados, la desventaja del terreno y lo desigual de un combate, nos pusieron la piel de gallina. Un inminente, cuan inesperado, encuentro armado –cuya posibilidad creíamos remota en nuestros cálculos de viaje- hubiese dado apreciable ventaja a la fuerza contraria.

A su regreso, Keny, que así se llamaba el trinitario capitán, un muchacho simpático, orgulloso representante de la raza negra y curtido en el arte del contrabando, para ayudarnos a continuar el viaje trajo consigo a un receloso y preguntón colega suyo. Fue inevitable enfrentarnos a su curiosidad e interrogatorio, por cuanto era necesario que nos siguieran tomando por contrabandistas. Hasta allí, ninguno, de los pocos que nos vieron, había dudado de nuestra fachada de traficantes ilegales de cosméticos. Sólo este “pescador”, ducho en el oficio del mercadeo clandestino entró en sospechas, no obstante su ofrecimiento de ayuda y su ruego de que confiáramos en él. Era evidente que no se había tragado el “anzuelo” y su malicia fue aumentando en la medida que conversaba más con nosotros y nuestras coartadas se venían al suelo. De cualquier manera, necesitábamos de al-

guien que nos ayudara a seguir por tierra y si él no lo hacía, estábamos irremediablemente perdidos. Sin embargo y tal como lo temíamos, a su regreso de chequear la ruta, nos confesó su imposibilidad para conducirnos, aduciendo que la Guardia y la Digepol, aún andaban buscando al asesino. Tal vez no fuese cierta su excusa, pero la sospecha acertada de que éramos guerrilleros entrando al país, lo asustó demasiado.

Esa noche, sin poderlo evitar, dormimos en el interior de su casa y puedo decir sin exageración alguna, que es una de las noches más desagradables y de mayor tensión nerviosa que he soportado desde mi incorporación a la lucha guerrillera. Me sentía preso, acorralado como un animal cualquiera, a quien sólo basta taponarle la boca de la cueva para capturarlo. La sensación era consecuencia de la actitud suspicaz del “amigo”, de que esa misma noche redactó y envió una carta a un familiar, de sus constantes preguntas capciosas y de la comprobación que hice, de que había amarrado, por fuera, la puerta con un cordel, ignorando por supuesto, que estábamos armados. Tal situación me llevó solicitarle, con la argucia de una necesidad fisiológica, que abriera la puerta. Quería sentirme libre, con un campo amplio de movimientos para defendernos en caso necesario. Pensaba en los contrabandistas, que en esa misma casa, habían sido detenidos una noche en época reciente, según confesión ingenua de nuestro “protector”. Me sentía tan a gusto en el patio de

la casa, que pensé quedarme afuera, pero una nube de agresivos zancudos me obligó a regresar velozmente la ratonera. De todas formas permanecí despierto, atento al menor ruido y me tranquilizaba saber que la puerta estaba sin amarras. De que yo estaba nervioso, lo estaba, pues me era inaceptable el hecho de que nos pudieran capturar allí sin hacer nada, sin la oportunidad, aunque fuera, de defendernos. ¡Qué tristeza morir de esa forma tan pendeja! –pensaba; ¡Todo guerrillero muerto sin combatir debe sentirse incómodo en la sepultura...! ¡Qué amargo el momento en que se tiene un arma y no poderla usar o, en todo caso, usarla sin posibilidades reales de escapar con vida!... Seis muertos, allí precisamente, y sin poderle disputar la vida... ¡Cuántos momentos mucho más peligrosos que ese, y morir en ese lugar justamente!... Así es la lucha: casi nunca coincide la importancia del sitio en que se cae con la importancia de la vida del revolucionario.

Mi vigilia esa noche fue permanente. Llamé al Flaco y le manifesté mi inquietud por las constantes salidas del dueño de la casa, y dueño también en esos momentos de seis vidas, tal vez valiosas. Comprobé que el resto de compañeros dormían, y algunos, hasta plácidamente; sólo Alberto me acompañó en mi estado de alerta, pero tan callado que pareciera que también dormía. Los que dormían no habían calibrado lo peligroso de la situación y yo –reconozco- la llevé hasta la

exageración. Pero era mejor así, porque al menos se sabe de lo que se muere y el revolucionario en armas no debe dejarse sorprender jamás.

Al amanecer, me sentí reconfortado, relajado, sereno y disipadas algunas dudas de la noche anterior. La mañana era linda, extraordinariamente hermosa, tal vez por haberme hecho la idea de no ver un nuevo día. Saltamos de la dura e inclemente cama del suelo, tan pronto aparecieron los primeros rayos del alba. Nuestra situación, aunque varió un tanto, no dejaba de presentarse complicada, pero con un poco más de campo para prolongar la vida en caso de una delación. Rodeados de agua por todas partes, menos por arriba, éramos y estábamos, en términos geográficos, en una isla. No conocíamos la zona en absoluto, ni a la gente, y además, porque cualquier retirada posible tendría que ser en lancha y en ese caso ya no dispondríamos de ella. No teniendo allí ningún valor nuestro honroso distintivo de guerrilleros, que nos hubiese podido servir para forzar una solución razonable, resolvimos no identificarnos y echamos marcha atrás. Ese mismo día, sin esperar el desarrollo de nuevos e imprevisibles acontecimientos, acordamos regresar al punto de partida. Otra alternativa no era posible, sólo nos quedaba ganar tiempo e intentar un nuevo desembarco victorioso. De tal forma que, en la tarde, ya estábamos volteando la proa para hacer la misma ruta al revés. Con nosotros viajaba un pasajero adicional,

quien sabiendo que íbamos para su tierra, pero desconociendo lo peligroso de nuestra compañía, había pedido un pasaje en nuestra embarcación para arreglar asuntos personales.

Aproximadamente a las seis de la mañana del cuarto día de nuestra aventura y gracias a la decidida colaboración de Keny, pisamos de nuevo territorio extranjero. A Keny nos lo habíamos ganado políticamente, llegando a tal grado de confianza que le revelamos nuestra identidad revolucionaria y pudo así saber que estaba ayudando a miembros de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional de Venezuela (FALN) Después de esta confesión, su disposición fue más entusiasta.

Parados frente a la playa, nos sentíamos como expulsados del seno del mar al ver la furia con que éste lanzaba su oleaje hacia nosotros. Con nuestros equipajes listos, esperábamos confiados el regreso del recién captado, quien a su vez fue en busca de otro amigo suyo, chofer de plaza, para conducirnos al centro capitalino. De producirse su llegada, todo habría concluido felizmente y estaríamos dentro unas horas confundidos entre los miles de turistas extranjeros, que deambulan por calles y plazas de Puerto España. El ruido acompasado de un motor que aminoró la marcha, era señal de que estábamos llegando al final de nuestra operación frustrada.

Keny había sido puntual y actuado con la lealtad prevista por nosotros.

Cautelosos y optimistas abordamos presurosos el automóvil, un fordcito bastante envejecido y conducido por un resuelto y cariñoso lugareño, quien soltaba de vez en cuando algunas frases en español. La mañana, brumosa, parecía formar parte de un plan, cuidadosa y perfectamente elaborado, debido a que empezó a caer una llovizna fuerte, acompañada de una tenue neblina que empañaba el parabrisas del desvencijado taxi. Como hábito inviolable de observación, pasamos las manos abiertas en los cristales traseros y laterales donde quedaron círculos pequeños libres de empañadura, permitiendo la visibilidad. El resto de los cristales los dejamos tal como estaban, a fin de que nos sirvieran de perfecto y aconsejable camuflaje. Cuando alegres y confiados nos deslizábamos ya por la carretera asfaltada, que escasamente nos separaba de la primera población de importancia, por los improvisados miradores vimos que un carro civil, que marchaba en sentido contrario, se detenía bruscamente después de pasar por nuestro lado y un “policeman” hacía apresuradas indicaciones de que parásemos la marcha. Instintivamente reaccionamos en cadena y como movidos por un conductor eléctrico que accionara simultáneamente nuestros cerebros, le dimos al conductor órdenes terminantes de continuar, justo cuando éste, atortojado, preguntaba qué hacer. Fue

fácil apreciar el segundazo que reemplazaba la débil tercera que en esos momentos impulsaba la transmisión y la rápida combustión del vehículo no se hizo esperar cuando nuestro decidido chofer apretó a fondo el acelerador. Datos, confusos unos y desechables otros, chocaban con meteórica velocidad en nuestras agolpadas mentes, obligadas por las circunstancias a elaborar una acertada explicación que facilitara tomar una relampagueante decisión. La conclusión fue: la policía intentó detenernos por contrabandistas o posiblemente –remota posibilidad- en antecedentes de nuestra subversiva identidad.

En nuestro país somos hombres condenados (?); donde sabíamos que nuestra única posibilidad de sobrevivir en condiciones similares, era la defensa activa y resuelta. Donde ninguna autoridad debe ponerle la mano encima a ningún combatiente armado que cuenta con mínimas posibilidades de repeler el ataque. Y nosotros éramos todo eso, salvo que estábamos en casa ajena. Sin embargo, como los principios de libertad y los nobles intereses por los cuales luchamos, no varían por el territorio que se pise, nuestra decisión terminante y sin discusión fue: que venderíamos cara nuestras vidas y defenderíamos hasta la última bala nuestra libertad, empleando con justo derecho nuestra experiencia guerrillera para resolver favorablemente nuestra embarazosa y comprometedor situación.

En una curva favorable y ordenado por nosotros, el chofer paró el vehículo, en seco, de un brusco frenazo y como si hubiéramos ensayado repetidas veces nuestros movimientos, tomamos las maletas correspondientes a cada uno sin entorpecernos entre sí y abandonamos el taxi. Ahora sí se justificaba cargar armas y pese a lo complicado de su uso en ese territorio, las empuñamos para accionarlas sin vacilación en caso necesario. Las consecuencias de nuestra decisión, serían materia a discutir en el momento en que existieran condiciones para ello. En ese instante, sólo estábamos en condiciones de defender el derecho de ser libres y de la única forma posible: ¡peleando! A espaldas del lugar donde nos metimos, y como invitación solemne a la rebeldía, nos saludaba acogedora una minúscula, pero tupida montañuela, y hacia ella encaminamos nuestros pasos, indecisos por desconocerlo todo, pero confiados de que en ese terreno teníamos, al menos, la pelea empatada. Dos años y pico alejados de la actividad guerrillera no eran la mejor garantía para salir airosos, pero en seguida acudieron a nuestras confusas mentes, tácticas y estrategias aconsejables en tales casos. Silenciosos, evitando dejar huellas, tratamos de avanzar rápidamente y ganar un punto estratégico para la inminente escaramuza. Al cruzar un camino, sentimos un ruido de alguien que avanzaba y casi seguros de que eran nuestros perseguidores, aguardamos inmóviles su aparición. Desde mi ángulo vi aparecer a un despreo-

cupado y poco malicioso campesino –distinto a nuestro sagaz hombre del campo- quien siguió de largo sin virar la vista. Llegamos hasta un cerro de poca altura y nos atrincheramos pistola en mano. Cuando fui a explorar, encontré un camino que nos circundaba, sin embargo, como no era aconsejable continuar, nos quedamos allí mismo, casi inmóviles, todo el día. En ese lugar me deshice de una pequeña maleta, enterrándola, en vista de que los dos equipajes que cargaba eran una impedimenta poco aconsejable.

Éramos algo así como guerrilleros-turistas con dos alternativas por delante: volver a ser “turistas” o convertirnos en guerrilleros allí, forzados por las circunstancias. La alternativa de convertirnos en cadáveres venezolanos en territorio extranjero, no nos hacía mucha gracia. El copioso y pertinaz aguacero, contribuyó a enderezar un poco la crítica situación, teniendo únicamente que esperar serenamente la lenta y desesperante llegada de la noche. Nuestras extremidades estaban dolorosamente entumecidas por las incómodas posiciones que adoptamos durante todo el día y por la fría humedad de nuestras ropas. Desde el mediodía habíamos echado un vistazo al posible rumbo que seguiríamos en la noche, ayudados por el transitorio y aterrorizado acompañante, oriundo de esa región, que venía con nosotros desde Venezuela. Lo único que sabía de nosotros este nulo y torpe acompañante, era que estábamos armados. Como no nos

merecía confianza, nos cuidábamos de cometer imprudencias. Tal como lo habíamos planificado, en la noche, salimos con certero rumbo hacia la iglesia que avistamos desde nuestra ubicación del día para salir a la carretera que nos conduciría a la casa de un amigo del atemorizado “guía”. Éste y nuestro amigo Keny, lamentablemente ausente, nos habían recomendado durante el viaje, pedir ayuda en esa casa en caso de emergencia. Llegamos sin contratiempos al punto deseado, pero en ese preciso momento descubrimos que el conocedor de la zona se nos quería escabullir. Para evitar una situación desagradable, resolvimos enviarlo de avanzada con uno de los nuestros. Escogimos para la delicada misión a Víctor el chileno, poseedor de la mejor documentación y le ordenamos contactar a un tercer hombre, que fuera de nuestro grupo, conocería nuestra complicada situación. Nuestros dos emisarios salieron de avanzada sin impedimenta alguna y vestidos con ropa limpia. El silencio humano reinante en el poblado y la estridente jauría de los perros vecinos, nos iban indicando que habían ganado la carretera sin problemas y esperamos de regreso pacientemente. A golpe de medianoche se produjo el regreso de Víctor en un carro que nos evacuaría, lo que indicaba que todo iba saliendo bien. En una operación veloz y cuidadosa, bajamos todos a la carretera y abordamos el traqueado vehículo. Un respiro profundo y optimista estalló en nuestros pulmones, cuando en espaciosa, aunque desordenada casa, nos

reunimos con el amigo prometido, quien sin vacilar contrató al chofer salvador. Este amigo era un hombre de pueblo, descendiente auténtico de la raza negra, fuerte de carácter, alegre y cariñoso a la vez y de acendrados principios humanitarios que nos ganó a todos con rapidez. Nosotros, de igual forma, nos ganamos su simpatía, y días después, enterado de nuestra militancia y de nuestras intenciones, se nos ofreció con franqueza. Estando en su casa, al día siguiente de nuestro rescate, llegó Keny y nos refirió su preventiva detención, sin mayores consecuencias, del día anterior. Con él resolvimos salir a la mañana siguiente con el mismo chofer que hizo el riesgoso traslado. Esa noche, ignorando la tentación de hacerlo dentro de la casona, dormimos todos afuera, incluyendo a Keny, por ser muy conocido por las autoridades cercanas.

Al rayar la alborada del quinto día, salimos rumbo a la metrópolis. Evitamos la caseta policial del lugar, viajando por una carretera vieja y solitaria; de esta manera, para el mediodía, nuestra situación había entrado en una aparente normalidad. El problema planteado ahora era el alojamiento y esa situación la resolvimos también, tomando el riesgo calculado de confiar en nuestros nuevos amigos. En la casa de la mamá del arriesgado conductor, nos alojamos por unos quince días, después de confesarle con sinceridad que la buscábamos por tener serios problemas con la policía.

De su casa nos mudamos por elementales medidas de seguridad y lo que sigue, es más bien el comienzo de otra aventura que sólo tiene como signo destacado el constante deambular por calles, plazas y campos, presintiendo una persecución que solamente existía en nuestras exageraciones mentales. En la necesidad de representar nuestro papel de “turistas”, no quedaron autobuses de circunvalación que no usáramos y con la idea de despistar salíamos algunas veces, haciendo bastante propaganda a los burdeles más famosos. Nos metíamos en cualquier cine, para regresar tarde, fingiendo estar borrachos y calmar así la curiosidad fastidiosa de la dueña de la pensión donde nos estábamos alojando. De esta forma, soportamos la nueva y más angustiosa espera del ansiado día de una segunda partida, en un nuevo intento de de infiltrarnos desde Trinidad a territorio venezolano y reiniciar nuestra lucha guerrillera.

El día esperado llegó. Una vez más nuestro enlace en Port Spain, un decidido camarada chino, fue clave para el segundo intento. Una cita con el enlace en la plaza de la calle Frederick, nos dio los últimos toques del plan elaborado por la dirección del Frente Guerrillero “José Leonardo Chirino” en Venezuela. Después del fracasado primer intento, decidimos coordinar con la organización el nuevo esfuerzo por llegar a territorio venezolano, cuestión que habíamos hecho la vez pasada, por la demora del contacto establecido

y por nuestra desesperación por salir de la isla. Ya sin dinero, sólo la espontánea generosidad de nuestro camarada chino, quien era residente de la capital antillana, nos permitió aguantar la espera al máximo, en un país donde todo se mueve a punta de dólares. El sitio escogido para embarcarnos en una lancha que nos llevaría a otra, ésta segunda tripulada por amigos de nuestra organización, fue en las propias narices de la policía del Presidente trinitario, Eric William. Nuestra cara de ángeles se cubrió de inocencia cuando cortésmente los saludamos.

El Flaco tuvo que hacerlo con la mano izquierda debido a que en su derecha llevaba una bolsita de nylon tejido con las pistolas. Esta vez éramos cinco, ya que a Víctor, el chileno, lo habíamos enviado días antes, vía aérea, a realizar el contacto con la organización en Caracas. Antes de dirigirnos al sitio de abordaje, tuvimos que deambular unas horas por Puerto España, porque esa misma mañana llegó, al lugar donde nos alojábamos, un extraño señor, con la excusa de ser venezolano como nosotros y haciéndonos una serie de preguntas propias de un interrogatorio. Eso, sumado a la actitud de desconfianza de la dueña de la habitación donde dormíamos los cinco, nos llevó a precipitar la salida de la casa y anticipar nuestra llegada al sitio de embarque. Los días previos, tuvimos que inventar desde viajes a la playa, hasta romances y conquistas amorosas, para mantener en pie la

coartada usada con la señora del alojamiento de que éramos trabajadores de la industria petrolera y andábamos en viaje de vacaciones. Tuvimos que mantener nuestras prolongadas salidas de la casa a las plazas y parques vecinos y alejarnos en paseos durante todo un día. Sin embargo, resultó tan prolongada la espera en Trinidad, que el país se nos había vuelto chiquito y ya no encontrábamos a donde ir. Creo que llegué a conocerlo más que a mi propio pueblo.

A las tres de la tarde, ni un minuto más ni un minuto menos, llegamos al sitio indicado, que por lo concurrido nos pareció inadecuado. No obstante soportamos con bastante serenidad la curiosidad de los trinitarios presentes, así como cuidamos las respuestas a sus preguntas. Pasamos allí momentos de tensión cuando, en vez de la lancha amiga que esperábamos, vimos avanzar en dirección a nosotros una lancha guardacostas. Pensamos en una delación y que nuestra operación estaba descubierta, pero no nos precipitamos. De la lancha guardacostas se bajaron algunos civiles y uno de ellos se colocó justamente a mi lado y me hizo algunas preguntas. Al observar sus zapatos y ver que eran idénticos a los usados por los policías locales me sentí incómodo. Una llamada del Flaco avisándonos la llegada de nuestra lancha, me sacó felizmente de esa incomodidad y al embarcarnos los presentes nos siguieron hasta la lancha, pero para pedirnos cigarrillos y algunos dólares. Un

paquete de cigarrillos Marlboro que traíamos para el viaje, lo lanzamos desde la lancha haciendo gala de buen brazo y con ello todo quedó aclarado: simplemente se trataba de gente que al vernos cara de turistas, quisieron aprovecharnos. En breve recorrido llegamos al sitio escogido para el trasbordo, nos cambiamos de lancha y despedimos con fraternales apretones de mano al amigo trinitario y procedimos a repartir las pistolas. Ahora estábamos en manos de nuestra organización, los marineros que conducían la lancha sabían lo que había que hacer y eso nos dio una gran confianza. Ávidos de noticias de nuestro país empezamos a bombardearlos con preguntas acerca de la situación política del país y sobre compañeros conocidos. Nos enteramos con mucha tristeza de la muerte en combate de nuestro querido camarada Edgar González (Alejandro), uno de los marineros miembros del equipo que nos llevó a Cuba en el año de 1966.

El recorrido al principio fue lento, pero con la intención de esperar con ello la caída de la noche. Al producirse ésta, el bote fue puesto a toda máquina y en el remolino que producía la hélice en el agua, empezamos a notar una especie de chispazos eléctricos en el agua y que los viejos pescadores llaman ardentía. No es más que los pescados más pequeños que al saltar a la superficie dejan ver sus ojos fosforescentes.

Con regocijo inusitado vimos aparecer en la costa el primer pueblito de nuestra patria y al seguir encontrando alumbrados caseríos no resistíamos la curiosidad de saber a cuál de ellos nos acercaríamos para desembarcar. Fue mucho después, en una ensenada totalmente insospechada por nosotros, sin habitantes, a no ser por los improvisados que había llevado la organización para esperarnos y hacernos compañía en nuestra primera escala. Allí, en un campamento guerrillero improvisado en una pequeña hacienda de cacao, tendríamos que esperar hasta una segunda partida, en la que saldríamos en grupos de dos con intervalos de varios días. Lo cierto era que ahora sí estábamos en tierra firme, en nuestro país y en contacto con nuestros camaradas de la ciudad.

A los ocho días, que nos parecieron siglos, vinieron por los primeros dos, embarcaron y nos quedamos el resto con una ansiedad tremenda. Sabíamos que en horas, esos camaradas estarían en el lugar que nosotros queríamos estar. Esos deseos no se cumplirían hasta ocho días después, cuando llegaron a buscarnos. Embarcamos con mucha alegría y nos preparamos para sortear cualquier contratiempo, ya que los marineros nos informaron que se habían encontrado con una lancha de la Guardia Nacional. Sin embargo, todo resultó exitoso y llegamos a la población de Río Caribe, donde nos esperaba un automóvil, con el pequeño y único inconveniente que cerca estaban unos

veraneantes cómodamente instalados. Atrás quedaba todo el inmenso mar Caribe, que desafiábamos en dos oportunidades. Atrás quedaron esos países de habla distinta a la nuestra, donde incluso tuvimos que comer carne con arroz, en lugar de un apetecido refresco, por no saber pronunciar en inglés el nombre de la bebida. Atrás quedó también la solidaridad de camaradas extranjeros que vibran con nuestra lucha y aún más lejos, allá en Europa, quedó el restaurante donde por un lapsus de Leo, tuvimos que comer bistec a la tártara, la cual se compone de carne molida completamente cruda y un huevo arriba igualmente crudo.

Ahora nos quedaban por delante kilómetros de camino, paisajes criollos y alcabalas en las carreteras, éstas últimas en números tan alarmantes que ya se acostumbra uno a ellas y los guardias que las colocan dejan de sospechar de nosotros.

Al saber que habíamos pasado la última y como consecuencia de que los nervios se relajan, se me pegó una especie de angurria. La entrada a la capital fue tensa e impresionante por la majestuosidad de sus avenidas. Patrullas en circulación, que por la prolongada ausencia y desacostumbrados ya a verlas, nos ponían los pelos de punta. Caracas salía ya de su sueño y poco a poco iba entrando en su acostumbrado congestionamiento de vehículos. El cerro El Ávila aún dormía,

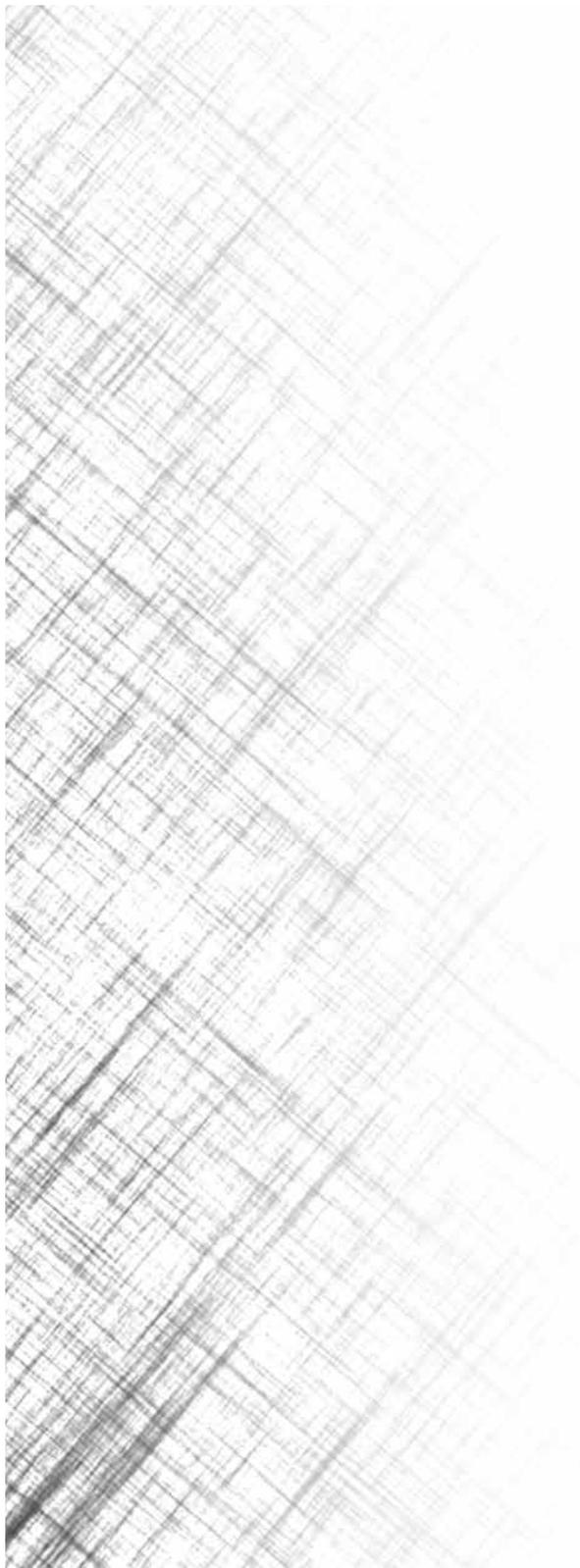
cubierto con su amplia sábana de neblina, cuando me despedí de mis acompañantes, pues íbamos a rumbos distintos y sin esperar a que los caraqueños abrieran totalmente los ojos, me trasladé al interior.

Días después, en octubre del año 1968, nos veríamos de nuevo las caras los viajeros, incluyendo a Víctor el chileno. Fue en la primera reunión que hicimos con el camarada Douglas Bravo y donde además estaban el resto de los miembros de la dirección de nuestro movimiento. Hacía más de dos años que no veía a tantos camaradas conocidos y, felizmente también, pude conocer a otros. Llegar a esa reunión, fue la culminación de la operación de regresar clandestinamente a nuestro país, después de una vuelta al mundo que inició en Cuba, pasando por Checoslovaquia, Italia y Trinidad.





Nuestra gran marcha



Una marcha es actividad normal de una guerrilla, no obstante, alguna de ellas están matizadas de momentos, agradables o desagradables, dignos de ser narrados con objetividad y crudeza. Ahora toca el turno a lo que fue la marcha de la II Conferencia del Frente Guerrillero “José Leonardo Chirino”. Duró exactamente treinta y cuatro días continuos y nos trajo desde el centro del país, hasta las estribaciones de la sierra de Iracara, de San Luis, en Falcón. Ahí se produjo, ¡al fin!, la unificación, con toda su fuerza, del glorioso frente falconiano. La tarea encomendada no era sencilla: marchar sin ser detectados hasta Falcón con un grupo de hombres de la columna Simón Bolívar que operaba al mando de Freddy Carqués en las montañas de Morón, estado Carabobo. Debíamos esquivar, en todo momento, la vigilancia de los “cazadores” entrenados especialmente por los yanquis, al entrar en territorio falconiano, donde ejercían un estricto control militar. Dicha marcha, por los fines ulteriores, debía ser secreta; lo que indudablemente aumentaba las dificultades de cualquier movimiento de la guerrilla, pues al escasear los alimentos no se debe hacer contacto con campesinos al azar para

reabastecerse, sino solamente a los de extrema confianza, cuya garantía de silencio sea del cien por ciento. Aunque haciendo honor a la verdad, ya eran pocos campesinos los que no ofrecían esa garantía, en vista de que la guerrilla tenía sólidas y profundas raíces en el sector. Sólo que abstenerse de utilizar a cualquiera, era ley inviolable de toda marcha clandestina.

En los primeros dos días de camino, tuvimos que enfrentar una de las peores dificultades, cuando al caerse un combatiente en un barranco y recibir un golpe fuerte en la columna vertebral, perdió el conocimiento durante más de veinticuatro horas. Como esa misma tarde, nos encontró un campesino que andaba cazando, nos vimos obligados a hablar largamente con él, para dejar al camarada imposibilitado de valerse por sí mismo, bajo su responsabilidad y reforzado con un combatiente armado como custodia, mientras otro haría contacto inmediato con la retaguardia. La decisión la tomé por cuanto el combatiente accidentado no tenía posibilidades de seguir con nosotros y necesitábamos continuar la marcha y seleccioné a uno de nuestros mejores combatientes para que cuidara al lesionado. Fue una decisión difícil y arriesgada pese a que el campesino nos ofrecía muchas garantías de no delatarnos. Muy a nuestro pesar, reanudamos la marcha, que tendría como complicación adicional, el cruce de una carretera principal de intenso tráfico. Dicho cruce, compensa lo arriesgado con lo novedoso

en la rutina guerrillera. Por parejas o de uno en uno, se espera el "despeje" de la vía saltando en ese preciso instante ganando la otra orilla en movimientos rápidos. De esa manera, continuamos a todo tren hasta que una gigantesca e infranqueable ciénaga, nos cortó el paso. Sin resultados positivos la tratamos de vadear y al no conseguirlo la acometimos de frente para cruzarla. Con el agua al pecho y con numerosa escolta de zancudos dándose tremendo banquete, gracias a nuestra indefensa posición. Lo peor fue que después casi una hora de camino, comprobamos que había que retroceder. La decisión, aunque vista con cierto recelo por la mayoría, fue celebrada con alegría al sólo pensar en el absurdo de tener que dormir parados, con el agua a la cintura y con la criminal andanada de los voraces zancudos, acribillándonos durante toda una noche de festín. Cuando estábamos a punto de salir, nos enfrentamos a la inesperada obstrucción de la orina de uno de los combatientes, lo que le impedía caminar. En un platanal y a campo raso, hicimos un alto que se prolongó hasta el día siguiente, esperando su mejoría del compañero, sin que se le pudiera aplicar ni siquiera un un calmante por falta de una jeringa para inyectarlo. El segundo día de marcha fue de tensión e intensa actividad, debido a la necesidad de cruzar una inmensa plantación de plátanos con muchas casas y rodeado de carreteritas. Afortunadamente, para la tarde, llegamos a terreno conocido por mí, pues en todo el recorrido realizado hasta ese

momento, me valí únicamente de mapa y brújula. Al acampar, enfrentamos el último inconveniente grave, al encontrarnos con la deserción de uno de los combatientes, apodado “El Italiano” y al perderse otro cuando lo mandé a explorar. Nos enteramos después que ambos corrieron con suerte, encontrándose con campesinos amigos que los ayudaron a salir airosos de la zona, infectada de “cazadores”, sin mayores problemas. Tomadas las medidas aconsejables en estos casos, continuamos avanzando con la comida llegando a su fin, lo que ocurrió por culpa del desertor, pues no pudimos hacer contacto con un hombre de confianza que veníamos buscando en esta zona. Dí instrucciones, y personalmente me preparé, para fusilar a los paujies y pavas de monte o cualquier otro animal comestible, que se cruzaran en nuestro camino, siendo un mono el primero en darnos la oportunidad de cumplir tan severa sentencia. Asado, fue una exquisita y succulenta cena para nuestros ya exigentes estómagos. Con un poco de abastecimiento conseguido por un campesino conocido hacia cuatro años y encontrado casualmente, proseguimos felizmente, tumbando a machete, cuanta mata de cambur encontrábamos a nuestro paso. Así nos fuimos hasta que, por la necesidad de orientarnos, tocamos en un rancho campesino, donde había de paso cuatro conuqueros, que a juzgar por sus incoherencias y tímidas respuestas a nuestras preguntas, pudimos apreciar que los acompañaba un gran miedo al enemigo, pero que su respeto hacia no-

sotros garantizaba su silencio. No necesitando nada de ellos, ni temiendo ninguna imprudencia de su parte, los dejamos partir y lo hicimos nosotros también, después de tomar, de todas maneras, medidas para despistar acerca de nuestro rumbo.

Al analizar las informaciones proporcionadas por aquellos campesinos, nos percatamos de nuestra cercanía con un punto donde podíamos abastecernos y recibir informaciones de la guerrilla de Falcón, con un campesino amigo. Sin embargo, la alegría producida por este hecho se disipó como espuma en el viento, cuando comprobamos la ausencia, por detención, del campesino amigo, y sólo la buena suerte, de vivir en la misma casa un hombre bueno, obtuvimos información y unas 20 latas de sardinas. Sin pensarlo mucho, tomamos una hacienda de ganado y nos aprovisionamos con cinco cuajadas de queso, comprobando la simpatía de los trabajadores que allí se encontraban, anteriormente contactados por la fuerza guerrillera.

Nuestra marcha, paradójicamente, continuó desarrollándose en absoluto secreto, es decir, el enemigo no estaba enterado de nuestros movimientos, pese a la deserción, los contactos realizados, la toma de la hacienda y que nos movíamos con combatientes de poca experiencia en terreno totalmente controlado por el enemigo y frente a sus propias narices. Llegamos a pasar por caminos donde acababan de estar ellos e

incluso, en un momento en que nos metimos en un caserío para hablar con un hombre de confianza, éste nos informo que minutos antes, acababan de salir los “cazadores”.

Eso me recuerda que días antes de este episodio, estábamos en el patio de una casa donde regularmente llegaba el ejército y donde hacía tres días había incursionado la última vez, haciendo rueda en torno a una olla donde hervían los chicharrones de un tierno cochino, cuando de pronto sentimos el rugir próximo de un jeep, bastante anormal a esa hora, según los campesinos a quienes acabábamos de conocer. Nos retiramos, con la olla y el resto de cochino y siguiendo un camino de conuco, hacia el monte más cercano, pidiéndole al campesino que, de no ser el ejército, me avisara para continuar con nuestra faena culinaria. No pasó mucho tiempo sin que llegaran a informarnos, que se trataba de amigos de la casa y que ya los había invitado para que siguiéramos cocinando el cochinito. Nosotros estábamos casi convencidos de que se trataba de un jeep del ejército y tuve que ejercer control sobre el combatiente que me acompañaba en la retaguardia, cuando vio la luz del campesino avanzando, pues no tuve tiempo de informarle que yo le había pedido nos avisara.

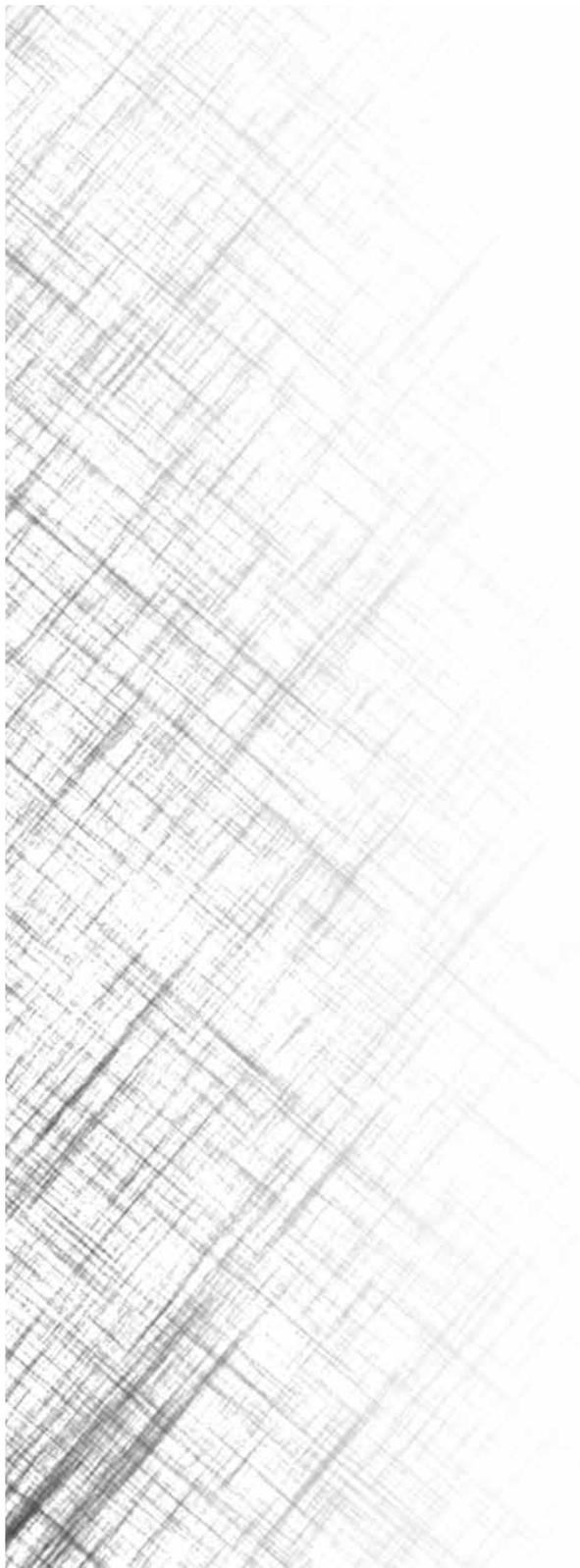
Después de comernos el cochinito y descansar, continuamos la marcha y sin mayores inconvenientes, so-

brepasamos la zona donde el enemigo tenía una red de dispositivos militares desde hacía meses. Llegamos a un caserío donde recibimos la primera noticia del Frente en toda la marcha, información, sin embargo, que nos alegró muy poco, en vista de que su aparición por allí se remontaba a un mes atrás. Sin posibilidades de reabastecernos, porque los cazadores merodeaban por allí, continuamos marchando todo un día sólo con panela y agua, hasta que la frente de una hermosa novilla se interpuso en la trayectoria de un certero disparo de fusil, que hice con el compromiso solemne de no errar. Así garantizamos comida para los tres días que tuvimos que esperar, por una compra hecha por un campesino amigo, ya en la zona final del itinerario y por valor de unos ochocientos bolívares. Ahí llegamos exactamente a los 34 días de marcha continua. Después de dos contactos con la retaguardia, que nos costaron un mes de espera, nos informaron que debíamos marchar hacia la zona donde se encontraba el Frente, marcha que calculamos en unos quince días bien caminados. Por esa ruta habíamos pasado en nuestra marcha anterior y, para volver a ella, empleamos veintidós días por una lamentable equivocación muy cerca del contacto. Al tratar de alcanzar dicho sitio de contacto tuvimos que caminar durante tres días sin comida. En estos tres días de hambre y cuando al segundo día las fuerzas amenazaban con dejarnos, a escasos minutos de la hora límite de acampar, matamos un paujé que una vez convertido

en exquisito caldo nos permitió recuperarnos un poco y llegar al tercer día a un conuco abandonado donde recogimos algunas mazorcas de maíz, para comerlas tostadas. Con ese combustible, no muy agradable por cierto, cogimos fuerza para llegar a un rancho campesino abandonado, donde organizamos la cena a base de yucas sancochadas, lechosas maduras y caña de azúcar. Con buenas reservas en el organismo y con algunas yucas crudas y caña en el morral, arribamos con facilidad a una pica con huellas frescas, que al observarlas llegamos a la conclusión de que era una pica guerrillera, lo que nos llevó directamente al tan buscado campamento y en donde nos recibieron con gritos de júbilo colectivo.

El apartamento francés





Abrí los ojos a tiempo para sorprender al alba entrando sigilosamente por la ventana abierta. Como el sueño se espantó de los ojos más temprano que de costumbre, aproveché para observar detenidamente las dos plantas que conforman el apartamento de un intelectual francés. Sin levantarme fui corriendo la vista a cada uno de los rincones de la primera planta donde se amontonan los souvenirs traídos de muchas partes lejanas.

A mi derecha, con una cara de espanto, la cabeza ridícula de una vieja bruja trata en vano de meter miedo con unos colmillos blancos y protuberantes, que le suben hacia los ojos mientras otros le bajan por la barbilla. Unas abundantes crinejas blanquecinas le chorrean hasta muy cerca del piso. Aunque tiene cara de muchas partes, no sé por qué se me antoja que fue traída del Perú, aunque en realidad puede ser una copia de la misma que caminaba por la barranca del estanque de mi pueblo, al filo de la medianoche, con una bola de fuego entre sus manos.

A mis pies, en el mismo rincón, veo una pipa árabe a la que le salen dos mangueritas rojas por donde se

inhala el humo de la hierba de la paz y que ahora debe estar en desuso por falta de tranquilidad mundial. Antes que un instrumento para fumar, se asemeja más bien a un cierto aparato que sirve para hacer lavativas de eucalipto hervido para expulsar la suciedad y el pasmo de las recién paridas, o para sacar en una avalancha de defecaciones las lombrices de las barrigas tensas de los niños hambrientos de cualquiera de los pueblos de América Latina.

Cuando la vista se desplaza hacia otro de los rincones de aquel cuarto de desolación y momias, se encuentra, un poco a la izquierda de la bruja, con una Tabla vulgar y corriente, pero bien trabajada y a la que debe atribuírsele parentesco con el primer árbol que decapitaron los españoles, una vez derrotado Moctezuma. La forma y los dibujos tallados imitan las alas de una mariposa que tal vez se quedó varada en cualquier ciénega cuando los Buldózer y las Caterpillar iniciaron la ofensiva del progreso en las intrincadas selvas del Matogrosso. Antes de proseguir con mi recorrido óptico, me detengo y observo la simpleza extraordinaria de una muñequita en tela de coleteo, con las manos extendidas hacia el cielo como en un gesto de pedirle auxilio a los que, con más cara de idiota que ella, le dedican una mirada de atención.

En el segundo rincón, no es posible continuar sin detenerse a contemplar melancólicamente enternecido, el

sillón de mimbre con forma de trono. Es una auténtica silla Real, de esas que soñaron tantos negros como Makandal y hasta llegaron a ocupar algunos como el negro Miguel en Yaracuy, cuando la rebelión de los negros esclavos floreció en las Haciendas del continente americano.

Y el más intrigante de los souvenirs, la gallinita de barro cocido pintarrajeado de colores vivos y discordantes. Tiene en el lomo una especie de asa, pero que no cumple esas funciones por tener unos periquitos suplantados encima que estorban para meter la mano. El pico se lo pintaron de rojo encendido, semejante a los labios embarrados de colorete con que asistían a las fiestas patronales de San Juan Bautista las coquetas muchachas de mi pueblo y de Moruy. Sobre el mismo armario donde está la gallinita, se observa una pareja de estatuillas de madera, justo al lado de un estuche de tabacos cubanos H. Uppman. El macho de las estatuillas, irreconocible porque al parecer no tuvieron tiempo de tallarlo bien, tiene una estampa alargada, a lo quijote, y las manos ociosas le cuelgan hasta las verijas en un gesto erótico como de aprisionarse el sexo. La hembra, negra y con cara de macho, tiene los senos al aire un poco descolgados, defecto extraño en la raza negra. Las manos le cuelgan en una clara posición de firme de los soldados lacios.

En el armario de abajo, el tocadiscos y una selección de discos, donde los mejores son los del Gato Barbieri, Eddie Palmieri y de Carlos Santana. Y ya hacia el tercer rincón, en ángulo cerrado, la pieza de ebanistería cumbre: en madera, una cabeza de un viejo indígena arcado, con su cintillo de oro y todo, simulando que estuviera de centinela hacia el jardín con una mirada de cuencas lánguidas. Como maromeando por los lados, otras cabecitas indias parecidas a él, pero con semblante más bien de pieles rojas, completan el grupo de cabezas de indígenas en madera, graciosamente labradas para engatusar turistas. Entre ellos y la pareja, guindando del cielo raso y tapando la pared, aparece una cortina bordada en estambre de varios colores, donde prevalece el morado. Empieza con unos tigres con caras de perro y unos caballos morados con caras de conejo, ensillados y sin jinetes. En el centro de las cortinas le bordaron dos grandes elefantes con tipo de árabes por el turbante que les pusieron y el remate son dos doncellas sosteniendo un palo multicolor en cuya cima está un lorito con ganas de decirles algo.

En el cuarto rincón estoy yo. Tal vez visto por ellos con cara de gafo. En este momento el sol revienta amarillo como el oro, redondo y potente como una morocota inmensa. Hacía rato que estaba trepando como un baño de luz anaranjado por las azoteas de los edificios viejos, que exhiben con orgullo la mu-

gre de los años. Para sacarlo del cuarto con todo y su impertinencia de encandilarme, me levanté y cerré la persiana. Por el vidrio, brevemente, me puse a contemplar la hilera interminable de trenes que se desplazaban ruidosos por los rieles, como ristras de gusanos preñados de cabezas de gente y que miran por las ventanillas con la tristeza del viajero que no volverá jamás. Cuando pasó el último vagón me invadió una nostalgia pasajera y una bandada de palomas cayeron en mitad del jardín a picotear semillas caídas durante la noche.

Como el mono Chico, personaje del cual hablaremos más adelante, estaba chillando de hambre o utilizando un ardid para que lo sacaran de la jaula, me desplazé hacia la planta baja. Me encontré en mitad de la escalera con una vieja indígena de madera con dientes de jabalí, cejas pobladas y narices de pata é becerro; laboriosamente tallada con incrustaciones doradas, cuyo valor artístico se ha ido perdiendo porque se le está rajando la madera de quebrajacho en que fue elaborada.

Al final de la escalera, antes de auxiliar al mono Chico, hube de tropezar obligado con un paño blanco, en cuyo centro había bordadas unas gallinas cuadradas y dos chivos exóticos con cejas de cabaretera y paltó de cuadritos al estilo de Carlos Andrés Pérez.

El recibidor, final del recorrido, estaba repleto de muchas cosas entreveradas: mariposas de papel, una totuma bellamente tallada con líneas negras en bajo relieve con la que al parecer bebió agua Pizarro en la conquista del Potosí. Guindalejos de todas partes, máscaras horripilantes, viejitos comiendo mierda, bailarinas con caras de payaso y hasta un loro tan extraño y desfigurado que tenía la cabeza en forma de pene. Todo, ¡eso sí!, en perfecto desorden, como debe vivirse. Alfombras descuidadas, cagadero furtivo de gatos y monos o propicias para el amor ligero y tumultuoso.

Un búho dorado y rojo me estaba mirando y no lo había notado antes porque ya llegaba cansado al cuadro más espectacular: el de un pintor ateo español, según me informaron, de la época del oscurantismo, cuyos otros cuadros fueron quemados al considerarlos “anticristianos” en la furia del Opus Dei. Dicho cuadro, al parecer uno de los pocos que se salvó de la furia piromaniaca de los fanáticos cristianos, se observa desde el rincón envuelto en una colcha floreada; dos curas y una papisa conforman la obra en óleo. Uno de los curas con cara de bobo, pero que de eso seguro que no tiene nada, está sentado en el suelo con la mano en la rodilla en suspenso y observa a su compañero de creencias y maldades jurungarle el culo a la papisa que completamente desnuda, quien porta un gorro blanco en forma de cucurucho, cru-

zado con una cinta negra en forma de cruz y se deja hacer las otomías del curita, mostrando en su cara una inocencia gozosa. Ella, para facilitar la acción, está ligeramente inclinada, con su rodilla izquierda doblada y apoyada en un cojín de pana morada. El cura que ejecuta la acción, con cara de zángano juvenil, levanta con precisión el paño que finge cubrirle a la papisa la espalda hasta las nalgas.

Me adentro al cuarto del mono Chico, ¡por fin! Este es un mono, y qué Tití, minúsculo y muy simpático, traído de contrabando de Brasil en una cartera de mujer. De su jaula sale un vaporizante hedor acumulado a meao de mono viejo. Ha quebrado cantidad de vasos, tazas y frascos de encurtidos y residuos de una vajilla antigua china. Por su manía de quiebralotodo, le hemos achacado sin escrúpulos, los tantos que nosotros hemos convertido en tiestos. Como no nos parece justo su nombre de Chico, lo empezamos a llamar Monosabio, en una errada interpretación del término, pues creíamos que monosabio significaba un mono con sabiduría. Como descubrimos que el diccionario dice que, monosabio, es el ayudante del picador en la plaza de toros, entonces lo bautizamos “El Loco”. Mis dos otros acompañantes son dos gatos, seguramente traídos del Kilimanjaro. Uno de rabo mocho, que no se sabe si se lo cortaron o es un defecto congénito. Los dos se comen diariamente una lata grande de carne para gatos, con cuyo valor se daría banquete una fa-

milia pobre en los cerros de Caracas. A El Loco, le puse carácter desde el primer momento, porque tiene la extraña costumbre de cagarse y orinarse encima de las personas cuando se le da confianza.

Me ha cogido tanto miedo, que cuando he querido hacerme su amigo me ha rechazado.

Liberado El Loco de su cautiverio, estoy nuevamente en la planta de arriba observando los libros que tengo en desorden, extendidos en el piso, al lado del colchón en el suelo, donde duermo, porque el amigo intelectual francés tuvo la inteligente precaución de no dejarme las llaves de su alcoba. En perfecto orden dentro del desorden, están los siguientes títulos: El Francés sin Esfuerzo, Las Buenas Conciencias y La Región mas Transparente de Carlos Fuentes, El Reino de este Mundo y El Acoso de Carpentier, Capitalismo Monopolista de Estado de Paul Boccara, El Imperialismo en 1970 de Pierre Jallè, De La Guerra de Karl Von Clausewitz y otros más confundidos en el laberinto de periódicos y revistas. Con mucha vacilación trato de escoger uno para dedicarme a la lectura, pero no me decido por ninguno. La indecisión se debe a que no he resuelto todavía cuál es el tema que más debo dominar para discutir sobre él con propiedad. Tengo poca vocación y escasa formación para la economía, ya lo sé. No me imagino zambullido en disertaciones sobre El Capital de Marx, o la Etapa Superior

del Capitalismo de Lenin. No me imagino contestándole a un contendor que la afirmación fundamental de Keynes es que el centro de gravedad de la política económica no debe situarse a nivel del ahorro, es decir de la oferta, sino a nivel de la demanda de capital, es decir, de las inversiones. No me veo estableciendo comparaciones entre los keynesianos de izquierda y de derecha y calificarlos a ambos como enemigos del socialismo, con argumentos de Marx. El tema de la economía es demasiado complicado.

En cambio, me gusta mucho más el tema militar y la literatura, aunque no los domino en absoluto. El arte militar tiene sus reglas, pero son flexibles y se está permitido innovar sobre el terreno. Como en el ajedrez, donde nunca existe la posibilidad de repetir una partida, un plan de batalla preconcebido hoy, puede necesitar variaciones importantes mañana. En literatura es más fácil inventar que en economía. ¿No es sabido acaso que los que andan metidos de lleno en esas cuestiones son más idiotas de lo que parecen y creen todo lo que la gente inventa? ¿Acaso no se sabe que quienes andan con Kafka debajo del sobaco sudado, no han leído ni siquiera los prólogos de los libros de ese autor? ¿No es relativamente más fácil participar en un debate sobre la cultura y, por ejemplo, expresar con propiedad y sin que nadie se entere de dónde salió la siguiente opinión?: “Desde un punto de vista lógico, debemos comprender que no todo lo que decimos co-

rresponde a una manera adecuada de decir las cosas; puesto que las formas ascendentes de la cultura y la materia de la vida en sí, no constituyen formas paralelas de expresión. De allí que podemos afirmar, entonces, que estamos en presencia de todo un proceso irreversible de infiltraciones alienantes de la cultura y que las deformaciones socioculturales en nuestro medio devienen de un sistema cultural impropio. Nos corroen transposiciones crónicas en el lenguaje y en las formas de actuación humanas. Baste decir, que no creamos lo que pensamos, ni pensamos lo que creamos. Existiendo así una forma relevante de interpretar los rasgos culturales muy distantes de la apreciación auténticamente real”.

Escribir una novela es relativamente fácil. Se escoge un pueblo que siempre es el de uno mismo. Así que no hay que crearlo, sino darle forma novelesca y como allí están nuestras vivencias tenemos realizada la mitad de la obra literaria. Luego se le da heroicidad, se martiriza a algunos personajes y se crean los héroes, autobiográficamente uno puede ser uno de ellos. A ese pueblo se le asigna prosperidad económica durante mucho tiempo y se le dota de régimen político, nunca de acuerdo con las creencias del autor. A los personajes, se les encumbra bien alto y se les deja caer al final de un porrazo de quiebra-huesos. Después de una esplendorosa bonanza económica el pueblo debe ser destruído de disipela, por ejemplo, o

de un devastador terremoto, y en el último de los casos el pueblo debe ser azotado por una feroz dictadura anti-algo. Al acercarse el final de la novela, es necesario, absolutamente necesario, salir de ellos a como dé lugar, o al menos de la mayoría de esos personajes. Hay que matarlos, enloquecerlos, fugarlos, convertirlos en ermitaños de una isla solitaria, o en todo caso, hacerles sufrir la lepra más espantosa de la que no se recuperen más nunca. Si por razones de haber creado demasiados personajes, la novela peligra en un nunca acabar, hay que evitarlo a toda costa. Entonces se inventa un viaje marítimo con los sobrantes y se hunde el barco en alta mar con toda la carga de personajes. Este acontecimiento debe ser utilizado para acusar a la dictadura imaginaria de ese trágico accidente.

Escoger el tema de la literatura le permite al autor la oportunidad desgarrante y desagradable de describir a un delator en el momento en que su vida de sacrificios se desploma como en este pasaje: “Su realidad se quebraba, se desgarraba, bajo las luces encendidas sobre su cara, como las de una sala de operaciones, al sonido de voces cada vez más próximas -espantosamente acrecidas por la resonancia de aquella galería de bajo adarve- que hablaban de herirlo en su lozanía, de emascularlo, de evirarlo. Las manos que acercaban a su rictus el sudor de sus miembros, esperaban la aprensión de un dolor que le hubiera dolido menos en otra región de su ser. Ahora

vendría el desplome de todo, una muerte anterior a la muerte, que habría de sobrellevar a lo largo de inacabables días sin abrazos, cargando con el peso de su propio cadáver. La primera mordida de una pinza le arrancó un grito de bestia, tan largo y desolado, que los otros, tratándolo de cobarde, se lo acallaron de una bofetada. Y cuando volvió a sentir el metal sobre su piel recogida, clamó por la madre con un vahído ronco que le volvió en estertor y sollozo a lo más hondo de la garganta. Y, con los ojos fijos en las luces que le llenaban las pupilas de círculos incandescentes, abriendo las manos sobre lo suyo, con gesto de recobrarlo, de atraerlo a sí, de reintegrarlo a su carne, empezó a hablar...”. Ha podido, el autor, inspirarse en el que en tiempos de Pérez Jiménez cayó en manos de la sanguinaria Seguridad Nacional y enfrentando la misma situación desgarradora de quererlo malogró reaccionó de otra forma, con mucha firmeza y en defensa viril de lo más preciado: “¡Yo sin güebo no vivo, ¡mátenme!”.

Y si es el acto del amor lo que debe describirse es mucho más sencillo, porque existe mucha más experiencia en cada quien. Nada difícil tiene conseguir con soltura y acierto esta maravillosa descripción que cale hasta los huesos de quien escribe y de quien lea: “...de pronto, casi jugando, como una travesura más, Amaranta Úrsula descuidó la defensa y cuando trató de reaccionar, asustada por lo que ella misma

había hecho posible, ya era demasiado tarde. Una conmoción descomunal la inmovilizó en su centro de gravedad, la sembró en su sitio, y su voluntad defensiva fue demolida por la ansiedad irresistible de descubrir qué eran los silbos anaranjados y los globos invisibles que la esperaban del otro lado de la muerte. Apenas tuvo tiempo para estirar la mano y buscar a ciegas la toalla, y meterse una mordaza entre los dientes, para que no se le salieran los chillidos de gata que ya le estaban desgarrando las entrañas...”

Este es el problema, sencillamente no hay que quebrarse la cabeza con ecuaciones y frases que se repiten siempre, donde no hay ninguna creación ni se inventa nada nuevo. Asimilar y repetir fórmulas y eso es todo. No hay creación como en literatura. Sólo trabajo asalariado, capital variable y capital constante, valor de uso y valor de cambio, crisis monetaria internacional, Capitalismo Monopolista de Estado. Ya está, todo al descubierto. Por eso hay tantos novelistas, poetas literatos, guerreros, asaltadores del poder. Nada de economistas nuevos para la historia, nada de Ricardos, nada de Marx ni de Keynes.

¡Al carajo con este apartamento y su soledad de cárcel antigua!

Cogí el metro en Alesia. El viejito pordiosero estaba puntual sentado en el banco de la esquina. Su perro

le lamía una llaga supurante que tenía en el tobillo; a su lado, encima de un papel, un salchichón mohoso con pan.

Subí al vagón de segunda después de esperar unos cuantos minutos. Me coloqué al lado de tres muchachas, que identifiqué como latinas con sólo echarles un furtivo y esguizado vistazo a la protuberancia de sus traseros. Hablaban despreocupadamente, confiadas en el desconocimiento su hablar latinoamericano de quienes las rodean. Yo me divertía comprendiéndolo todo. Referían sus últimas experiencias personales y en ese momento, antes de que aparecieran los ensartados vagones del metro, tocaba el tema de su vida sexual. La más delgada, exageradamente sensual y al parecer, la más versada, aseguraba a sus amigas que el compañero con quien compartió la noche anterior era un exquisito instrumento para lograr, en su más alto grado, las alucinaciones más inverosímiles del placer. Defendía con ardorosa argumentación, su derecho a seguir disfrutándolo, pese a las opiniones -según contó- de sus otras amigas.

La más afortunada de glúteos, pero al parecer poco experimentada en el arte de la intimidad carnal, por la cara de acuciosidad y atención que tenía, mostraba un entusiasmo reprimido con la descripción que hacía la flaca de lo que para ella era un mancebo apto para el divino acto del sacudimiento orgásmico de la pa-

sión. En Odeòn, salimos juntos, pero cogimos rumbos diferentes. Ellas iban hacia Maubert-Mutualite y yo hacia la estación de Luxemburgo.

Siendo tan difícil encontrar aquí artistas del mover rítmico de caderas, porque las féminas de estos lares caminan como si fueran soldados regresando de la última guerra, las seguí mirando mientras cruzaba la calle. Las perdí de vista, sólo cuando un idiota turista yanqui me echó un pisotón en un callo que me volteó la imagen erótica de glúteos vibrantes de sensualidad por una dolorosa de estrellitas amarillas.

Crucé en la esquina de Saint Germàn des Pres y seguí por el Boulevard de Saint Michel, atosigado de turistas. Cuando llegué al jardín de Luxemburgo, casi me atropella un carro, pues en ese momento cruzó delante de mí, como buscando a alguien a quien todavía no ha conocido, una delgada y sórdida criatura, desprovista de prejuicios, de cara descuidada pero hermosísima, con el simple ajuar de una túnica larga como de lien-cillo que se transparentó con la fuerte luz del mediodía cuando cruzó el boulevard... Descubrí, ayudado por mi imaginación, un cuerpo venusiano sin piezas convencionales, con atributos suficientes como para compararla con Eva antes de probar la manzana prohibida. En ese momento pensé que la naturaleza tenía que haber previsto que las mujeres anduvieran desnudas al hacerlas con tan alta técnica de perfección.

Entré al jardín y me detuve a contemplar el desfile, que en ordenadas columnas realizan los Prados que se encargan de recibir a los visitantes. La callezuela de tierra me condujo, aún pensando en la liberada muchacha de la túnica de liencillo, hasta el espejo de agua con su fuente y luego a las ordenadas parcelas de grama, encerradas con empalizadas de pequeñas y apretujadas matas de flores rojas, moradas, amarillas y blancas. Cuando me senté, de espaldas a la iglesia, el reloj del campanario me repicó muy bien contadas las once campanadas de la mañana, en un cansado y ahuecado sonido de los bronces. A mi lado se ubicó una francesa descolorida, con tanta sed de sol, que sino llega ligero a la benevolente claridad del jardín, se muere de palidez. En ese momento sonaron a mi derecha, en la segunda concentración de Prados adquiriendo el color rojizo del otoño, unos toques de trompeta solemnemente fúnebres. Algo mortuario estaba sucediendo allí y que nadie había observado, porque todos, sin la ostentosisidad de la curiosidad latina, encaminaron muy calmos sus pasos hacia la banda musical. Como buen novelero, me uní a la caravana en el preciso instante en que unos viejos de lentes, con cara de gobernantes, estaban haciendo su entrada solemne. Venían acompañados por unos muy serios magistrados de levita negra que parecían pingüinos con sombrero napoleónico.

Cuando terminó el toque de funeral, los recién llegados le daban apretones de manos a un viejito, terriblemente pasmado en el desarrollo. Pujaba con sorprendente dignidad y entereza, para sostener en pie el asta gigantesca de una bandera francesa, soportando, además, una sarta de condecoraciones en el pecho. Uno de los viejos, con cara de gobernante, besuqueaba con formalidad oficial a la viejita, también de baja estatura, que acompañaba al viejito chiquito.

Dos columnas pequeñas de soldados que indicaban la modestia del acto, profesionales seguramente de estos simulacros y con vistosos uniformes en rojinegros, formaban en una solemne fila marcial. Al llamado de atención del oficial, todos levantaron los sables con armoniosa energía, en una inclinación perfecta de 45 grados, y los atrajeron hacia sus cuerpos, con tanta rapidez y violencia que me pareció que iban a suicidarse allí mismo enterrándolos en sus pechos por la catcha.

Una turista fea y mal construida, a quien sólo le interesaba la foto de todo aquello, pasó por el bochorno de un severo llamado de atención al querer pasar por delante de la hilera de soldados formados. En un recogimiento de vergüenza, se escondió detrás de un Prado hasta que terminó la ceremonia. La palúdica francesa se quedó enterneada con el brillante sol y

cuando regresé, se notaba, por sus pómulos medio rosados, que había vuelto a la vida.

Doce campanadas reventaron con bríos renovados partiendo el día en dos mitades irreconciliables y alzaron vuelo por todo el campo del jardín inundado por la nítida luz del mediodía. Los pajaritos que esperaban ansiosos aquel aviso, bajaron de los árboles a bañarse retozones en la humedad de la arena. Dos negros jamaquinos, miraban a la francesa con ojos posesivos, con ganas de arrancarle con un mordisco óptico aquel pellejo blanco y descolorido que ella exponía a los rigores de los rayos ultravioleta.

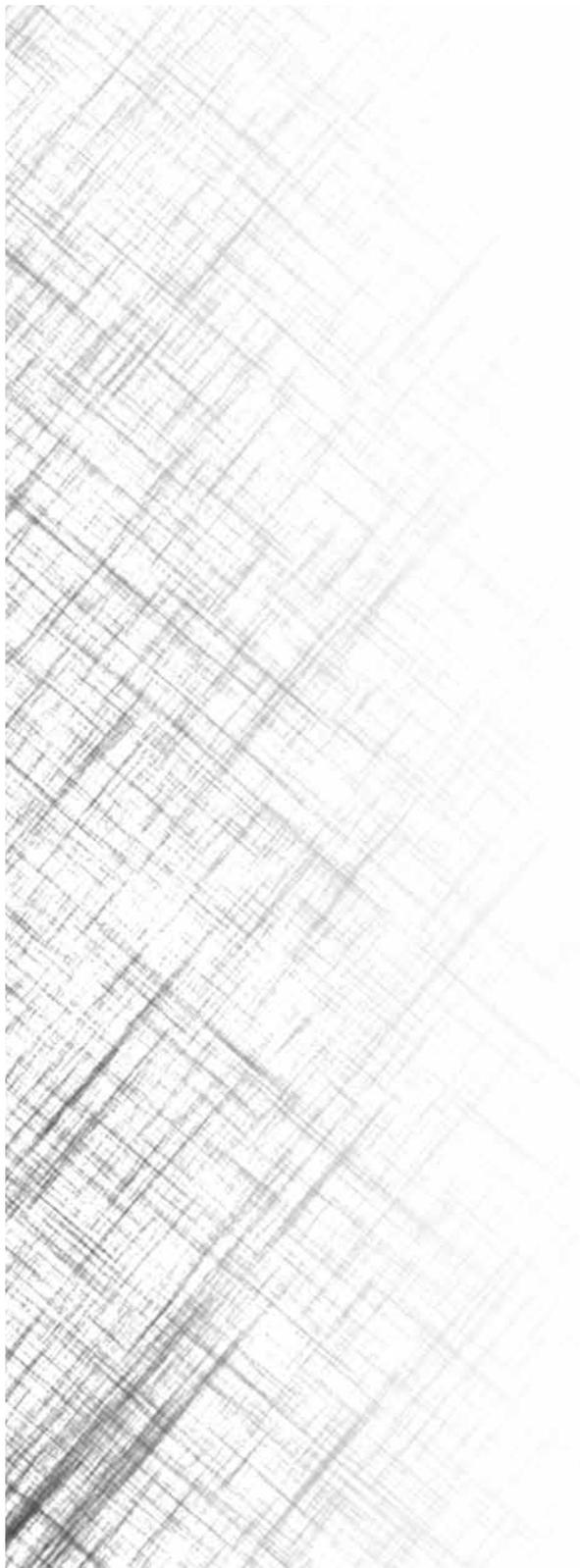
Un recorrido a la inversa me llevó hasta la estatua de Le- conte de Lisle, en la salida del jardín de Luxemburgo. Me hallaba parado frente a ella, contemplando con cierto arrobamiento, el círculo de capachos rojos, amarillos y anaranjados al pie del monumento. Se componía de un viejo semi-calvo, de pretencioso pelo largo que le sobrepasaba la nuca y arropado con una manta. Una Venus finamente esculpida, con alas de cóndor y senos moderados y turgentes, se arropaba, del pubis para abajo, con una esquina de la manta del viejo calvo a cuyo cuello se abrazaba. Un trueno seco, concentrado, como el retumbo de un cañonazo, me sorprendió en la puerta, abandonando el jardín. Era la una de la tarde en el reloj de la iglesia.

Terminaba así, con este espectacular recorrido por el jardín de Luxemburgo, mi estadía en París. La misión en esta oportunidad era reunirme con Douglas Bravo y el Secretariado del Buró Político del Partido de la Revolución Venezolana en mi carácter de Secretario General Encargado del Partido, mientras Douglas viajaba a la República Popular China.



El asalto al burdel





En medio del ocio que produce el languidecimiento de una guerrilla en derrota política, el Comandante Ronco resolvió atacar el burdel de Duaca. La acción se apoyaría en los exiguos recursos que aún quedaban del secuestro del ganadero Farnataro. Con ese propósito se apostó, junto a Silvino y mano Pedro, frente a la casa de remolienda, para realizar una rigurosa observación, en tres turnos de ocho horas, digna de los grandes objetivos bélicos.

Ajenas a estos preparativos y ya en las postrimerías del día, en el interior del burdelito, el personal femenino, adiestrado noche tras noche, se daba los últimos toques de belleza para hacer presencia en el salón e impresionar a los clientes, en una velada estelar de un viernes de rutina y dejándole al ambiente de media luz el resto del engaño.

Al parecer, nuestros audaces guerrilleros, conocedores de los hábitos nocturnos de los eventuales competidores, no dejaron que transcurriera mucho la noche y resueltos, como tantas veces lo habían sido frente a los pelotones de cazadores militares

y sabiendo que era escaso en número y en belleza el personal disponible, a las ocho en punto se lanzaron al ataque con una Browning 9 milímetros en cada cintura y ocultas por sus camisas. Los tres calificados combatientes sabían por experiencia propia, que era más seguro entrar antes que el resto de clientes normales, quienes aquella noche de ese día acudirían inocentes a la cita con el amor de prisa.

El Comandante Ronca escogió personalmente la mesa para ubicarse y lo hizo, con gran previsión táctica, en un rincón cerca de la puerta de entrada, por si acaso una retirada; donde había menos luz, para ser menos visibles y contigua a la de las cinco únicas vendedoras de amor que estaban sentadas juntas en otra de las mesas del salón.

Cuando minutos después entraron los tres primeros clientes, que llegaron encaramados en un desvencijado Land Rover, el Comandante Ronco dio la orden precisa: “Mano Pedro, encargate de la flaquita vestida de rojo, tú, Silvino, te apoderás de la gordita de pelo corto y yo me encargo de la grandota tetona que está vestida de blanco”. La orden fue cumplida con el más estricto sentido de la disciplina, como en el más peligroso combate, y en dos zancadas los experimentados combatientes regresaron con su encargo bajo el más absoluto control.

Los tres parroquianos recién llegados, quienes seguramente habían hecho ya sus cálculos y planes de conquista, se quedaron atónitos ante aquel ataque sorpresivo, que dejaba solamente a dos de las menos agraciadas chicas para una dificultosa selección. No obstante, al parecer veteranos del oficio también, prefirieron quedarse sentados y observar el curso de los acontecimientos. Sin embargo, esa noche, todo transcurrió dentro de una absoluta tranquilidad; se bailó y se bebió lo suficiente y a la una de la mañana las tres parejas de “recién casados” se fueron a dormir. La toma había sido perfecta y los resultados dentro de la planificación concebida.

La mañana del día siguiente, transcurrió con el silencio y la inmovilidad habitual de estos lugares de fiesta nocturna y como de costumbre también, a la hora puntual de un circo, comenzaría de nuevo el jolgorio solemnemente anunciado con un estruendoso ritmo de vallenato. Una nueva noche de lujuria se había puesto en acción. Con la diferencia de que ahora, para nuestros valientes guerreros no se trataba de tomar posiciones, sino de mantener las ya conquistadas el día anterior. Así, después de salir coordinadamente de los respectivos cuartos, por perfecta, repitieron su ubicación en el salón. Ya aclimatados en el lugar, el trío de guerreros a la mexicana calentaron bailando con sus parejas el reducido espacio físico, al compás de viejas rancheras de los tiempos de Pancho Villa.

Sudorosos y jadeantes de regocijo, apretados contra los pechos de sus presas y un poco con la guardia baja, no se percataron en su desenfreno de la llegada de una vieja patrulla policial de la Prefectura de Duaca. El primero en advertir la emergencia fue el Comandante Ronco, quien con una discreta seña, previamente convenida, alertó a sus acompañantes y muy cautamente fueron a sentarse en su mesa por si acaso ocurría algo anormal; para lo cual, obviamente que se habían preparado psicológicamente desde la primera noche. Antes de que la recién llegada autoridad tomara la iniciativa y conociendo perfectamente la idiosincrasia de la región, el propio Comandante Ronco se acercó al jefe de la patrulla y los invitó a tomarse un trago con ellos. Muy solícitamente los gendarmes aceptaron la invitación, inclinando con su gesto la balanza a favor de los brindadores. El baile continuó con una protección adicional e inesperada, la conversación entre perseguidos y perseguidores estuvo matizada de picardías y muchos errores e indiscreciones por parte de los rebeldes, pero no se produjo la sospecha que hubiera arruinado el éxito de dos noches de parranda, solamente por la mella que habían hecho los tragos en la lucidez e inteligencia de los representantes de la ley.

El indeseado percance, donde con toda seguridad hubieran salido perdiendo los gendarmes embriagados, no se produjo. Con exagerada complicidad y la poca autoridad que aún les quedaba, procedieron a cerrar

el Bar a las tres de la mañana. La despedida no pudo ser más cordial y los tres aduces guerrilleros, muy seguros de sí mismos, volvieron con sus parejas a sus habitaciones ya conocidas. Todo se hundió en una madrugada silente y tenebrosa.

Sin embargo, el arqueo de caja, que a la mañana siguiente hicieron los tres rebeldes, no resultó del todo positivo. El nivel de gastos había sido tan espléndido en las dos noches anteriores, que apenas tenían recursos para comenzar una tercera sesión en la casa de tratos, pero no para sostenerse hasta el cierre y muchísimo menos para echar el resto en una despedida que estuviera a tono con las dispendiosas noches anteriores. Calculaban además, que la patrulla policial de Duaca, seguramente vendría como de costumbre “a cerrar el Bar”, pero con dos horas de anticipación para gorrear a sus generosos amigos, quienes, para evitar sospechas, los habían invitado para verse de nuevo ese sábado.

Pese a los precarios recursos, la decisión del jefe fue de concurrir al salón y prometió ejecutar un plan que ya tenía elaborado y del cual no soltó prenda. Y así, las tres parejas que cumplían esa noche su tercer día de nupcias, entraron rebotantes de gozo a las 8 de la noche, justo cuando el vallenato de rigor daba inicio a la fiesta y retumbaba por los cuatro rincones de la casa de vida airada. Como era de suponer el ánimo de

los tres rebeldes no estaba a la altura de la despedida por la conocencia de su escasez de recursos y, seguramente por cansancio, menos estaba en el de sus féminas que bailaron el vallenato como un bolero de Nelson Ned.

Como era de esperarse, aunque no tan temprano, justo al comenzar el picoteo arribaron al lugar el oficial y sus tres mal vestidos agentes del orden público, mucho más dispuestos a disfrutar el brindis de sus anfitriones que a cuidar los excesos de los que se pasaban de tragos en el sitio de competencia amorosa.

En esta tercera velada y ya entrada la medianoche, la presencia de la ley resultaba incomoda y la animadversión era más que evidente. Fingiendo fastidio, los avezados guerrilleros fueron desanimando a los representantes del gobierno y fueron creando la matriz de opinión de que esa noche se marcharían temprano, porque ya el lunes tenían que incorporarse a sus labores habituales. Así, hábilmente, el Comandante Ronco fue buscando que se marcharan para poder ejecutar los planes en mente.

Para que el oficial los oyera, en una hábil estratagemma, Comandante Ronco pidió la cuenta a todo pulmón, logrando que, ante el bien disimulado desaire, a la una de la mañana, hora legal de cierre, la comisión

policial ordenara cerrar el bar y, con un apretón de mano lleno de recelo, se despidieran de sus tres inciertos amigos.

Cuando los dos cocuyos de la vieja patrulla parecían más bien un par de diminutas luciérnagas anaranjadas, bajo las precisas órdenes del Comandante Ronco, los otros dos combatientes cerraron las puertas y dieron la voz de asalto: “¡Éste es un atraco y quien se mueva es hombre muerto!”. Aquella orden resonó en la penumbra del congial como algo extraño e inexplicable, sólo parecido a la sorpresa impactante de un terremoto.

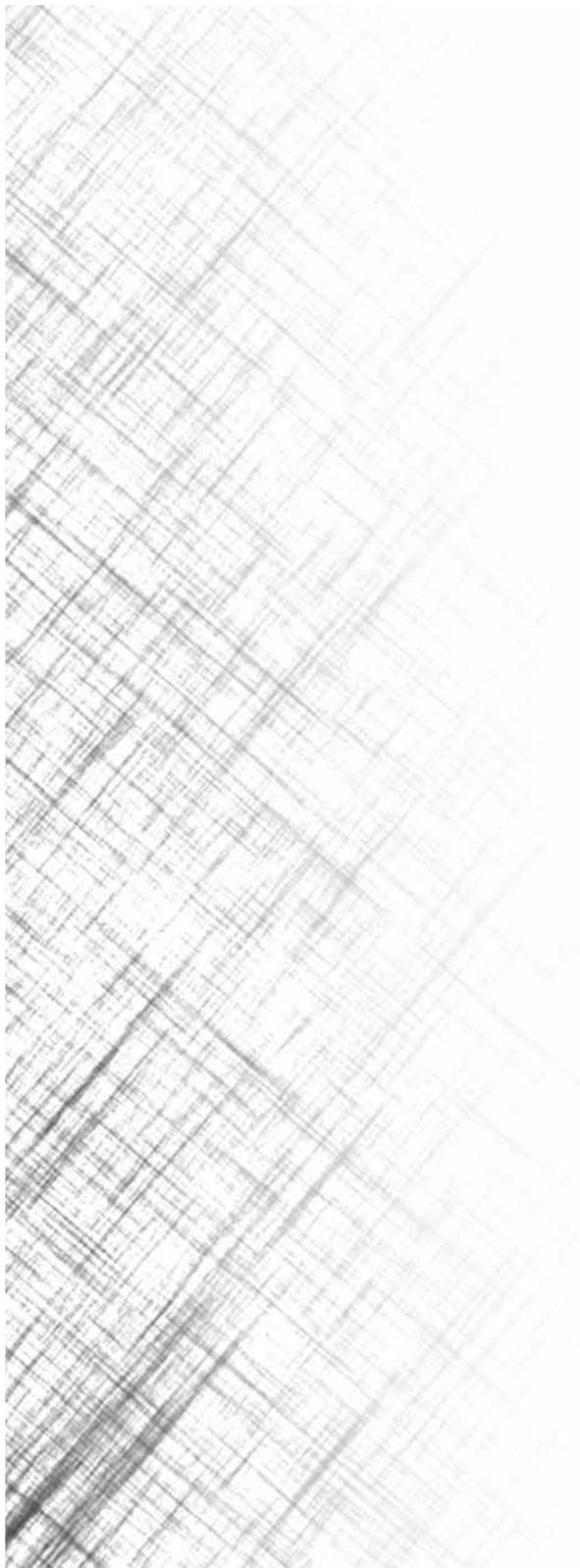
Las por tres días amadas muchachas sólo atinaron a esconder sus caras de horror al ver las tres relucientes y bien cuidadas pistolas nueve milímetros que los bohemios bailarines portaban en sus firmes y educadas manos para disparar. Para aquellas mujeres, acostumbradas a la venta de caricias, pero permeables a cualquier afecto sincero y desinteresado, la sorpresa estuvo acompañada por una gran dosis de confusión sentimental. Sólo la realidad amarga las hizo volver a sus cabales, envolviéndolas en la melancolía de la amante defraudada que, con la certeza de que nunca más volverá, le dice adiós a su amado.

Los bailadores lograron una limpia retirada con todo y botín, pero el amigo y combatiente guerrillero que

me contó esta extraña y desgarrante historia de amor y guerra, no me pudo describir con acierto los sentimientos contradictorios que se llevaron a la montaña y que guardaron en secreto por muchos años, aquellos tres peculiares guerrilleros.



En el centro de la masacre



Ese día, 29 de octubre de 1979, la capital salvadoreña estrenaba una mañana clara. Los parlantes en la ocupada Catedral Metropolitana, así como en las iglesias El Rosario, El Calvario y los Ministerios del Trabajo y Economía, tomados también por los revolucionarios salvadoreños, no cesaban de lanzar arengas contra la Junta de militares romeristas que, quince días antes, pactaron con el imperialista gobierno norteamericano un golpe militar incruento, disfrazándolo pomposamente de “progresista y revolucionario”.

Estábamos allí porque habíamos sido invitados como “periodistas” de confianza, para hacer un registro gráfico de la manifestación de las Ligas Populares 28 de Febrero (LP-28), la cual culminaría frente a la Embajada de Estados Unidos en San Salvador.

A las nueve de la mañana, hora fijada para la salida, llegamos con nuestras cámaras a los alrededores de la iglesia El Rosario en el Parque Libertad. La asistencia se veía escuálida y sólo algunos decididos concurrentes merodeaban junto a nosotros. Sonaron las diez campanadas en el viejo reloj de la Catedral y la

evidencia de un posible fracaso debilitó nuestro entusiasmo; no obstante, decidimos esperar una hora más, antes de retirarnos.

Eran las diez y media cuando, en forma sorpresiva, empezaron a salir del templo, en disciplinada y combativa fila, la abnegada militancia de las Ligas, compuesta por obreros, campesinos, estudiantes y amas de casa, que al parecer se habían concentrado en su interior una noche antes, dando una impresionante demostración de capacidad organizativa en condiciones de ilegalidad que nos impactó y devolvió el ánimo perdido.

Alrededor de unos quinientos militantes se fueron colocando, hasta cubrir dos cuadras, en dos filas paralelas por cuyo centro se movían un par de atractivas muchachas cuya misión parecía ser el orden y la disciplina de la marcha. Con sus movimientos marciales en el interior de las dos filas, su valor y disposición nos habían cautivado. Una de ellas, con la mitad del rostro cubierto con un pañuelo no lograba ocultar su juventud y su belleza. Tomamos varias fotos de ella en sus momentos de euforia y decidida actitud militante; igual lo hicimos con su compañera de atuendo azul y de indiscutida extracción popular. Ambas acapararon los focos de nuestras cámaras.

La manifestación comenzó a moverse rápida y decididamente voceando consignas contra la Junta Militar.

La nutrida caravana humana tomó la avenida Rubén Darío en dirección contraria al flechado y dobló entusiasta hacia la iglesia El Calvario tomada por el Frente de acción Popular Unid (FAPU), enfilando por el Mercado Central, a cuyas alturas se había sumado mucha gente del pueblo.

Cuando la manifestación dio la vuelta en el mercado y conocedores de que el objetivo final era la embajada de Estados Unidos, acordamos separarnos y encontrarnos más adelante; pero la rapidez de la marcha nos dejó atrás y divididos en dos grupos. Patricia y yo tomamos un taxi para alcanzar a los manifestantes, debido que nuestra misión de “periodistas” nos asignaba la cabeza de la marcha.

Llegamos al Ministerio del Trabajo (tomado por el Bloque Popular Revolucionario (BPR), donde nos informaron que la manifestación iba por la Primera Poniente. Dimos un rodeo para esquivar los vidrios rotos frente al edificio del diario “La Prensa Gráfica”, destruidos la noche anterior por una potentísima bomba colocada por el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Tomamos la avenida España y donde ésta hace esquina con la Primera Poniente, avistamos a dos cuadras la cola de los manifestantes.

En el preciso instante en que decidíamos redoblar esfuerzos para retomar nuestros puestos en la cabecera

de la marcha, sonó una ráfaga sostenida de fusil, seguida de otra y de otras más hasta convertirse en una balacera cerrada. Retrocedimos penosamente hasta la esquina anterior cuando ya los muertos ensangrentaban las aceras.

Hasta nosotros llegó una señora, ajena a la manifestación, quien nos dijo, temblando de pánico y sumamente conmovida: están cayendo a montones, bah. Antes pude oír una curiosa, pero precisa expresión salvadoreña: ¡Putas, comenzó el vergaceo! En cambio, otra señora, más serena y acostumbrada, quizás, a las masacres de los militares salvadoreños, cuando le preguntamos si había visto muchos muertos, nos respondió con aplomo: es una media balacera, bah.

Desde nuestra esquina, en medio de un tiroteo ya generalizado y muy cercano a nosotros, pudimos ver una inmensa pancarta anti-Junta tendida en el suelo. Era la misma que minutos antes encabezaba la protesta, asida firme y abnegadamente por los militantes que cayeron primero, víctimas de las balas asesinas del gorilismo salvadoreño.

Dispersa la manifestación, con francotiradores militares tirando por todos lados y en presencia de un cerco que se estrechaba cada vez más, logramos, unas calles más adelante, abordar un taxi para salir más rápida-

mente del lugar. El chofer enfiló hacia la avenida España y cruzó en la calle Arce. En ese momento, tuve la sensación de que avanzábamos en dirección al centro de la masacre y así se lo hice saber al conductor. Justamente, dos cuadras más arriba el valiente taxista hubo de frenar en seco y retroceder, veloz y oportunamente, porque la balacera provenía, efectivamente, de la esquina siguiente. Ante la imposibilidad de seguir en el taxi en cualquier dirección, nos bajamos para guarecernos en un negocio detrás del Palacio Nacional. Desde este refugio improvisado veíamos claramente a dos francotiradores trepados en las azoteas del Palacio Nacional disparando a mansalva.

Cuando amainó el tiroteo, recorrimos a pie las tres cuadras que nos separaban del Hotel Roxi, donde nos alojábamos, y subimos a la azotea desde donde seguimos el curso de los acontecimientos. En esa posición, además de tomar buenas y reveladoras gráficas, observamos el patrullaje de tanquetas antimotines que vulnerables, asomaban sus pechos provocativamente en las esquinas de la avenida Rubén Darío, Primera calle Poniente y calle Arce. Las camionetas de la Cruz Roja salvadoreña iban y venían en su macabra tarea de recolectar cadáveres con unos tripulantes de risueño sadismo. Desde el hotel fuimos testigos del coraje y decisión de un pueblo que se turnaba, al vaivén del paso de las tanquetas represivas, para recoger a sus muertos de las calles y concentrarlos dentro de las

iglesias y evitar así que el gobierno desapareciera sus cuerpos y de paso minimizara la masacre.

Las balas habían dejado cadáveres en un espacio en forma de “L”, tanto en la Primera calle Poniente, desde la Quinta calle Norte, donde empezó la balacera, hasta la Novena calle Norte. En el corto espacio de una cuadra, había más de veinte personas asesinadas. Fue allí, precisamente en esa segunda esquina, donde con premeditada y alevosa planificación, estuvo la muerte agazapada esperando a quienes, en la lógica intuitiva de conservar la vida, se replegarían hacia ese lugar.

Para los militares salvadoreños, el número de cuarenta muertos que habían alcanzado hasta ese momento, no era una cifra demasiado elevada, porque sus buenas masacres habían superado siempre la media centena. Basta nada más recordar la efectuada dos años antes, el 28 de febrero de 1977-fecha que dio origen a la organización de masas “LP 28”-, en el Parque Libertad cuando casi cien mártires quedaron apiñonados en la extensión pequeña de la plaza, para que su sangre, convertida en resacos coágulos, tuviera que ser lavada con potentes mangueras de presión del H. Cuerpo de Bomberos.

Sin embargo, los insatisfechos militares, todavía lograrían alcanzar su cuota de muerte. Ese mismo día

por la tarde, otra manifestación, organizada ésta por el BPR, de contenido inexplicablemente bufo, fue igualmente masacrada frente a las puertas del Mercado Central para completar así, casi una centena de víctimas indefensas en un solo día. De esta manera la fachada de “apertura democrática” de la Junta Militar comenzaba a resquebrajarse bajo el impacto de sus propios disparos y una densa neblina de desconcierto y confusión política, enrareció el ambiente del Movimiento Popular de El Salvador.

La tarde, adolorida por tantos disparos, asfixiándose con el humo de la pólvora y aturdida por la alevosía criminal del régimen, se fue desmayando hasta convertirse en noche de tensos presagios. Las calles se fueron quedando solas hasta parecerse a túneles oscuros y sin vida por donde circulaban solamente las fuerzas del atropello, que esa noche cumplieron su nuevo rol de saqueadores de cadáveres.

En la esquina de la Primera calle Poniente y la Novena calle Norte, en el primer montón de seis cuerpos sin vida, reconocí al viejo campesino de Sacatecoluca, su cara de anemia crónica que lucía en la mañana, era inconfundible. A su lado, inerme también, estaba su hijo imberbe que lo acompañaba en la marcha. La muerte los sorprendió juntos, como para desraizar la semilla de la rebelión en el interior insurrecto. Dos días después, sus cuerpos en

descomposición eran aún acosados por los buitres de los cuerpos represivos para impedir su entierro. Junto a sus otros camaradas asesinados tuvieron que ser sepultados en el propio interior de la iglesia El Rosario, pese a la oposición de la jerarquía eclesiástica.

Ese aciago día, en el atrio de la iglesia El Rosario, entre los 23 ataúdes alineados en ordenadas filas, buscamos a las dos muchachas de orden y disciplina. Ambas tenían que haber muerto porque encabezaban la marcha. La de indumentaria azul faltaba entre los reconocidos y entregados por el gobierno. Seguramente estaba entre los cadáveres desaparecidos por los cuerpos de seguridad, en su misión dantesca de sepultar clandestinamente a los muertos del pueblo. Ella, la del pañuelo blanco en el rostro, sí estaba. Ya había aparecido fotografiada en todos los periódicos matutinos y no les fue posible esconderla. Entre los ataúdes grises de rústica y rápida confección, aparecía muy hermosa, sin el pañuelo que le cubría la mitad del rostro el día de la masacre. Supimos, por las reseñas de prensa, que había venido de la población insurrecta de Cuscatancingo. En su caja mortuoria, como ironía, de color plomo, pudimos contemplar su bello rostro juvenil, ahora al descubierto. Estaba casi risueña y parecía lista, con la misma majestuosidad de dos días antes, para presidir la que fue su última manifestación pacífica.

Tres meses más tarde, el 22 de enero de 1980, después de un largo y cruento proceso de luchas legales dispersas y brutalmente reprimidas por el régimen militar, las fuerzas revolucionarias de El Salvador se aprestaban a ensayar su primera manifestación unitaria. En un derroche de heroísmo, casi suicida, las movilizaciones del pueblo eran batidas al detal y diariamente en calles, plazas, iglesias y ministerios gubernamentales, dentro de un esfuerzo titánico por abrir una brecha que desembocara en una coyuntura democrática y popular.

Parecía lógico y acertado pensar que, desde un elemental cálculo político, al gobierno militar encabezado por el General Romero no le convenía masacrar, como era su costumbre cotidiana, esta nueva marcha del movimiento popular, el cual, por primera vez lograba unificar a todas las fuerzas organizadas que luchaban contra la dictadura militar salvadoreña. Con base en ese personal análisis político y cuando ya la avanzada de la manifestación se veía a unas diez cuadras, busqué ubicación en la entrada principal de la catedral metropolitana, destino final de la marcha que partiría del monumento religioso San Salvador del Mundo. Cámara en mano, me trepé a un pequeño árbol en la plaza, justamente frente a la catedral. Allí estuve varios minutos reflexionando sobre mi apreciación política y la lógica represiva de la Junta Militar instalada por el imperialismo norteamericano para contener el

auge del movimiento popular y revolucionario en ésta nación centroamericana. El cálculo político cedió ante la lógica de la dinámica represiva del régimen y en un movimiento instintivo resolví mudarme al campanario de la catedral.

Había llegado a El Salvador, desde la ciudad colombiana de Barranquilla, varios días antes de la planificada acción de masas y con una fachada de periodista del diario El Siglo de Maracay. Un militante de la Tendencia Revolucionaria me facilitó un formato en blanco del carnet del periódico y en el laboratorio de identificación clandestina que dirigía el fotógrafo Lauría, lo convertimos en impecable identificación de periodista. Ya en el campanario encontré a varios “colegas”, entre ellos al corresponsal de la Revista SUCESOS de México, órgano de prensa que nos había publicado un largo reportaje sobre el Frente “José Leonardo Chirino” en el año 1966. En las alturas del campanario, comprobé el acierto de mi decisión de mudarme, pues divisé un pelotón de soldados del ejército salvadoreño tomando posiciones, con la inequívoca misión de reprimir con fuego de fusiles la nutrida manifestación, cuya avanzada se encontraba a escasas cinco cuadras de la catedral.

En escasos minutos comenzó el cachimbeo, como suelen decir los salvadoreños. Un mortal tableteo de fusiles Galil israelíes, llenaron el ambiente de fogo-

nazos de pólvora y el impacto de los disparos hicieron blanco en muchos cuerpos de los manifestantes, al tiempo que las unidades revolucionarias de autodefensa armada iniciaban la acción de protección. En un heroico esfuerzo de las masas rebeldes, y a pesar de la tremenda balacera, alcanzaron a llegar hasta las puertas de la catedral, donde la furia represiva produjo numerosos muertos y heridos. Dicha acción criminal llegó hasta la misma azotea del templo metropolitano, donde una media docena de periodistas extranjeros nos vimos obligados a protegernos de los disparos dirigidos hacia nosotros. Ese día, la aguerri- da militancia popular dio muestras, además, de una peculiar astucia macabra para sobrevivir. Después de meter varios cadáveres y heridos al interior de la nave mayor de la iglesia, untaron sus ropas con sangre de sus camaradas para fingirse heridos cuando llegara la Cruz Roja internacional y evitar un fusilamiento seguro en caso de caer en manos de los cuerpos represivos.

En las postrimerías del día y después de haber librado un combate muy desigual, la nutrida fuerza del pueblo, protegida por unidades de autodefensa, finalmente se logró dispersar, mientras que los periodistas que nos trasladamos del campanario a la eucaristía, vivimos momentos de gran tensión. Todos llamaron a sus embajadas para pedir protección e impedir la agresión represiva al abandonar el recinto religioso. Yo

me excusé ante ellos, alegando desconocer el número telefónico de mi embajada, pues la realidad era que yo fingía ser un periodista venezolano con un carnet forjado y no obtendría apoyo alguno de la representación diplomática de mi país. La tensión que vivimos en la eucaristía era similar a la que se vivía en las calles aledañas al templo mayor porque se ignoraba la actitud que asumirían los cuerpos represivos policiales y militares cuando saliéramos sin ninguna garantía de respetar el fuero periodístico, pues ignorábamos si la embajadas se habían dirigido a la Junta de gobierno para pedir que se respetara la evacuación de periodistas, militantes, cadáveres y heridos de la catedral metropolitana. Sin esa seguridad de que se respetara nuestra salida a la calle, comenzamos a salir sigilosos casi envueltos ya en un manto de penumbra de un día lleno de humo de tantos disparos. Yo me quedé de último por medidas de seguridad (aunque muchas veces los que van de ultimo mueren de primero). Caminamos sin detenernos y sin mirar hacia atrás unas tres cuadras, presintiendo la muerte en cada esquina y solo volvimos a y adquirir la tranquilidad y el rango de periodistas cuando entramos al lobby del hotel RITZ. Nos imaginamos en esas angustiosas cuadras al periodista que sobreviviera enviando a la redacción de su medio de comunicación el siguiente titular: “mueren cinco periodistas extranjeros acribillados a balazos por el ejército salvadoreño cerca de la catedral metropolitana”. Desde la terraza del hotel, presencia-

mos la recogida de cadáveres y heridos con camiones militares para minimizar la magnitud de esta nueva y alevosa masacre cuando ya la noche galopaba en medio de un silencio tenso y tenebroso en las calles enrojecidas con la sangre del pueblo. Una vez mas las balas asesinas de la Junta Militar, apuntalada por el gobierno norteamericano, frustraban las ansias de libertad y democracia del pueblo salvadoreño y creaban las condiciones de una inevitable guerra civil en la patria de Morazán Martí.

▼ Guerrilleros del Frente Guerrillero “José Leonardo Chirino”
en la Colonia Agrícola de Yumare, estado Yaracuy.



Epílogo

Si has tenido la resistencia de llegar hasta aquí, habrás conocido una parte de mis vivencias, que si bien no son las únicas de ese período, que comienza con mi primera experiencia laboral y termina a principios de los años ochentas en El Salvador, acariciando la muerte en días sangrientos, sí te puedo decir que son representativas de esa pequeña porción de lo hasta ahora recorrido en mi experiencia de vida.

No era posible incluir todos los relatos que tengo escritos ni, mucho menos, los que tengo decidido escribir. Tanto por razones de tiempo y espacio no me fue viable incluir en un sólo libro todo ese recorrido vivencial. Es necesario, pues, y a dicha tarea me comprometo desde ya, que una segunda parte sea elaborada en un adicional esfuerzo intelectual, que incorpore algunos relatos más de esa época, pero sobre todo de la que le que siguió, en donde si bien apoyamos procesos revolucionarios como el de El Salvador, apreciamos que en nuestra patria chica había espacios suficientes para que la lucha por la equidad y la justicia social, es decir por el socialismo, la desarrolláramos dentro de los estrechos cauces legales y con el objetivo de ge-

nerar una nueva constitucionalidad, que pusiera en el centro de su intención reguladora el bienestar de los habitantes de mi querida Venezuela y no ha ese engendro demoníaco de la dominación imperial, lucha desigual por la sobrevivencia, la corrupción y la depredación de nuestros recursos naturales, al que llaman “el mercado”.

Debo confesar que el mejor aliciente que impulsará esa segunda parte de mis vivencias, será el estímulo que pueda recibir ahora, en respuesta a esta primera entrega.

▼ De izquierda a derecha: Charles Romeo, Francisco Prada,
Freddy Carquez y Julio Chirino



▼ De izquierda a derecha: Douglas Bravo, Julio Chirino, Luben Petkoff y Napoleón Mirelles (El Turro)



▼ De izquierda a derecha: Douglas Bravo, Luben Petkoff y Julio Chirino





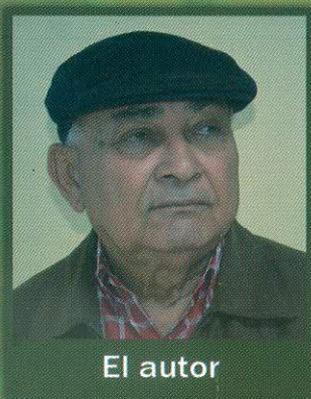
Contenido

Presentación.....	5
Dedicatoria.....	9
Conocí al Cabito.....	11
Preámbulo.....	15
La familia Creole.....	21
¿Por qué El Cabito?.....	29
Viaje a la guerrilla.....	37
El pariente Félix.....	47
Seis días de marcha.....	57
Está lloviendo en la Sierra.....	69
La sorpresa de Caño Negro.....	99
La tertulia.....	111

El paso de dos ríos.....	121
La toma de Campo Elías.....	139
El desembarco de cubanos en Falcón.....	149
El teniente Fernando.....	159
Operación “Francisco de Miranda”.....	171
El regreso tenso y victorioso	185
Nuestra gran marcha.....	213
El apartamento francés.....	223
El asalto al burdel.....	245
En el centro de la masacre.....	255
Epílogo.....	271



Esta edición de 5.000 ejemplares
se imprimió durante el mes de octubre
del año 2012, en el Taller
Game Vial, C.A.
en Caracas, Venezuela



El autor

*“Podrán cortar
todas las flores,
pero nunca
detendrán
la primavera”
Pablo Neruda*

Julio Chirino

Nació en Buenavista (Península de Paraguaná) Edo. Falcón. Estudió 6° grado en la escuela “Manuela Weffer de Romero” en Buenavista y “Esteban Smith Monzón” en Punto Fijo, Edo. Falcón, 3er. año de Bachillerato en el liceo nocturno “Libertador”, en Naguanagua, Edo. Carabobo. Se inició en el arte de la telegrafía por morse en la oficina del telégrafo de Punto Fijo, donde fue repartidor de telegramas y taquillero entre los años 1954-1955. Ingresó a la Creole Petroleum Corporation en Amuay, Península de Paraguaná, desde 1956 hasta 1960, fecha en que fue despedido por comunista. Ingresó a la Juventud Comunista en marzo de 1958. Ingresó a la guerrilla en el año de 1962 en el Destacamento del Sur, del Frente Guerrillero “José Leonardo Chirino”, ejerciendo la dirección de la columna en 1965-66. Comenzó en la administración pública como administrador del Mercado Mayor de Coche en el año de 1994, en la gestión del alcalde Aristóbulo Istúriz. Ingresó al Consejo Supremo Electoral en el año de 1995. Jefe de Seguridad en el Ministerio de Energía y Minas y PDVSA en 1999-2004. Consejero de la Embajada Bolivariana de Venezuela en La Habana, Cuba, desde 2006 hasta 2009.



Ministerio del Poder Popular
para la Educación

IPASME

**DISTRIBUCIÓN
GRATUITA**
PROHIBIDA SU VENTA